

# REVISTA CONTEMPORÁNEA

MADRID, 1885.

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

*Libertad, 16 duplicado, bajo*

# REVISTA CONTEMPORÁNEA

AÑO XI—TOMO LV.

ENERO—FEBRERO 1885



DIRECCION Y ADMINISTRACIÓN  
PIZARRO, 17, PRINCIPAL

OFICINAS

PARIS, R. SERRANO, 42, RUE LAFONTAINE

MÉJICO  
*J. F. Parres y Comp.<sup>a</sup>*  
VENEZUELA  
*E. Fombona*

BUENOS AIRES  
*Manuel Reñe*  
BRASIL  
*Bellarmino Carneiro*  
Pernambuco

CUBA  
*D. Miguel Alorda*  
O'reilly, 96  
Habana.

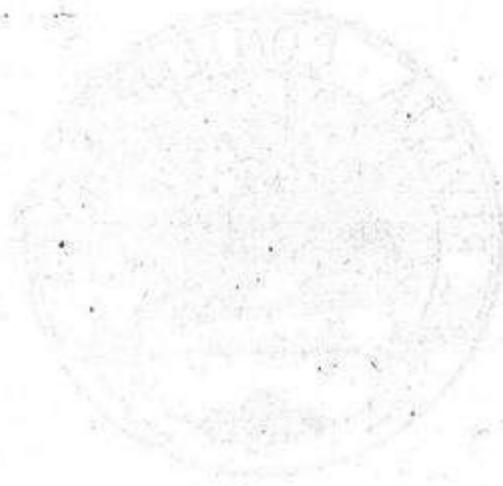
DERECHOS RESERVADOS

REVISTA

CONTENIDO

AÑO XI - TOMO LV

ENERO - FEBRERO 1978

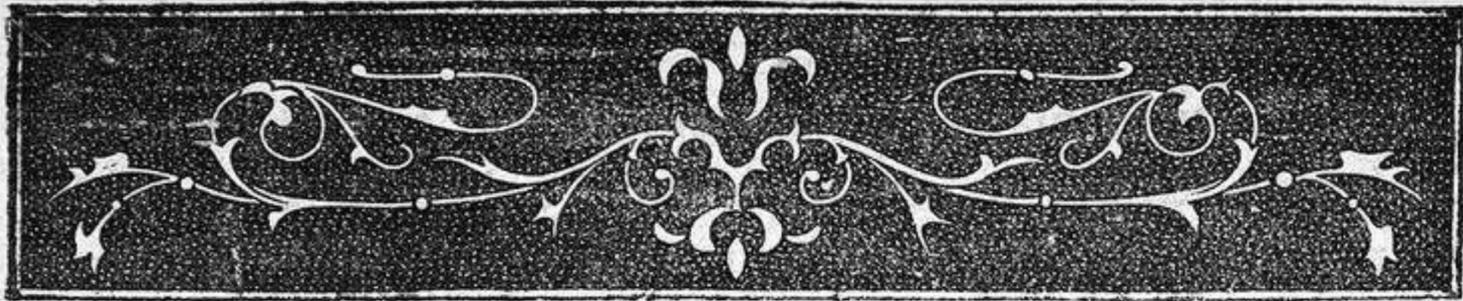


DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

UNIVERSIDAD DE CAROLINA

Caracas, Venezuela  
1978



# RELACIONES

ENTRE

## LA CIENCIA Y LA POESÍA

### MEMORIA

LEÍDA EN LA SECCIÓN DE LITERATURA DEL ATENEO DE MADRID, LA NOCHE DEL LUNES 1.º DE DICIEMBRE DE 1884, POR EL SECRETARIO PRIMERO DE DICHA SECCIÓN

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW



**S**EÑORES: Si por otros muchos motivos no fuera para mí este momento ocasión de profundas satisfacciones, lo sería de seguro, porque me proporciona el placer, largamente anhelado, de manifestar á todos y cada uno, públicamente, el testimonio de la inmensa gratitud que les debo. Bríndame tal regocijo la última muestra de estimación que de vosotros he logrado la honra de merecer, mas no por eso he de limitar á tal distinción mi agradecimiento, que de otras muchas os soy acreedor, y siempre las he estimado, no sólo por lo que valían, que ya es mucho, sino por el esfuerzo de benevolencia á que teníais necesidad de recurrir para que tal honor alcanzase á quien, como yo, si á tanto, por interés de vosotros aspiraba, tan poco, por escasez de mi valimiento, merecía.

A tal benevolencia, con que siempre me tratasteis cuando subí á esta tribuna, puedo atribuir únicamente el hecho, para mí honrosísimo, de que vuestros votos me eleváran al puesto que hoy por vuestra voluntad ocupo. Y no creáis que escribo estas palabras por fórmula retórica, ni aun que las hago seguir por estas últimas como obligado por otra rutina de dicción que ya suele ser compañera de la fórmula antedicha. Antes, por el contrario, dígo, con toda sinceridad, abrumado por el peso de la obligación que en este instante á un mismo tiempo me seduce y me amenaza. A la indulgencia con que me encumbrásteis, quizá puedo aspirar á corresponder con mi reconocimiento. Mas si otra cosa esperábais de mí, poco ha de duraros la ilusión, que es la tarea que hoy se me impone harto superior á mis fuerzas, y á la que gustosamente, creedlo, hubiera renunciado si no temiera que la excelente voluntad de las almas caritativas, que tanto abundan hoy, atribuyese á descortesía ó deserción lo que sólo es reconocimiento tardío, y por tardío, más triste de mi suficiencia menos que escasa.

El curso natural de mis aficiones, hízome sino familiar, que más larga experiencia, más detenido estudio y más alto pensamiento que los míos había de menester, conocido siquiera el aspecto brillantísimo del curso del desarrollo de la poesía al través de la historia. No exige semejante trabajo especiales aptitudes ni aun, no sé si atreverme á decirlo, minuciosa investigación, y sí únicamente entusiasmo para tales contemplaciones y sentimiento que vibre inspirado por tanta fascinadora impresión. No rinde la ciencia tan prontamente sus secretos; no es tan fácil, según mi pobre entender, penetrar en sus misterios, vislumbrar sus infatigables transformaciones, seguir paso á paso y con precisión y exactitud, más que nunca necesarias aquí, su maravilloso desenvolvimiento, abarcar de una mirada la aparición admirable de lo que hoy realiza lo que sólo imaginación ayer pareciera; que no vale aquí admirar y sí comprender, no sentir, sino razonar, no extasiarse ante la impresión, sino explicar su causa y su fin, y para ello son menester, no simple entusiasmo y alma abierta y corazón ardiente, sino acabado estudio de la

materia, conocimiento exacto, experiencia larguísima, es decir, en una palabra, señores, todo aquello que para mí desearía. Si lo deseo, fácilmente comprenderéis que es porque deploro la falta de posesión.

Y digo esto, no en son de disculpa, que de poco le sirviera la de no manejar las armas al voluntario que entró en combate para esquivar con honra el compromiso que ya le obliga, sino para sincerarme ante vosotros. En el curso de esta Memoria que, como sabéis, ha de versar sobre las «Relaciones entre la ciencia y la poesía,» notaréis que en todo, pero muy singularmente en lo que á las investigaciones científicas concierne, vacilo y flaqueo. Conste, sin embargo, que no tengo la petulancia de presumir que pase como buena y propia mercancía, ante conocedores tan peritos como vosotros, la que habéis de reconocer seguramente como ajena y maltratada. Sírvame esta sinceridad, que os debía, para obtener de vosotros una indulgencia que de todo corazón os suplico y que con toda mi alma y anticipadamente os agradezco.

Y en verdad, señores, que para quien de otros y superiores medios que yo pudiera disponer ningún otro tema que el que hoy tengo la obligación de desarrollar, se prestaría, no ya tan sólo á la exposición razonada y convincente de las diversas teorías que hoy luchan en el campo, á todos abierto, de la controversia, sí que también tema alguno no brindaría más preciosos motivos al juego brillante, y siempre rico en caprichosas combinaciones, de la imaginación.

Ciencia y arte creo yo se acompañan, se ayudan en la composición de la obra inenarrable que el adelanto material de los tiempos escribe al correr de los años, que consigo nos llevan poco á poco desde la cuna al sepulcro, haciéndonos testigos de tanta gloria como les engalana, y de la que parte, no escasa, á todos y cada uno parece que corresponde. La ciencia investiga, descubre; el procedimiento de su minuciosa investigación admira; el gran resultado de su descubrimiento pasma. Pero la teoría no sin trabajo nace; como todo sér material, antes de ver la luz germina; antes de surgir la afirmación, se mueve temblando y se oculta á veces casi, en la nebulosa de la hipótesis. En el nacimiento de toda

hipótesis, en su desarrollo, en su definitiva llegada á la vida de lo verdadero, palpita siempre una idea eminentemente poética.

Por el contrario, en todo adelanto que se logra, en todo progreso que se alcanza, y adelanto y progreso surgen siempre de la ardua, pero fecunda labor científica, existe una fuente copiosa de inspiración para el artista. Y así ambos elementos trabajadores y jamás inactivos, ciencia y arte, se unen en la última cima de la civilización, última hasta entonces, y allí se abrazan; que allí la ciencia ofrece su obra y allí el arte la canta, la hermosea con su envidiable elogio, la propaga y aun la dignifica. No de otro modo el gran Quintana, al entonar su oda inspiradísima y siempre joven, *A la invención de la imprenta*, hizo inmortal en el cielo del arte el portentoso descubrimiento que ya de tan envidiable vida gozaba en los dominios de la ciencia.

Y tan felices resultados produce en todo tiempo y lugar la unión y armonía de ciencia y arte, que adonde quiera que volvamos la vista, hallamos pronto y con seguridad irrefutable testimonio. Vedlo aquí evidente (y esto quiero decíroslo sin que me oiga el Sr. Echegaray, cuya modestia se dolería seguramente de mi elogio); vedlo aquí, decía, en la persona del ilustre socio que en esta sección nos preside. A un mismo tiempo le abruma los laureles conquistados en ambas lides, y aunque hallados en distintas horas, si distintas iguales en la del triunfo, no menos brilla, á la consideración de los justos y avisados, la gloria del autor de las *Teorías modernas de la física* que la del inspirado cantor de *En el seno de la muerte*.

## I

La frase con que el tema se enuncia, *Relaciones entre la ciencia y la poesía*, parece obligarnos á deducir forzosas consecuencias. Y así, hemos de preguntarnos: ¿Existen tales relaciones? ¿Son ambas entre sí, la ciencia y la poesía, elemen-

tos antagónicos ó en pelea, ó, por el contrario, una y otra se armonizan y acompañan, siendo la una, la poesía, estímulo del trabajo, acicate de la ardua y fecunda labor á que el científico se consagra, y la otra, la ciencia, fuente rica de inspiración, ya que por tan espléndido modo ensancha de día en día el círculo luminoso dentro del que surgen, llenas de movimiento y esplendor, desarrollando misteriosa fuerza, las maravillas que aún ayer se velaban, entre las nieblas ya rotas, de un lejano ideal?

Yo así lo creo, antes lo he dicho; pero aún no es llegada la hora de las conclusiones.

La cuestión reviste excepcional importancia desde el momento en que ilustres pensadores presentan en total oposición las ideas de perfección y utilidad que acompañan á la ciencia inseparablemente y el sentimiento de lo bello, de donde arranca toda poesía digna de llamarse así.

Kant las opone y separa distintamente, y dice: belleza de un lado, de otro utilidad y perfección. Schiller, abundando en la teoría de Kant, no duda un solo instante en afirmar rotundamente que el artista, en vez de estar unido á las realidades de la vida, busca la apariencia, y con ella y sólo con ella se complace. A tal extremo alcanza semejante intransigencia, que un célebre crítico francés, Mr. Renouvier, afirma que la imaginación poética yace hoy en un estado tristísimo, porque desea que se le considere con *demasiada seriedad*. Es preciso, continúa Mr. Renouvier, que la poesía abandone toda pretensión directa sobre lo verdadero y sobre lo útil; porque ni la utilidad ni la verdad deben ser sus objetos propios, sino únicamente la emoción y la belleza.

Más científicamente formulada y unida á la idea de la evolución, encontramos hoy esta teoría en Herbert Spencer y en la mayor parte de los estéticos contemporáneos. Creen al arte sinónimo del juego. Schopenhauer lo ve únicamente como un juego superior, lenitivo en algunos momentos de pesar.

Considerando hasta qué punto la ignorancia, fingida ó cierta, de lo que puede y vale y es el sentimiento que informa y ha informado siempre la verdadera poesía arrastra á mu-

chos hombres á considerarla con una indiferencia rayana de desprecio, ¿á quién, señores, que sienta amor profundo por los derechos y prerrogativas del verdadero arte no ocurre decir con el ilustre escritor francés, Mr. Guyau: ¿no es esto desconocer el carácter serio, y por decirlo así, vital, del gran arte?

Si este es un juego, ¿cómo lograremos distinguirlo de los demás? — A esta pregunta responde Mr. Grant-Allen de una manera que descorazona. El juego, dice, es el ejercicio de las funciones activas (carrera, caza, etc.); el arte el de las funciones receptoras (contemplación de un cuadro, audición de una bella sonata). Mr. Grant-Allen no ha pensado seguramente que es casi imposible distinguir la pura sensación de la acción. En el arte ver y hacer se confunden. ¿Cómo ha de consistir el arte únicamente en la impresión que la obra artística produzca si hasta en el que aquella impresión recibe se efectúa un movimiento de producción, que desarrollado en el espíritu del poeta, del pintor, del escultor, merced al medio propio que en él halla, como semilla caída en tierra fértil, da á la vida y á la gloria la realidad de los portentos de la inspiración artística?

Concretando la teoría de Spencer y Grant-Allen; el arte no tiene fin, ó, si lo tiene, este fin es pura y simplemente imaginario. Esta afirmación no puede quedar sin respuesta. Suya será la que demos á esta otra pregunta que se deduce lógicamente del curso del razonamiento y que comprende en un todo la, parte, de la cuestión: ¿Existe verdadera oposición entre lo bello y lo útil, lo verdadero y lo real? O lo que es más claro y más conducente al objeto de la Memoria: ¿Es imposible la armonía entre el arte, bello antes que nada, y la ciencia, útil, verdadera y real, antes que otra cosa? Y circunscribiendo el arte á la poesía, que á tal me fuerza el enunciado de la Memoria, y reduciendo aún más la cuestión: ¿Pueden existir relaciones entre la ciencia y la poesía?

Afirmar que la idea de lo útil y la idea de lo bello no pueden armonizarse; afirmar, mejor dicho, que la utilidad y la belleza viven en perpetua oposición es, según mi pobre entender, incurrir en un error lamentabilísimo, error á todas

luces, que el testimonio constante de los hechos se encarga, por sí solo, de desmentir.—«En los objetos exteriores, como dice muy acertadamente el notable crítico francés, ya citado, Mr. Guyau, la utilidad, como tal, constituye siempre una cierta belleza. Esta belleza se resuelve, ya en una satisfacción de la inteligencia, que encuentra la cosa bien adaptada á su fin, ya en una satisfacción de la sensibilidad que encuentra este fin agradable.»—Claro está, señores, que no hemos de ir tan lejos que tengamos la pretensión de asegurar que allí donde lo útil se desarrolla lo bello se manifiesta. No. Nada más útil, bajo muy diversas consideraciones mirado, que los inmensos muelles de atraque que en los grandes puertos avanzan hoy, robando espacio al mar y pareciendo querer apresurarse á recibir á la nave que arriba, y difícil, muy difícil será encontrar en ellos el conjunto noblemente artístico que la superior belleza de que ahora tratamos, para sus obras requiere. Y, sin embargo, llega á tanto el influjo, la satisfacción de la inteligencia de que Mr. Guyau habla, que ve hermosos los objetos, en tanto que los halla bien adaptados á su fin, que esforzándose un poco nada más llegaremos á encontrar positiva hermosura en aquellos muelles colosales de que hace un momento hablaba, considerando el gran progreso que representan, reflexionando que para aquella nube de trabajadores que sobre las dobles vigas y resistentes planchas de hierro bulle y corre, son fuente única de sostenimiento y vida, imaginando que ellos, para el emigrante que huyen marcan el último paso de una serie no interrumpida de dolores que en mar y tierras lejanas busca un alivio que raras veces encuentra, y que para el feliz viajero que vuelve á sus hogares son como el primer pedazo de patria que huellan sus pies, el camino que le conduce á aquel otro, tantas noches soñado, en el que corrieron, junto al umbral, hoy desierto, de su casa, los años más felices de su vida.

No faltará alguno de vosotros, señores, que diga, y con razón, que esto es poesía, pura poesía y nada más. Justo; pero véase también cómo se relaciona con la ciencia, de tal modo, que allí la poesía encuentra motivo á su inspiración donde la ciencia, sólo tal vez creyó fundar algo útil y nunca

bello, que sin duda en tal cosa jamás hubo de pensarse, ni había ciertamente para qué.

Y si hasta en los objetos que sólo aparecen colocados sobre el mundo para llenar un fin exclusivamente de utilidad, podemos inquirir, y seguramente encontramos, un aspecto innegable de belleza, calculad, señores, si será fácil tarea ir demostrando la relación en que lo útil y lo bello se muestran y aun se confunden, ya en las maravillas del arte, ya en los portentos de la ciencia, en los que uno y otro no se ocultan á las simples miradas, antes bien descubren á la primera impresión su fecunda armonía.

¿Quién negará, por ejemplo, que la arquitectura, arte eminentemente bello, no es á la vez eminentemente útil? Revistió, en verdad, la arquitectura en un principio un aspecto señaladamente utilitario; pero las necesidades de los hombres, que no sólo atienden á su vida material, sino que, buscando el recreo de los sentidos, se fijan bien pronto en el ansia del espíritu, ensancharon poco á poco sus estrechos límites. Y así, de la choza estrecha formada por troncos y ramos de árboles partidos, en cuyo interior oscuro y visitado continuamente por el viento, el hombre sólo encontraba momentáneo abrigo, llegamos, con lentitud, es verdad, pero llegamos á la suntuosa hermosura del palacio moderno, embellecido por todas las artes y pródigo en satisfacer cuantos deseos agiten el cuerpo del hombre ó en su alma se despierten. Y de tal modo hoy en la arquitectura belleza y utilidad se armonizan, que no consideramos hoy un edificio perfecto si no llena los fines de una y otra. Así pueden ser su fachada rica en adornos, sus salones espléndidamente decorados y ser la primera avara en luces y los segundos incómodos y desabrigados, ó puede acontecer todo en viceversa, y ni la fingida superior belleza, ni la fingida perfecta utilidad han de satisfacernos, porque no concebimos la una sin la otra, y porque nos resistimos á encomiar lo útil que hace caso omiso de lo bello; ó lo bello que, con injustificado egoísmo, de todo otro fin se desentien- de y aleja.

He hablado de la arquitectura por creer que en esta rama

del arte se ofrece con mayor claridad que en otra alguna, la solución precisa de la cuestión que en este momento discutimos.

Fácilmente comprenderéis, señores, que no había de ser larga tarea hacer aplicación exacta de cuanto llevamos dicho á la poesía, objeto especial de esta Memoria, y si no lo hago, es porque considero enojoso incurrir en forzosas repeticiones, y porque he menester escatimar un tiempo que después ha de serme muy necesario, so pena de abusar de la benevolencia con que me honráis; atrevimiento, señores, al que nunca llegaré.

Por lo demás, ¿quién duda que la poesía puede ser y ha sido y es, en determinados momentos, eminentemente útil? Díganlo, si no, las legiones inflamadas en ardor bélico, al calor de las palpitantes estrofas de los himnos del viejo Tirteo; díganlo tantas y tantas ideas, ideas madres que diría Goëthe, madres de positivas riquezas que hoy la humanidad atesora, surgidas en un momento de arrebató, al fuego de la inspiración poética.

Cuando los hijos de Juan de Lippershey jugaban con las lentes que su padre construía, tan sólo les animaba el intento de satisfacer una emoción puramente estética, ver los caprichosos juegos de los rayos del sol atravesando el espeso cristal; y sin embargo, por tan inocente y poética distracción descubren el anteojo de aumento.

Utilidad y belleza no se oponen. He aquí, pues, contradicha la primera afirmación de Kant y sus adeptos. Veamos ahora si existe semejante oposición, como los mismos ilustres pensadores afirman entre lo bello y lo real, entre lo que vive en los dominios del arte y lo que se mueve en el mundo de la realidad.

La contestación es igualmente negativa, y si las exigencias del enunciado de la Memoria no lo estorbasen, veríamos, no solamente que lo real no está divorciado de lo artístico, sino que no puede haber emoción estética allí donde el arte se olvide de la verdad.

Impresión y acción, ya lo dijimos anteriormente, no pueden separarse. La emoción estética se realiza inmediata-

mente por actos. Los alemanes, como afirma un autor ya citado, sentían mejor las bellezas arrebatadoras de los versos de Koerner y de Uhland, cuando estos versos les arrasaban al combate: los voluntarios de la revolución probablemente no se sintieron nunca más emocionados por la Marsellesa, que el día en que las ardientes notas del inspirado himno los levantó con su aliento sobre las colinas de Jemmapes.

La ficción no es elemento necesario para que la belleza se produzca; la realidad sí, aunque deponga sus fueros en manos de la simple verosimilitud. Los que, como Schiller, reducen el arte á la ficción, toman por una de sus cualidades lo que sólo es uno de sus defectos. La ficción no es condición de lo bello en el arte; es pura y simplemente una limitación.

¿Cómo va á ser el arte, y por ende la poesía, enemigo de la verdad, cuando todas sus más bellas creaciones han surgido del estudio de la verdad misma ó de la impresión, más ó menos agradable, que la contemplación de la realidad produce? Tal teoría muere tan sólo con que le opongamos la serie infinita de ejemplos que en testimonio contrario puede aducirse. ¿Es que el mérito del gran arte ha de consistir en expresar un pensamiento necesariamente falso, como nacido de la ficción, con palabras simétricamente dispuestas? ¿Es que en semejante simétrica disposición de lo que sólo debe constituir y de lo que sólo constituye un aspecto de la forma, la forma exterior, reside el supremo encanto de la belleza artística? No. En el fondo de la obra de arte es donde debe residir su mayor hermosura. El gran arte se inspira fielmente en la realidad de la Naturaleza.

Díganlo si no las grandes obras que la poesía ha producido. Estúdiense á Homero y repárese qué verdad en las descripciones y en los sentimientos. Difícilmente se encuentra en él una imagen inexacta, un epíteto no justo. «Si describe—como asegura Mr. Biot—el aspecto de una isla, de un territorio, de una montaña, lo hace con los rasgos que le son propios y que la distinguen hoy todavía á los ojos de los marineros. Si pinta las orillas de un arroyo ó de un río, no nos dice solamente que están cubiertas de flores; nombra las

flores que allí crecen y las caracteriza con una palabra tomada de la Naturaleza, mostrando siempre así imágenes sensibles.»

Virgilio, igualmente, no cesa un solo instante de ser verdadero. En tan suprema cualidad descansa el secreto de la vida imperecedera que sus obras alcanzan. Que sólo expresando sentimientos y pasiones que en todo tiempo se agitan y que á todos por igual nos conmueven, á todos, porque nacen, se desarrollan y reviven en el movimiento incansable, y engendrador de idénticas transformaciones que en el seno de la Naturaleza reside, logra la concepción artística el sello de la inmortalidad. La desesperación de Dido emocionará siempre. El sentimiento de la vida del campo que en las Geórgicas se respira, la dulce paz que en las Églogas entona sus delicadas canciones halagarán siempre el corazón y llegarán siempre al oído cual regalada música, como eco de una inspiración que hubo de surgir hechizada por la contemplación de la obra divina que en la Naturaleza se retrata, y que en acrecentar y reproducir sus prodigios se complace, y suavemente confortada por la inefable sensación de una tranquilidad, justa y digna, suprema alegría del hombre en su peregrinación sobre la tierra.

Toda gran poesía tiene un gran fondo de realidad. Si hubiera de seguir presentando testimonios irrecusables, incurriría para con vosotros, señores, en falta de imprudencia de la que no quisiera hacerme reo. Baste, sin embargo, recorrer una por una las obras de los grandes poetas de que la humanidad se enorgullece, para convencernos de que en la realidad consiste su mérito superior. Los escritores que, ciegamente, siguen el capricho de sus ideas, por ignorancia ó por debilidad, no pueden obtener sino un éxito poco durable. De no gran cosa ha de servir al escritor ser maestro en el arte del buen decir si la esmerada expresión no sirve para que el buen pensar se manifieste; de nada si lo que con sus formas reviste no se ha inspirado en la contemplación de la realidad, justa y bella. Arte menguado sería el arte que exigiese el sacrificio de la verdad y de la prudencia en aras de una ficción, que pronto y necesariamente había de ser desordenada. Si

como la embriaguez, el encanto de las letras, según afirma Mr. Biot, sólo pudiera dejarse sentir después de la pérdida de la razón y del juicio, la literatura sería la más funesta y la más peligrosa de todas las artes.

Afortunadamente no es así. Aun cuando las teorías de algunos intentan desviarla de sus naturales senderos, la práctica de los más, vuelve con muy buen sentido por sus invariables prerrogativas.

Si, pues, ciencia y arte, ciencia y poesía de la verdad de la Naturaleza brotan y útiles son y útiles y reales, si no en igual proporción cuantitativa, en igualdad cualitativa aproximada, ciencia y arte, ciencia y poesía que sólo por la supuesta oposición de las ideas de lo bello y lo útil, lo verdadero y lo real aparecen divorciadas, se unen y se armonizan y guardan, por lo tanto, entre sí imprescindibles relaciones. El estudio, por consiguiente, de estas relaciones, cuya existencia acabamos de demostrar, porque de no existir toda investigación fuera inútil, constituirá el objeto de mi memoria.

## II

Examinado ya el primer aspecto de la cuestión que en estos instantes nos ocupa, y procediendo lógicamente en el desarrollo de aquella, debemos, tal es mi pobre opinión, dirigir una mirada, todo lo más ligera posible, al campo de la historia antes de pasar á la contemplación de las muy diversas y fecundas relaciones que hoy entre sí mantienen la ciencia y la poesía. Y ello no sólo nos ha de servir de prueba irrefutable de las afirmaciones que en la parte primera de esta Memoria acabamos de pronunciar, sino que también tal estudio será como base de las conclusiones con que necesariamente ha de terminar este trabajo, que no ceso de recomendar á vuestra mayor indulgencia.

Entre la poesía digna de tal nombre, en todos los tiempos, y las distintas fases que tan á maravilla conocéis, y que la

ciencia puede presentar, han existido corrientes de unión que claramente se manifiestan en las obras literarias, y que hoy más que nunca se ofrecen á la vista de los sabios como objeto digno de minuciosa investigación, no sólo por los espléndidos resultados que semejante compenetración, dispensadme la palabra, produce, sino porque demuestra de un modo palpable cómo los esfuerzos múltiples de la inteligencia se unen y se acompañan, realizando al unísono la doble y desigual tarea de su engrandecimiento y de la glorificación de Quien tuvo á placer crearla y con sus rebeliones sufre y con sus nobles sacrificios se recrea.

Dicho se está que no vamos á pasar revista una por una á todas las grandes obras de todos los grandes poetas de todos los siglos, porque trabajo igual ó parecido exigiría un tiempo, una capacidad y una erudición de que desgraciadamente no puedo disponer.

Sí veremos en cada literatura y en cada poeta que de gloria goce y de fama disfrute, el sello característico con que se ofrecen las relaciones que tratamos de estudiar, no remontrándonos á los orígenes inciertos y nebulosos que á dudas y vacilaciones solamente nos arrastrarían, sino comenzando allí donde la luz de la investigación ordenada y justa permite apreciar debidamente el alcance, fin y exacta belleza de la producción literaria.

Entre los griegos, bajo el rico ropaje de sus hermosos versos, en los que parecen escucharse ya el rumor de las batallas, y en él, sobre el ronco griterio, los estridentes golpes de la hoja de acero de las espadas en los bruñidos escudos, ya el melodioso acento de los pastoriles cánticos, y en los que el alma cree respirar confundidos el aliento de las grandes empresas y el aura que pura y libre ya juguetea sobre aquel mar siempre azul, palacio de nereidas y tritones, ya entre las ramas de aquellos bosques de mirtos, en cuyos senderos, por los fulgores del más ardiente sol dorados, los amorcillos corren; bajo tan hermosos versos, ora dulces como otros ningunos, ora grandilocuentes, sin hallar al seguir de los años vencedores, vive el espíritu de una filosofía análoga y quizá superior á la que hoy llamamos filosofía de la his-

toria. El pueblo de Fidias y de Apeles revistió sus concepciones de forma purísima, las iluminó con los claros esplendores de su cielo que en la inteligencia de sus grandes obras se reflejaba. Pueblo de artistas, ¿como no realizar portentos de arte? Pero el pueblo de Fidias y Apeles no limitó su esfuerzo llevando á los límites de lo posible la realización más pura del encanto de la forma. Donde cantaron Homero y Esquilo, Platón y Aristóteles pensaron; sus vates por eso no son poetas al modo con que hoy la imaginación vulgar se los figura. Cantaron no como jilgueros en la enramada, sino que cantaron y pensaron como hombres revueltos en la lucha de la vida. Así lograron ser lo que son. Poetas de verdad.

La filosofía de aquellos poetas soberanos fijábase en hechos que son generadores de toda ley moral. Y así consideraban la acción recíproca de la Providencia y del hombre, la ley del progreso por el sacrificio, la glorificación de la vida después de la muerte. Por tal modo alcanzaron tan duradera vida obras en que palpitaban, por decirlo así, los fecundos pensamientos que surgen de las luchas que la humanidad sostiene y en que lograban doble vida, la de la moral y la del arte, relacionando una y otro fuertemente, ideas como la del sacrificio, la naturaleza vencida y el alma triunfante y redimida por el dolor; ideas siempre inspiradoras de emoción artística, noble y perfecta.

Estoicos y epicúreos se dividen la atención preferente del espíritu de la sociedad de Roma, combatida á un mismo tiempo por ideas tan encontradas y en cuyo seno surge al fin rasgando sombras y predicando la verdad eterna la religión del Crucificado. Allí aparece, al decir de muy doctos pensadores, el primer pensamiento claro y definido del pesimismo, hoy tan en boga, y que si ya parece despuntar en los coros de las tragedias de Sófocles y Eurípides, se acentúa con la aparición de aquel epicurismo triste que nace de un desprecio razonado de la vida. Junto se nos presenta la imagen del poeta Petronio, el poeta de la orgía romana, según Caro, que «juega hasta el último instante con el suicidio, haciéndose abrir y cerrar las venas sucesivamente, como para gus-

tar más á su placer del sentimiento de su rescate.» Sentíase influído, como un gran número de sus compatriotas, por un amor exagerado á la vida, que les hacía maldecir de ella cuando no podía ofrecerles placer más intenso que los ya saboreados. Con semejante inspiración, habíase fundado en Alejandría aquella famosísima Academia de que formaron parte Antonio y Cleopatra.

Sobre este cuadro, tan alegre para algunos por su brillante apariencia, tan triste para los más que se fijan con honda pesadumbre en el aspecto de corrupción que el desarrollo de tanta idea errónea sobre la vida y los destinos del hombre necesariamente produce, destácase con vigor la figura de Lucrecio, que repite, con trágico acento, la condenación á la existencia, ya lanzada por algunos filósofos griegos, como hace notar Sellar en su obra *Los poetas romanos de la república*, al indicar la semejanza que existe entre los sollozos del poeta de *De Rerum natura* y los que el alma cree escuchar en los fragmentos que nos restan del viejo Empédocles.

No busca Lucrecio el enigma de la vida; no somete su inteligencia á tan ardua investigación. Y no busca el enigma de la vida, porque para él tal enigma no existe. No hay nada que permanezca escondido á los ojos del hombre. Al fin de este penoso camino que sobre la tierra atravesamos solamente nos aguarda el vacío. Y el hombre, agobiado por tan abrumadora seguridad, vive y se siente vivir. Así engendra su incurable padecimiento. «El fastidio, al decir del crítico Martha, se apodera de su alma, de la que huyeron las pasiones. El espectáculo uniforme del mundo, del que él es únicamente ocioso espectador, le fatiga y le exaspera. Con Lucrecio, deja escapar este grito continuado de disgusto: siempre, siempre la misma cosa. *Eadem sunt omnia semper, eadem omnia restant*. La única ventaja que ha logrado es la de no tener miedo á la muerte; ha recorrido tan dulcemente su vida, que podrá pasar de una á otra nada sin gran sacudimiento. Quizás él mismo adelantará el orden de la naturaleza para ir más aprisa hacia ese sueño eterno del que ya ha gustado las primicias y para asegurarse más pronto del encanto de la muerte.»—«No es esto—como dice muy acertadamente

Caro, después de copiar tales palabras—*la gentilezza del morir*, que veinte siglos más tarde celebrará Leopardi.»

No es la presente, señores, ocasión de señalar cuán equivocadas son las afirmaciones que el gran poeta latino deja escapar en los versos de su poema que amenudo parece rosario de elegías, afirmaciones combatidas victoriosamente en la obra que un autor notabilísimo que acabamos de citar escribió sobre tan famoso poema, obra encomiada noblemente por amigos y enemigos; el mismo Columela, trabajando un siglo después que Lucrecio, en un libro de agricultura, se creyó obligado á protestar de la dolorosa lamentación del poeta romano, que suponía á la tierra agotada, como mujer que no puede tener más hijos, sosteniendo que, por el contrario, la tierra es siempre joven y fecunda, porque sabe emplear sus maravillosas fuerzas. No hacemos ahora crítica, proseguimos únicamente un trabajo de mera exposición. Baste, pues, á mi intento señalar cómo el espíritu filosófico influyó en la obra poética de Lucrecio, é indicar de qué manera ambos pensamientos, el filosófico y el poético, modificados en la forma, pero iguales, sin embargo, en su esencia, después de largo eclipse, brotan de nuevo al palenque de la controversia en las obras de Schopenhauer y Hartman, y en los cantos dolorosísimos de Leopardi.

Y llegamos, siguiendo nuestra ruta, todo lo velozmente que la necesidad lo exige, llegamos á la Edad Media. El espíritu se detiene un instante con misteriosa estupefacción ante aquel inmenso caos. El panorama brillante y risueño de la civilización antigua desaparece. Grecia y Roma diríase que espiran. El Partenón dura en su cima. El mismo alegre mar lo arrulla, el mismo sol brillante dora sus frisos y duplica sus contornos con líneas esbeltas de luz esplendorosa. Pero ¿dónde está el espíritu de la antigua Grecia? Como al ave la tempestad lo arrojó de su nido. El Foro existe; pero á sus pies no discute el romano el espíritu de sus leyes inmortales. Hondo silencio vaga en los aires llorando mudamente por una elocuencia cuyo acento murió. No más orgías suntuosas, apoteosis de los refinamientos del arte; no más báquicos festines, en los que la vista re-

creábase con la luz del cielo de Roma y la imaginación con los fulgores del alegre Falerno. Ya lo dijo el poeta. Por la herida que abrió el hacha de Alarico huyeron, juntamente, la existencia y el vicio. Lejos suena el galopar de los bridones de sus huestes bárbaras. Y ¡oh! qué inspiradamente cantó Quevedo tan lastimosa ruina:

Sólo el Tibre quedó, cuya corriente,  
si ciudad la regó, ya sepultura  
la llora con funesto son doliente.

¡Oh! Roma: en tu grandeza, en tu hermosura,  
huyó lo que era firme, y solamente  
lo fugitivo permanece y dura.

Sobre el mundo antiguo cayó algo negro como el olvido, terrible como una espantosa inundación. Así como al morir del sol, surge poco á poco en Oriente débil mancha de sombra, que creciendo y creciendo enluta pronto y de una vez la anchurosa esfera, de las selvas del Norte, brotó, al ronco grito de tremendas canciones, la ola gigantesca del negro mar, que, embravecido, sepultó, borró, confundió las victorias alcanzadas por la humanidad, en el trascurso de los siglos, á costa de tan dolorosos esfuerzos.

Destruído, en lo posible, más de lo que al progreso de tal modo atajado conviniera, destruído cuanto fué encanto del hombre y preciosa conquista de la inteligencia; soterrado como Atlántida del pensamiento, más feliz que la que es fama que hundióse en el mar que baña este globo en que vivimos, pues al fin aquella logró rehacerse; soterrado el mundo antiguo; en lucha una sociedad, desequilibrada por el predominio de su inteligencia refinada con exceso sobre su cuerpo dolorosamente fatigado, con otra, rica en fuerza y pobre y oscura en pensamientos; en germen las futuras nacionalidades; humillado el derecho por el despotismo; realizándose con gran trabajo primeramente, y logrando alta victoria luego la obra sublime del Cristianismo, suprema y redentora, todo allí es grande, pero confuso; grande, porque en tan oscuro seno se elabora la redención futura; grande, porque de-

trás de aquella masa informe palpita débilmente al principio, con vigoroso empuje después, el espíritu del Renacimiento, que á la manera que el sol al surgir en el cielo todo lo ilumina, mar y tierra, selva y río, monte y prado, al dominar sobre el mundo, todo lo anima con su aliento, arte y ciencia, que reviven como después de horrenda pesadilla, y engalanan, de nuevo, con sus múltiples encantos, la realidad de un mundo que tan risueñamente les acoge.

La Edad Media es una gran lucha. Por eso tiene un carácter altamente poético. Todo en ella es ó inmensamente trágico ó lastimosamente triste. Por eso todo en ella es poesía. Sollozos de los apasionados, que son los más; ansias de los desesperados, que forman el mayor número; anhelo por la luz de un progreso que huyó y que el Cristianismo devuelve; combate por el sentimiento religioso, que así engendra las cruzadas que van á Jerusalén, como la heroica de nuestra Reconquista; sacrificios caballerescos, abadías salvadoras, refugio á la vez del pensamiento y del caminante; castillos, zambras, torneos, castellanas, paladines, trovadores, todo es poesía. Todo es poesía, y, sin embargo, si en el ambiente más que nunca flota, si por doquier se respira, apenas si, como antes, en la imaginación del poeta se refugia y en su armonioso canto se manifiesta. Si hoy la investigación científica, minuciosa y concienzuda, descubre bajo el polvo de los archivos, singularmente en Francia, colecciona y ordena trovas y canciones, primorosas de seguro y de indudable valor histórico, el espíritu sintético de la alta crítica, no halla en ellas reflejo exacto de exteriores influencias, las que ahora estudiamos, ni otra cosa podía ser, dada la situación de aquellas sociedades, emprendedoras, creyentes, galantes y caballerescas, que así, y no de otro modo, se nos aparecen en las obras literarias que hoy se descubren y de las que nos acabamos de ocupar. Símbolo y compendio de aquella edad aún misteriosa, único, y creo que no parecerá muy atrevida esta afirmación, único, pero grandioso, es el sublime poema del vate florentino, que, al atravesar las sendas tortuosas del infierno, á cuya entrada vió escrito el lema eterno de la desesperación, al cruzar luego las regiones en que las almas espe-

ran un perdón, no por muy ansiado menos hermoso y agradecido, y al gozar más tarde los suavísimos encantos de la mansión de los justos, parecía reflejar en su espíritu el de su época, sufriendo, esperando y adivinando la eternidad en la vida y en la redención y suspirando por ella.

El alma del gran poeta, filósofo y teólogo también, su imaginación exaltada por suaves ensueños, se lanzan al combate de la existencia, y una y otra sienten horribles sacudimientos. De la política confusa de su ciudad, como afirma, con admirable sentido Saint-René-Taillandier, se eleva á la política de la cristiandad entera. Su pensamiento se ilumina y crece, y desde la región exclusiva de su idea sube á la más fecunda, comprensiva y general en que los principios se desenvuelven. Dante no es sólo el amante rendido de Beatriz, encarnación delicadísima del amor puro, que en el cielo al fin encuentra, porque allí el amor puro reside, ni el creyente más ó menos fervoroso; no ama y cree y en amar y creer únicamente se complace. Es filósofo y piensa; ciudadano y ejecuta y defiende su obra; hombre y sufre y anhela; y en su filosofía y en sus hechos, y en sus ansias y en sus pesares, traduce fielmente los de su edad, revuelta y fecunda, que no parecía sino que en aquellos largos é inolvidables paseos por los alrededores de la Florencia, en los que las gentes huían de él con miedo y le señalaban con terror, recogía en el aire dulce y callado, el sentimiento de su edad, su pensamiento aún oscuro y al uno en su inteligencia daba abrigo y al otro en ella vigorizaba y esclarecía, y de allí lo reflejaba, á manera de foco vivísimo, sobre las hojas amarillentas y arrugadas por el movimiento febril de sus manos, en que escribía los tercetos inmortales de su poema, sombrío como su genio, imperecedero como su gloria.

Si avanzamos algunos siglos más, encontramos nuevos é irrefutables testimonios de las afirmaciones que hemos dejado sentadas. Racine, Corneille, Molière y Voltaire manifiestan palpablemente en sus obras literarias la influencia del espíritu filosófico en la concepción del pensamiento esencial de sus obras, y muestran claro ejemplo de cómo las circunstancias á que el hombre necesita plegarse en la batalla de la

vida, obligado por las ideas que en la sociedad de su tiempo se desarrollan, le modifican tan esencialmente, que en sus producciones artísticas no pueden por menos de ofrecer pruebas patentes de la transformación sufrida. Esta investigación, llamémosla así, que no alcanzaría igual éxito siempre, ve en un todo coronados sus esfuerzos cuando los encamina á descubrir la génesis de las obras de los grandes poetas, en los que forzosamente se reconoce una sinceridad de expresión, sin la que no lograrían el alto puesto en que se les considera.

Examinando la vida de Racine se han preguntado muchos: ¿Amó verdaderamente el gran poeta? La mayoría de las opiniones contesta de un modo negativo. En sus primeros años Racine parece animado por un sentimiento de pura diversión, de mera curiosidad; luego el desenfreno de los sentidos le arrastra, en sus últimos años el deber y la piedad le dominan por completo. De aquí un gran vacío en sus obras. Mal puede expresar una pasión con todo el fuego, con toda la nobleza que de las demás la distingue quien nunca la sintió. ¿Cómo no llega á arraigar el amor en el alma del célebre poeta de la corte de Luis XIV? Porque el trabajo de la educación á que Racine hubo de someterse no dejó lugar á propósito en su espíritu en que las flores del amor arraigaran. Janet ha dicho: «Port-Royal educó á Racine: he ahí el verdadero culpable.» Admitida la culpa, que sobre ello habría mucho que discutir, yo creo que su origen no es Port-Royal, sino su filosofía.

Las tragedias de Racine, si no todas aquellas que disfrutan de mayor nombre, están inspiradas al calor de ideas generadoras de leyes de filosofía moral. Sobre la belleza y verdad de los caracteres de los personajes que en aquellas obras se mueven, sobre la profundidad de sentimientos y verdad poética de las situaciones que en ellas se admira, se ha escrito la última palabra por escritores tan ilustres como La Harpe, Geoffroy, Sainte-Beuve, Nisard, Saint-Marc Girardín y Janet. Si nada nuevo podemos añadir, señalaremos siquiera los puntos de conjunción de la filosofía y del arte en las tragedias de que ahora nos ocupamos. Ninguna pasión

puede surgir en un alma sin despertar en otra una pasión correspondiente. Así lo demuestra la historia de las pasiones hasta el punto de que constituye una de sus leyes más ciertas. Este fenómeno pasa muchas veces desapercibido, pero si reúne su desarrollo especiales circunstancias y estas se van encadenando trágicamente, lo que permanecía oculto brota y se destaca sobre el fondo invariable de la realidad. Leed la *Andrómaca* de Racine y os convenceréis de mi aserto.

Ley bien conocida por los filósofos y que ha adquirido excepcional importancia después de los estudios de Hobbes, Locke, Humme y Stewart, es la de la asociación de las ideas, de la que se deriva otra no menos importante; la de la sugestión. Ejemplos de esta ley ofrece el arte dramático. En Shakespeare la célebre escena de Yago; en Racine la no menos famosa entre Narciso y Nerón en su tragedia *Británico*.

Si de la relación que las pasiones guardan, unas con otras, en distintas almas pasamos á examinar las leyes de la pasión en un alma sola, vemos que para Racine la pasión, después de atravesar todas sus formas y agotar todas sus fases, sólo tiene un recurso á que apelar, impuesto por la fatalidad de la Naturaleza: el suicidio. Dígalo si no la triste muerte de *Fedra*, á quien el destino sólo otorga dos consuelos: confesar y sucumbir.

Si el estudio que tan á la ligera hemos hecho es instructivo en Racine, no lo es menos en Corneille, que ofrece con su rival desemejanzas dignas de atenta observación. En Racine las pasiones desenfrenadas dominan demasiado. En Corneille sólo nos presentan dos ejemplos: Tito y Mónica. Por el contrario, en las tragedias del autor del *Cid*, el alma, combatida por las pasiones, logra amenudo acallarlas, consiguiendo sobre sí misma un triunfo moral tan noble como conmovedor. Hasta qué punto es tal victoria sublime, díganlo Rodrigo de Vivar, Jimena, Horacio, Augusto, Poliuto, Paulino, Cornelio y Sertorio. Fase es esta de una psicología que con la de Racine nos da completa la representación del hombre moral, dominado por las pasiones, que, desordenadas, le enloquecen, ó sometido á la voluntad, que con tran-

quilo y superior criterio le encamina por la senda que conduce á la realización del justo fin del hombre. Nadie, creo yo, duda que es hermoso artísticamente considerado el combate que, entre sí y con la voluntad, mantienen las pasiones en el fondo del espíritu. De tempestad hubo de calificarlo el poeta de *Los miserables* al describir, con vigorosos rasgos, aquélla que encerrada en un cráneo rugía. A mayor violencia en las pasiones corresponde más viva emoción.

Pero nadie me negará tampoco, así lo espero, que nada más noble, más hermoso ni que más despierte profundísima impresión existe, que la suprema energía con que la voluntad sabe imponerse á las pasiones y la oculta tristeza del espíritu, que á sí mismo vencién dose y destruyéndose, confiando en la satisfacción única que de su proceder y sólo de su proceder nace, con su destino desesperador se conforma. Por eso la resignación es la primera de las virtudes. Por eso Corneille, que en tan alto sentimiento se inspira, ocupa, al menos para mí, lugar superior en los dominios del arte y de la filosofía al que á su rival Racine pueda corresponder. Sintiendo como Corneille sintió, y como pensó Corneille pensando, el arte alcanza la cima de su más noble excelsitud. El sentimiento humano es incapaz de concebir imagen más hermosa ni más iluminada por los resplandores de la más pura poesía que la de la Virgen-Madre del Dios-Hombre, recostada al pie del santo madero, donde, enclavado, exhaló el último suspiro el que fué encanto y gloria de su vida y devorando en silencio sus lágrimas de dolor, dolor más puro y más intenso que el de aquella bóveda que se enlutaba y aquella tierra que se estremecía partiéndose, sin que para lograr tal nobleza y hermosura necesitara de sombras innumerables y amenazadoras, ni de estremecimientos ruidosos y convulsivos.

Molière, y hemos de abreviar necesariamente si esta parte histórica no se ha de alargar demasiado, Molière confirma también el pensamiento que á escribir la presente reseña me ha inducido. Leyendo *Tartuffe* pensamos que allí detrás de la tendencia moralizadora que pone al desnudo los vicios de la hipocresía, alborea al primer ensayo de una escuela filosófica que en el siglo XVIII dirige á la Iglesia golpes durísi-

mos. Semejante idea palpita en el fondo del *Don Juan*, la más poética de las creaciones de su autor, hechizada por encanto artístico igual al que, tratando el mismo asunto, supotán á maravilla conseguir el divino Mozart, y tan claramente palpita que ha hecho decir á un célebre crítico contemporáneo: «Estas dos comedias, *Tartuffe* y *Don Juan*, ¿no son la obra de un precursor de Bayle y de Voltaire?» En *El misántropo*, últimamente, arte y filosofía consiguen á la vez, finalidad y victoria. No se nos ofrece en ella Molière, como un epicúreo espiritual que se alegra de todo, y que vive exclusivamente para el placer, ni como un Montaigne que huye de la virtud austera. No. La moral de *El misántropo*, como Janet afirma, es muy otra. La virtud y el honor deben alejarse del mundo sin huir de él; si las circunstancias le fuerzan á lo contrario, debe cuidar muy mucho de lo que constituye su dignidad, sin querer amoldar el mundo, ya viciado, á ella. Por tal camino se verá seguramente burlado.

Antes de abandonar por ahora la patria de los insignes poetas, cuyas obras acabamos de recordar, bueno será que traigamos también á la memoria, como argumento irrefutable de nuestra teoría, la influencia que en las producciones artísticas de aquel insigne demoledor que reservando su nombre dió para su historia el de Voltaire, dejó marcada el escepticismo de un hombre, para muchas causas funesto, y que contribuyó quizá tanto á la revolución memorable y hecatombe sangrienta del 89 y 93, como la reunión de los Estados generales y las violentas palabras y más violentas obras de Mirabeau, Marat y Robespierre, puesto que representaba el espíritu que á todo aquello movía, inspirado en sus obras y nutrido con sus ideas.

Bajo las brumas del cielo de Albión, Míltón, el vate ciego, canta con voz sonora la epopeya de la fe de la cristiandad, pinta con negros colores el origen abominable de la primera culpa, y describe, gallardamente, el horrible poder de Satanás, que cuando entra en lid con los ángeles guardianes, como dice Macaulay, «se alza enorme como el Atlas, tocando al cielo con la cabeza» y Shakspeare, la encarnación más vigorosa del genio humano, el nuevo Esquilo, según Víctor Hu-

go, realiza el ideal del drama trasladando al mundo del arte la representación exacta del medio humano en que el hombre se desenvuelve, y del alma del hombre que bajo la influencia de tal medio se modifica y trasforma. En los dramas de Shakspeare, se refleja el saber de su tiempo, la ciencia por lo tanto. Los que acusan al poeta de *Otelo* por ignorante, son, de seguro, como afirmó un notable crítico, los que no han acertado á leer, comprendiendo, en sus obras. Las ideas de Shakspeare, son á manera de fecundas semillas. Una sola es capaz de producir mil otras nuevas encerradas en su seno.

Casi al mismo tiempo que el bardo inglés conquistaba para su nombre lugar eminente, no inferior á otro alguno, en el templo de la inmortalidad, los dramáticos de nuestro siglo de oro daban en sus comedias el retrato fiel de la sociedad en que vivían, sociedad inspirada por la creencia en Dios, el amor á la patria y la idolatría por el honor, y en sus autos, el reflejo de una filosofía creyente, inspiradora de alta y suavísima emoción.

Eran aquellos los días inolvidables en que el pueblo español no hubiera cambiado su gloria por todo el oro del mundo; primeramente, porque su gloria valía más, y después, porque la mitad de aquel oro llegaba á sus costas encerrado en el fondo oscuro de sus naves. Aquella grandeza, que ya empezaba á decaer, pero que aún conservaba siquiera exteriormente la brillante ostentación de su prestigio llenando todo pecho español de legítimo orgullo, encendía en la imaginación del poeta vivo entusiasmo por los grandes pensamientos, generadores de tanta gloria. Creyendo en Dios, idolatrando á la patria por quien tan noble esfuerzo realizábase, idolatrando el honor por cuya limpieza, sangre y vida rendíanse, nuestros héroes rasgan el velo tras el que se oculta el nuevo mundo, huellan sus costas, luchan con una salvaje naturaleza que palmo á palmo les defiende sus dominios, siguen el curso de sus anchos ríos y toman posesión de sus inexplorados mares en nombre de Dios y de la corona de Castilla, símbolo de la patria, satisfaciendo así á su honor, último término en el orden en que los enumeramos, y sólo así último,

de aquella trinidad gloriosa, norte y guía de la sociedad española de los siglos XVI y XVII.

El mismo pueblo, que así ganaba dominios allende el mar, hacía tremolar su bandera, bañada por los esplendores del triunfo, ya en las llanuras de Flandes, ya en las praderas de la alegre Italia, ya en los campos de San Quintín, ya en las olas ensangrentadas del golfo de Lepanto. El mismo pueblo, de los Cortés y los Pinzones, del Duque de Alba y de Gonzalo de Córdoba, de D. Juan de Austria y del Marqués de Santa Cruz, el mismo pueblo, grande y esforzado, que ya veía realizada la obra suprema de su nacionalidad y la no menos ilustre de su engrandecimiento, hubo necesariamente de producir grandes poetas nacidos al calor de tanta gloria. No había de ser escéptica, ni ruin, ni despreocupada, la filosofía de aquel pueblo, y por ende la de aquellos poetas, antes bien fervorosa, de grande aliento é inflexible rigorismo. Así escribieron, pensaron y sintieron, Calderón y Rojas, Moreto y Alarcón, Tirso y Lope, Mira de Amezcuea y Pérez de Guevara y tantos otros, gala del Parnaso español. Nutrida la imaginación poética en tan nobles fuentes, los autos interpretan, sin menoscabar su cuidadoso idealismo, los misterios de nuestra religión; el *Príncipe Constante* y Guzmán el Bueno sufren sin vacilaciones por la patria, y D. Lope de Almeida y *El Médico de su honra*, matan, sin dudas, incomprensibles en desventuras en que el honor sea el desventurado.

### III

Henos, por fin, ya, frente á frente de la última parte de nuestra Memoria, ó sea la que tiende á examinar las fases distintas con que hoy la cuestión que debatimos se nos presenta, fase que necesariamente ha de participar mucho del carácter histórico de la anterior, porque del estudio de los hechos se han de deducir las conclusiones y porque en ordena-

da reseña histórica deben, para el mayor orden y claridad en la exposición, encadenarse los hechos.

Desde algunos años anteriores á los que precedieron á la revolución francesa, el mundo, por muy distintos prismas observado, cambia mucho más y más pronto que en los siglos que hasta el XVIII hubieron de seguirse. La filosofía se hace más que nunca batalladora y reviste un carácter marcadísimo de osada negación. Las ciencias exactas, físicas y naturales ensanchan prodigiosamente el círculo de sus conocimientos. Desde entonces, puede afirmarse que no surge un verdadero poeta, digno de tal calificación, que no se inspire en las conclusiones del espíritu científico ó que no entone el entusiasta elogio de sus trabajos y de sus victorias. Así aparecen en Inglaterra Byrón, el excéptico agresivo; Manfredo, Childe Harold, Lara, D. Juan y Caín todo á la vez; poético galanteador en los canales de Venecia y en las ondas azules del Lido, soldado valeroso en las campañas de Grecia; Shelley, el panteísta Shelley, el poeta del *Prometeo* y de los *Cenci*; Keats, el infortunado Keats, que muerto en la flor de sus años, hizo escribir sobre su tumba aquel lastimero epitafio: «Aquí yace uno cuyo nombre se escribió sobre el agua.» Así brillan en Francia André Chenier, Le Brun y Fontanes, el poeta de la *Leyenda de los siglos* y el de *Las Noches*, Ackermán, el autor de las *Poesías filosóficas*, y Sully. Proudhomme, el del poema *La Justicia*. Así cantaron en Italia Leopardi y Carducci, en Alemania Goëthe, Schiller, Lessing y Heine y entre nosotros, finalmente, el gran Quintana en sus odas á la invención de la imprenta y al descubrimiento de la vacuna; Espronceda, en su hermosísimo canto á la inmortalidad, ditirambo en rima y escrito en loor del más exagerado materialismo; Núñez de Arce, el cantor de la duda, de una duda tan poética por lo menos en su fondo, como la de Musset, porque como aquélla dice: «Quiero creer y no puedo,» y más que otro alguno Campoamor, por tantos conceptos ilustre, escéptico desconsolador é implacable, que considera á la poesía naciendo de la Metafísica y confundiéndose con la Metafísica, *alma mater*, para él, de todo conocimiento.

Tres de los poetas cuyos nombres acabo de pronunciar,

solicitan estudio ó párrafo, mejor dicho, párrafos apartes, por más que uno y otros sean tan breves como el tiempo, que apremia, lo exige. Estos tres poetas, ya lo habréis adivinado, son Byrón, el jefe de aquella escuela *satánica* tan combatida, Goëthe, el cantor de Fausto, hijo de la leyenda, y el de la infortunada Margarita, hija predilecta de su imaginación, y Leopardi, el poeta del pesimismo, de cuerpo deforme y espíritu llagado, cuyo canto es un sollozo eterno apenas interrumpido por una exclamación fugitiva de esperanza. Tenebroso cielo, en el que muy de tarde en tarde brilla un rayo, un solo rayo de luna, que rasga un instante las sombras, baña con luz suave el seno de las nubes amenazadoras y huye de repente, haciendo que parezca más terrible que antes la solitaria oscuridad.

Es el carácter moral y literario del Lord inglés, digno de observación detenida y minuciosa. «Recibió al nacer, dice Macaulay, cuanto el hombre admira y desea; pero cada una de estas circunstancias superiores iba ligada estrecha y misteriosamente á elementos de miseria y humillación... el joven Par poseía facultades de inteligencia, pero con algo de insano, su corazón era naturalmente sensible y generoso, pero su carácter colérico y mudable, su cabeza era un modelo de hermosura y su andar innoble, como que era deforme uno de sus pies.»

En el fondo sombrío de sus cantos se oculta, así como gusano devorador en el cáliz de una rosa de espléndidos matices, el pensamiento de una filosofía misántropa que parece consolar sus dolores menospreciando á la vida, fuente de todos ellos. Los héroes de sus poemas son hombres, hastiados, rendidos á la desesperación y sostenidos únicamente por un inmenso orgullo. Era Byrón más que nada un revolucionario que eligió la poesía para la expresión de sus ideas. Si por la poesía lucha, con la poesía igualmente combate. Su Musa es su Diosa. Sus versos brillan, relampaguean, hieren como espadas.

Goëthe, admirador entusiasta de Byrón, á quien éste dedicó su poema *Sardanápalo*, vió en la figura del vate inglés la representación exacta del símbolo de la poesía moderna, na-

cida del consorcio de dos ideales; la imaginación clásica y la fantasía romántica, que aparece en la segunda parte de su poema *Fausto*. Euforión, el hijo de los amores de Fausto y Helena, es Byrón. Sobre esto podría haber duda si Goëthe no lo hubiera declarado de un modo terminante en sus conversaciones con Eckerman. Yo creo que Byron representa aún algo más. Byrón realiza la justa esencia de la forma altamente poética y el pensamiento hondamente filosófico.

Fué Goëthe no sólo eminentísimo vate, sino también naturalista de gran mérito, filósofo de muy levantada tendencia y crítico de alto vuelo.—Agitábase en los últimos años del siglo XVIII en el cerebro de insignes pensadores la idea del gran poema de la Naturaleza; algo que fuera en poesía equivalente de la obra de Buffón, esencialmente científica. Muchos lo intentaron. Le Brun, Fontanes, André Chenier, Goëthe. Le Brun (el poeta, protegido por Luis XVI, á quien pagó con aquellas infames estrofas dirigidas á María Antonieta, que la pluma se resiste á copiar), Le Brun dejó algunos fragmentos en los que son de lamentar las torturas que sufre el lenguaje para expresar, contenido por las exigencias de la rima, el variado tecnicismo de las ideas científicas. De Fontanes queda un trozo de superior belleza. De André Chenier lo que de su poema de *Hermés* llegó á escribir; indicaciones sueltas, vigorosas, atrevidas, versos admirables, nada más. La guillotina, en nombre de una crueldad y de una locura mil veces execrada, se encargó de poner punto final á su obra. ¿Y lo demás? ¿Lo demás? Ello era lo que latía en el cerebro del infortunado André Chenier cuando al pie del patíbulo, él, gran hombre y gran patricio, golpeándose con la mano la frente, exclamaba: «¡Oh! ¡y aquí había algo!» Ese algo, Llorente, el feliz traductor del *Fausto*, lo ha dicho, era la poesía moderna.

Obra semejante emprendió Goëthe. Para ella el autor de *Werther* se encontraba admirablemente preparado. Sus trabajos sobre la metamorfosis de las plantas, sobre la anatomía comparada, sobre la óptica, etc., le suministraban copiosos materiales. En sus poesías se encuentran algunas, llamadas indudablemente á ser partes de un todo no concluído; ellas delatan claramente el pensamiento de su autor, in-

dican la idea sólo parcialmente desarrollada de la obra total. Alejandro Humboldt consideraba, según Caro, que debía ser una de las más poderosas creaciones de aquella inteligencia, soberana en todas las regiones del espíritu. Si las más grandes hipótesis logran hoy ser realizadas, si todo lo que no va derechamente contra lo imposible alcanza á fuerza de trabajo término dichoso, esperemos en el arte que la obra en esbozo de Le Brun y Fontanes, de André Chenier y de Goëthe tendrá continuador más afortunado que aquéllos.

Desconsoladora, más que otra alguna, es la poesía de Leopardi.

La miseria humana inspira en los grandes corazones sed de infinito reposo ó voces de profundo desprecio, ya el alma se anegue en resplandores de fe, ya se envuelva en sombras de negaciones, ya encuentre más allá de los últimos linderos de la vida la satisfacción de sus ansias, ya piense que el vacío es el único término de los males de la existencia. Por la una senda se va al misticismo y se oye hablar á Santa Teresa; por la otra se camina derechamente al pesimismo, y se escuchan con horror los desgarradores gemidos de Leopardi.

Leopardi siente deseo profundo de suprema felicidad. A este deseo opone su inteligencia una negación absoluta. Leopardi, según el juicio de Valera, no busca á Dios porque entiende que no le ha de hallar y que lo aborrecerá si lo hallase. Para él no hay más Dios que el destino; esto es, las leyes inflexibles de la naturaleza. Del inextinguible deseo del poeta nace su entusiasmo. Prefiere el dolor al fastidio, No tiene fe, pero tiene amor, inmenso amor; este sentimiento del amor es la fuente de su entusiasmo; ama; la mujer, la patria, la humanidad, son sus grandes amores. Envidia á los antiguos, que vivían de una esperanza que no ha llegado á realidad. Es, finalmente, Leopardi, según Sainte-Beuve, como un hombre de la antigüedad que llegó tarde.

Todo cuanto siente lo expresa con una sinceridad comparable sólo á su desesperación. Por eso, porque llora sus penas y no se pierde en vagas abstracciones, porque es humano cuanto sufre y canta, es tan gran poeta Leopardi. Así

es concebible y admirable la poesía filosófica, científica igualmente; no en modo alguno á la manera de los que, representando las ideas por fórmulas abstractas, reducen, ó mejor dicho, intentan reducir la poesía á un análisis frío que hace pensar como tesis, pero no sentir como estrofa poética.

Lord Macaulay ha dicho: «La poesía declina á medida que la civilización progresa.» Como el progreso no se detiene, es lógico suponer que al fin de tal camino encontrará su muerte la poesía. Pero Víctor Hugo contesta: «Muchas gentes de nuestros días, agentes de cambio, entretenidos con su suerte, y amenudo notarios, dicen y repiten: «La poesía se va.» Es casi como si se dijera: «Ya no hay rosas, la primavera ha entregado su alma, el sol ha perdido la costumbre de surgir, recorred todas las campiñas de la tierra; no encontraréis ni una mariposa; ya no hay fulgor de luna, y el ruiseñor no canta más, el león no ruge más, ni se cierne más el águila; los Alpes y los Pirineos han desaparecido; no hay ya muchachas hermosas, ni jóvenes gallardos, nadie sueña ya con las tumbas; la madre no quiere ya á su hijo, el cielo se oscureció, el corazón humano ha muerto.»

No. Jamás. La poesía no huye, no desaparece. La cuestión es muy otra. La poesía sufre y sufre una dolorosa crisis; pero de ella ha de salir vencedora, animada por nueva inspiración.

La poesía se siente desfallecer devorada por mal de anemia.

Dijérase que como joven perfectamente hermosa é irreprochablemente ataviada languidece, porque le falta aire puro y nuevo que respirar. El idioma ha alcanzado su mayor perfección y el lenguaje poético al que podríamos llamar quinta esencia del idioma ha llegado al límite en que se encuentran escritas las palabras: «No más allá.» ¡Qué sobriedad en la frase! ¡Qué brillantez en la expresión! ¡Qué limpio, y sin extraños roces que lo desfiguren ó afeen, surge conducida por ella el pensamiento! Aseméjense las estrofas de los poetas modernos por la proligidad, exactitud y hermosura del detalle á los portentos de arte, maravillas del cincel, que salían de

las manos de Benvenuto Cellini, de Donatello ó de Bruneleschi. Pero la poesía no es forma únicamente. El secreto de su grandeza reside hoy más que nunca en la grandeza del pensamiento que con aquella forma se revista.

Hoy en la mayor parte de sus obras nuestros poetas (y al decir nuestros no me refiero únicamente á los españoles, sino también á los que no escriben en castellano) ó sacrifican todo otro fin que no sea el de la descripción, ó se desesperan hiperbólicamente expresando pasiones más imitadas que sentidas, ó reducen el arte á un procedimiento meramente artificial, y así producen obras en que la gracia, patrimonio de la decadencia, sustituye á la inspiración y la retumbante sonoridad y efectismo rebuscado de las frases al buen decir sencillo y sincero.

Con estas composiciones, en cuyo número no figuran, gracias á Dios, todas las que hoy salen á luz, sucede que sueñan á hueco. Sí. Copa trabajada por hábiles manos, realiza su perfecta hermosura siempre que sean puros su contornos, justo y bello su cincelado. El arte no le exige más. El aire la ocupa, y hace ella bien en admitir su visita. Pero el arte no puede confiar de igual modo á la atmósfera lo que debe constituir el fondo esencial de la obra poética.

La poesía está pidiendo á voces nueva inspiración. La ciencia se la ofrece. Pero la ciencia, que hoy todo lo domina y que hoy todo lo absorbe, ¿acabará también por destruir la poesía? No. Algunos, fundándose en opiniones contrarias y presentando testimonios bastante incompletos de Shelling, Strauss, Wagner y Goëthe, proclaman que la poesía morirá á manos de la ciencia, porque la ciencia destruye los misterios y supersticiones en cuyos dominios única y exclusivamente puede vivir la poesía.

Esto no es exacto; pero aunque lo fuera, concluída la obra del espíritu científico, descubiertas las leyes todas del universo, escudriñado su último rincón, ¿no quedaría aún eternamente en el mundo moral el misterio de las pasiones, siempre distinto y siempre escapando á la investigación? «La poesía, como la ciencia, ha dicho Mathew Arnold, es una interpretación del mundo, pero las interpretaciones de

la ciencia no nos darán nunca ese sentido íntimo de las cosas que nos dan las interpretaciones de la poesía, porque ellas se dirigen á una facultad limitada, no al hombre entero; por eso la poesía no puede perecer.»

Admitida la ciencia como fuente de inspiración, de nueva inspiración que vigorice el espíritu de una poesía que desfallece, hemos de preguntarnos: ¿De qué manera la ha de inspirar? ¿En qué medida? Las tendencias se refugian en dos extremos. Humboldt, equivocando el problema que se dirige á saber si la unión entre la ciencia y la poesía, una vez rota, puede restablecerse, exclama: «Parece extraño que se pretenda que la poesía, todo forma y color y variedad, aspire á buscar fuente de inspiración en la ciencia. No debe ser así. Cuando las facultades del hombre se hallaban confundidas, ciencia y poesía se encontraban, no sólo relacionadas, sino que confundidas también.» Saint-Beuve, por el contrario, afirma que «la poesía de la ciencia sienta bien en sus orígenes; los Parménides, los Empédocles y los Lucrecios, dice, recogieron sus primeros y abundantes frutos. Llegada á cierta edad, á cierto grado de complicación, la ciencia escapa al poeta, el ritmo es impotente para encerrar las fórmulas y aplicar las leyes. El estilo de los Laplace, de los Cuvier y de los Humboldt (sobre todo de los Laplace y de los Cuvier) es el único que conviene en lo sucesivo á la exposición del sabio sistema.»

Aquí Sainte-Beuve confunde la exposición de las teorías científicas y la inspiración que el progreso despierta. El rigorismo científico huye de la poesía, pero á la poesía pertenece, por derecho propio, el entusiasmo por los descubrimientos que la ciencia alcanza, entusiasmo que obra directamente sobre el sentimiento y la imaginación. A sus dominios debe, para inspirar el arte, venir la ciencia, huyendo de los de las ideas abstractas. Puede sobre ellas escribirse, únicamente tomando por medio las emociones que producen.

Señores, hemos llegado al fin de la jornada. El término se aproxima. Esta es la hora de las conclusiones.

Las ciencias pueden y deben ser, son ya en el día y serán en el porvenir fuente abundante de inspiración para el poeta.

Y no hemos de hacer en ellas inútiles excepciones. Todas son pródigas por igual. Las filosóficas, las exactas, las físicas, las naturales.

Al decir filosofía, alguno preguntará: ¿qué filosofía? Baste, para mi intento, distinguir en su campo los dominios de aquella que admite la soberanía del espíritu de los de aquella otra que sólo reconoce el imperio exclusivo de la materia. Hecha esta separación, si se repite la pregunta ¿qué filosofía? Una y otra, contestaré.

Todos los grandes filósofos espiritualistas son grandes poetas.

¿Pueden ser grandes poetas los que se inspiren en los principios materialistas? ¿Por qué no? El arte es completamente extraño al error que en ellos pueda existir. El arte que no cierra sus puertas á la inmoralidad no las cierra al error. A una y otro todo se lo perdona si son bellos. Allí donde el sol pone sus rayos, en la gótica aguja de la catedral ó en la rama partida de la choza, allí hay luz. Allí donde la belleza se realiza, en la verdad ó en el error, allí hay arte.

Los principios de una moral y de una religión, cuyos más fieles adeptos se embelesan ante las maravillas del arte pagano, ¿en qué lógica se fundan para pretender nuevos exclusivismos? El arte vive existencia separada. Es independiente y domina. Cambian las religiones, las razas y las costumbres; el arte es siempre uno. En el templo, casa de Dios, una Virgen de Rafael no tiene rival. En el museo, templo del arte, junto á una *Concepción* de Murillo ocupa digno lugar una *Venus* de Ticiano. El arte supremo, único, invariable, el que creó el Partenón y la catedral de Sevilla, los frescos de Pompeya y el Cristo de Velázquez, el que dió vida á los cantos de Lucrecio y á los sollozos místicos de San Juan de la Cruz no puede, no debe admitir intransigencias. ¡Arte! Esperemos en él, hoy que, al paso que en el mundo material todo crece y se acerca, en el moral todo lucha y tiende á separarse, que cuando los rencores todo lo hayan dividido, escriba al frente de su templo augusto una inscripción que proclame: «¡Aquí vive todavía la tolerancia!»

Tolerante será si en los principios que constituyen su esencia se inspira. Libre, nuevo y fecundo si contempla el espectáculo que tiene á su alrededor. Por la campiña ayer desierta cruza una larga serpiente de hierro que deja tras sí ondas de humo, estridente ruido. Une los pueblos, trabaja para el hombre. Los altos postes del telégrafo miran su carrera vertiginosa, y sostienen delgados hilos que tiemblan con el viento, y que parecen estar indicando con su dirección al que por el progreso les pregunte: «Por ahí va.» Baja la noche á las ciudades, y la luz eléctrica hace surgir en ellas la claridad de un nuevo día. El teléfono, más veloz que el aire, trasmite los sonidos, y el fonógrafo, más cuidadoso que oído de enamorado, guarda la voz. A los golpes de ímproba labor, saltaron una á una las piedras del Mont-Cenis y el San Gotardo. El hombre taladró sus entrañas y abrió por ellas vía á la civilización. La voluntad, señora de los mares, pronto lo será de los vientos. La hélice, que en sus vertiginosas vueltas azotó las olas del mar y las dominó, pronto, azotando las corrientes del aire, las dominará también. El progreso anima; pero llega á más; redime. Preguntádselo al hombre redimido por la máquina; preguntádselo al esclavo redimido por la libertad.

A cada nuevo progreso que se realiza, el arte debe responder con sus cantos. A cada nuevo rayo de luz de aurora que salta y brilla entre las verdes ramas de los árboles, la alondra, que tiembla de alegría, lanza un arpegio. Que el pensamiento progrese; que el arte en sus maravillas se inspire. Y de este modo, señores, ¡qué obra tan fecunda la de la ciencia! ¡Qué canción tan hermosa la de la poesía!





## LA ESTÉTICA MUSICAL EN FRANCIA

*Continuación* (1)

### II

#### PSICOLOGÍA DE LOS INSTRUMENTOS



UÁL es la música verdadera, la música por esencia, la que en lenguaje platónico debiera llamarse la música en sí misma y por sí misma? A tan difícil pregunta se han dado en los últimos tiempos dos respuestas contrarias, ó mejor dicho, contradictorias.

Los unos no reconocen efectivamente como música esencial más que la música instrumental. De éstos es Mr. Hanslick, que se expresa de un modo terminante. Según él, la estética aplicada al arte de los sonidos no puede llegar á ningún resultado si no elimina anticipadamente la música vocal, y con ella el elemento subjetivo. Queda entonces el elemento objetivo, único puro, único verdadero, que reside en la música instrumental. «Si se trata, dice el autor alemán, de penetrar de una manera algo extensa y precisa en la esencia de la música; si se trata de determinar su precisión y sus límites, no puede hablarse más que de la música instrumental. Lo que le es imposible, no será nunca factible á la música

(1) Véase la pág. 172 del tomo LIV.

en general, porque ella sola es la música pura y absoluta (1). Mr. Ch. Beauquier, en términos parecidos, emite la misma opinión. Estaba reservado á nuestro tiempo, dice, desprender el arte musical de sus mantillas y trabas, presentándolo en su forma pura, en la música instrumental.» «Desde su papel subalterno, pasó insensiblemente la música instrumental á un papel más importante. El acompañamiento se volvió cada vez más rico, más acentuado; alternó con la melodía, y luego fué la melodía la que bajó á menudo á la orquesta, hasta que los instrumentos, con conciencia de su personalidad, quisieron hablar solos y arrojaron la voz de sus dominios» (2).

He aquí una teoría sentada sin ambages. La teoría contraria es también terminante. Se encuentra en un libro encantador que cuenta muy pocos meses de vida. Su autor, hombre de talento y músico de exquisito sentimiento y de rara penetración, Mr. León Pillaut, termina así una de sus más brillantes páginas: «Puede deducirse de lo expuesto que toda melodía, ritmada ó no, supone ó exige palabras, y que la melodía puramente instrumental no existe. Cuando un músico compone un canto expresivo para un instrumento, lo hace hablar; y si las diferentes alturas de los sonidos de la palabra humana estuviesen bien determinadas, se podría encontrar mecánicamente la equivalencia de una melodía instrumental en el lenguaje» (3).

Sorprende tal contradicción entre hombres competentes. Tal vez haya alguna verdad en ambas opiniones; tal vez un análisis todavía insuficiente y comparaciones incompletas no han hecho sobresalir los caracteres, ora comunes, ora distintivos de ambos términos separados por los unos y casi confundidos por los otros. Tratemos de señalar con mayor precisión las semejanzas y diferencias. Los mismos autores citados nos ayudarán en esta tarea.

---

(1) *Du beau dans la musique*, traducción francesa, por Mr. Ch. Bannelier, pág. 32. París, Brandus et Cie 1877.

(2) *Philosophie de la musique*, pág. 157.

(3) *Instruments et musiciens*, pág. 310.

Debe ante todo sentarse un hecho muy notorio. La mayor parte de los teóricos, si no todos, concuerdan en un punto: dicen que la voz humana es un instrumento y añaden que cada instrumento verdaderamente musical tiene voz, y aún más, que todo instrumento es una voz. ¿Son acaso estas afirmaciones simples modos de hablar y puras metáforas?

Nada de esto. Las expresiones están tomadas por todos al pie de la letra, y por otra parte la ciencia más reciente y la más exacta lo quiere así. Leamos á Helmholtz (1), ó para mayor facilidad á su clarísimo y elegante abreviador Mr. A. Laugel, y aprenderemos lo siguiente: «La voz humana es el instrumento por excelencia. El laringóscopo permite examinar la parte posterior de la boca y ver las vibraciones de que va acompañada la palabra. Los ligamentos vocales obran á manera de dos labios membranosos que, cerrándose y entreabiéndose rápidamente, producen un sonido, y la cámara sonora de la boca no hace más que hinchar las notas cantadas por la laringe. La lengüeta de la laringe, teniendo una contractilidad maravillosa, aventaja á los instrumentos ordinarios en el privilegio de producir una variedad inmensa de sonidos. El movimiento discontinuo de la lengüeta que cierra y abre alternativamente el paso del aire, se presta de una manera muy especial al desarrollo de los armónicos.... En una buena voz humana hay una increíble riqueza de armónicos... Es, pues, necesario considerar el instrumento de la voz humana como una lengüeta de nota variable, completada por un repercutidor de resonancia también variable. La glotis es la lengüeta y la boca el repercutidor, siendo imposible imaginar un aparato más ingenioso. Bien demuestra hasta qué punto las obras de la vida aventajan y humillan siempre á los productos de la industria humana» (2).

Aunque con pesar nuestro, no continuaremos esta cita, ya que nos basta por ahora. No es un modo de hablar, no es una

---

(1) Véase la magnífica obra de H. Helmholtz. *Théorie physiologique de la musique*, traducción francesa, por Mr. G. Guérault, pág. 130. Las citas en este trabajo son siempre de esta misma traducción.

(2) *La voix, l'oreille et la musique*, págs. 52 y 53.

manera de decir, sino que realmente, y en sentido material y físico, la voz humana es el primero, el más antiguo y perfecto de los instrumentos músicos, y el gran artista que lo ha ideado, es sin disputa el primero de los fabricantes de instrumentos. Y si esta voz es un instrumento, al pie de la letra, ¿por qué no han de ser los demás instrumentos, también al pie de la letra, otras tantas voces?

Nuestros modernos estéticos aceptan esta recíproca, y afirman y deducen todas las consecuencias que incluye. «El timbre, dice Mr. Ch. Beauquier, es el que forma el carácter de los instrumentos, su personalidad, que hace otras tantas voces distintas de todas las voces que cantan en una orquesta, y da un tipo particular á cada uno de los actores de aquel drama musical.»—«De los individuos que forman una orquesta, escribe en otra parte, cada personaje debe tener su papel» (1). Cuando el compositor agrupa á esos personajes, cada uno de fisonomía especial, es menester entonces que queden reunidas «las voces elevadas como las bajas, oponiendo unos á otros timbres perfectamente marcados» (2). El mismo pensamiento expresa en términos no menos explícitos Mr. León Pillaut. «Un instrumento de música, dice, es un personaje, un sér sonoro, cuyo carácter distinto y original reside en un sonido musical fácilmente distinguible, que es como su voz propia, y que se llama timbre» (3). Y dos páginas más allá añade: «Pueden compararse los instrumentos, sobre todo en la sinfonía, á esos personajes de la comedia latina ó italiana que tienen la especialidad de representar un carácter» (4). Ya veis, objetarán quizá algunos, que no se trata más que de una comparación. Tengamos un poco de calma, y veremos que las semejanzas resultarán cada vez más evidentes.

Ambos autores han escrito las significativas palabras de fisonomía y carácter. No han sido simples distracciones,

---

(1) Ch. Beauquier, *Philosophie de la musique*, pags. 16 y 176.

(2) La misma obra, pág. 179.

(3) *Instruments et musiciens*, pág. 3.

(4) *Idem*, pág. 5.

puesto que existen luego y aun se explican. «No queremos decir, observa el primero, negando á cada instrumento un sentimiento determinado, que todos los instrumentos puedan emplearse indiferentemente para producir un canto determinado en una orquesta» (1).—«Encargaremos también al compositor, ó más bien al instrumentista, que conserve á cada instrumento el carácter que le es propio» (2). Y monsieur León Pillaut afirma á su vez que la verdadera ciencia de la instrumentación consiste precisamente en confiar á tal ó cual instrumento las frases relacionadas con los sentimientos naturales á que da nacimiento el timbre del instrumento elegido» (3). ¿No salta á la vista que estas prescripciones, estas reglas y definiciones se aplican tan exactamente á las voces humanas como á los timbres de los instrumentos? Sustitúyase en las citas hechas la palabra *instrumento* por la palabra *voz*, y la verdad resultará siempre la misma.

Apuremos todavía más los hechos. No contentándose con haber personificado en general los instrumentos atribuyéndoles indistintamente á todos fisonomía, carácter y voz, los hábiles observadores á quienes interrogamos indican con cierta precisión los rasgos particulares y la expresiva potencia propia que á cada instrumento dan su voz y su fisonomía.

Pero, antes de realizar tan curioso trabajo sobre cada instrumento tomado como individuo, agrupan los instrumentos por clases, y determinan la potencia de expresión y el valor musical de esas distintas clases de seres sonoros. Así, pues, importa observar que, á sabiendas ó no, emplean un procedimiento psicológico para determinarlo. Miden, en efecto, el valor musical de todos los instrumentos por la facultad que éstos tienen de acercarse al alma del hombre y ser un órgano tan directo, interno y personal como es posible. Y, como el órgano dotado en grado superlativo de esta facultad es la voz misma, de ahí se sigue que por su relación con la voz y el alma humana, debe valuarse la calidad musical de cada

---

(1) *Philosophie de la musique*, pág. 178.

(2) La misma obra, pág. 179.

(3) *Instruments et musiciens*, pág. 6.

clase de instrumentos. Tengo por excelente tal método; pero, precisamente porque lo apruebo, no quisiera yo aparecer como prestándoselo á los pensadores de quienes estoy hablando. Júzguese si es muy suyo tanto como mío.

«Por sí solos, dice Mr. Ch. Beauquier, los instrumentos no son nada; es necesaria una inteligencia que los complete; el instrumentista, que ha hecho un estudio especial para poder expresar las ideas de los demás por medio de un órgano determinado; el hombre y la materia sonora se funden, por decirlo así, uno en otra, y forman la personalidad completa que se llama el instrumento» (1). Pero ¿cual será la familia de instrumentos que ofrezca el carácter de fundirse con el hombre? «El carácter especial de los instrumentos de viento consiste en parecerse *á la voz*, y por esto son principalmente capaces de expresión.» «... Tienen sobre los instrumentos de cuerda la ventaja de ser más personales, menos exteriores al hombre que los hace hablar con su soplo, y estando por consiguiente más sometidos á su voluntad, traducen de una manera más inmediata las emociones del artista» (2). ¿Quién no ve que de los citados párrafos han casi desaparecido las metáforas y comparaciones? No queda en ellos más que un riguroso método de apreciación de los órganos musicales llamados instrumentos por su relación, y aun más por su semejanza—dicha está la palabra—con el órgano vocal. Al revés de los instrumentos de viento, los de cuerda son órganos más bien externos. «El sonido producido por el arco de violín es más exterior que en los instrumentos de viento, menos ligado á la personalidad que el soplo» (3).

No obstante, los instrumentos de cuerda que se tocan con el arco tienen á trueque de esta inferioridad una gran ventaja. ¿En qué consiste la superioridad? En otra relación también con la voz humana, relación de forma distinta sin duda alguna, pero igualmente íntima y profunda: «Gracias al arco que dócilmente obedece á la voluntad, la exterioridad de los

---

(1) *Philosophie de la musique*, pag. 180.

(2) *Philosophie de la musique*, pag. 173.

(3) La misma obra, pág. 175.

instrumentos de cuerda desaparece, el hombre se los asimila. El arco es la varilla mágica que trasforma de súbito el cuerpo sonoro, poco antes extraño á nosotros, en un órgano absolutamente dócil á nuestro capricho; es el puente arrojado entre el mundo interior, el alma del instrumentista y el mundo exterior; es el medium, el *mediador plástico* de Cudworth, aquella sustancia en la que vienen á fundirse el espíritu y la materia. Al arco deben las cuerdas el privilegio de ocupar el primer puesto en la jerarquía de los instrumentos» (1). Hablando de la voz humana, ¿puede hablarse de otra manera? ¿Puede afirmarse más íntima fusión entre el hombre, el alma y el órgano suyo? Declaro que en estas líneas tan precisas no aparece la palabra *voz*; pero se sobreentiende de continuo y el lector la pronuncia á cada instante. Imita en esto á Mr. León Pillaut, que, al explicar el mecanismo y el poder del violín—ese tipo de los instrumentos de arco,—le concede voz, voz real, y esto tres veces en pocas líneas, y con todo el valor literal de la palabra. Véanse sus palabras, que tienen para nosotros mucho precio:

«Este mecanismo tan sencillo, el arco y la cuerda, basta para todo, y principalmente el arco, que es el que hace del violín una *segunda voz* del hombre que ha sabido dominarlo. Todas las intensidades de la emoción, todas las languideces y los ardores del ritmo se producen con el arco con mayor intensidad tal vez que con la *voz* misma... No entran menos de sesenta y nueve piezas en su construcción; pero ¡qué piezas! Pedacitos de madera, listoncillos, tablitas; pero todos estos fragmentos, sin valor aparente, incrustados con perspicacia en una madera sonora y justamente proporcionados y reunidos con arte, producen luego una *voz*, la más extensa, brillante y suave que existe después de la *voz humana*» (2).

Vuélvase á leer este trozo tan lleno de claridad y agudeza, y no dejará de notarse el irresistible efecto de la evidencia en un espíritu justo. Al principio el arco produce *como* una segunda voz; es un lenguaje tímido todavía y atenuado; pero

---

(1) *Philosophie de la musique*, pág. 176.

(2) *Instruments et musiciens*, pág. 21.

el músico reflexiona luego y se inspira; su pensamiento es más claro y su estilo más atrevido, y al fin del aparte, el violín no es ya *como* una segunda voz que el hombre se ha dado; es expresamente una voz, y la más extensa después de la voz humana. Así es que existen una serie, ó mejor dicho, una jerarquía de voces, unas naturales y artificiales otras, pero todas con la esencia y los distintivos característicos de la voz. La voz humana ocupa en esta jerarquía el primer puesto, y las voces instrumentales se escalonan por orden de mérito, hallándose su valor medido y apreciado con relación á la voz que es la primera y el tipo de todas las otras.

Este resultado de la observación psicológica, tan cierto y sólido como cualquiera otra verdad de la física ó de la fisiología, se encuentra en todas las obras escritas bajo la influencia de los descubrimientos científicos más recientes que lo confirman. Así lo reconocen todos, y el mismo hecho aparece siempre en medio de la diversidad del lenguaje, hecho que demuestra que la música instrumental ó vocal es por esencia una voz, ya verdadera voz humana, ya modelada sobre la voz humana. Con elocuente precisión dice Mr. A. Laugel: «La música deja á las demás artes la forma, ó lo que en lenguaje filosófico se llamaría el espacio: tiene para sí el tiempo, y de él se alimenta y lo mide por el alma humana, no como la monótona arena de la clepsidra ó el movimiento regular del péndulo, sino dándole una voz, un soplo, un ritmo, y haciéndonos sentir su presión continua más ó menos fuerte, más ó menos suave, pero siempre activa, y por decirlo así, animada» (1).

No podía olvidar Mr. Ch. Beauquier los instrumentos de cuerda de percusión ó punteados, al estudiarlos todos, más bien por familias que cada uno aparte. No debate sus cualidades propias; al contrario, pone en evidencia los preciosos recursos que ofrecen, y ante todo aquella extensión en los diferentes grados de la altura que los hace aptos para expresar la melodía y la armonía. De ahí su importantísimo valor artístico. Pero, añade el filósofo, tienen el enorme defecto de

---

(1) *La voix, l'oreille et la musique*, pág. 86.

no dar sonidos sostenidos, y de ahí su escasísimo valor estético, valor determinado una vez más por medio del criterio psicológico ya empleado: «Como no es posible matizar sus sonidos con el soplo ó el arco, resultan, por consiguiente, exteriores al hombre» (1). Aquí se presenta el piano, y se le aplica la misma medida: «Apesar de todo lo que se ha hecho con los pedales para darle expresión, no puede compararse en este concepto con los instrumentos de sonidos continuos que el artista anima con su soplo y su arco, esos dos motores susceptibles de tantas modificaciones sutiles y que han sujetado tan perfectamente la materia que parece incorporada al artista y obedece como los músculos á la voluntad misma» (2).

Tal es la fecundidad de los principios verdaderos, y tal la claridad que producen siempre que se acude metódicamente á ellos. Sirven también en el caso de que no se les invoque explícitamente. Si se trata, por ejemplo, del error que consiste en invertir los papeles de los instrumentos, exigiendo á unos lo que no podrían dar otros, acertadamente se dice: «Cuando se piden al contrabajo los efectos del violín, no se consigue más que una caricatura» (3). ¿De qué procede este resultado ridículo sino de que el contrabajo, por sus dimensiones, es menos manejable, menos dócil á las órdenes de la voluntad, está más apartado del alma, y, como otras veces dice el autor, es más exterior al hombre? Esto significa también que cada instrumento es una voz de cierto género, cuyo poder expresivo se valúa según su semejanza, ó por lo menos según sus analogías con la voz nuestra.

Podríamos recoger del libro de Mr. Ch. Beauquier muchas y muy interesantes observaciones de detalle acerca del carácter psicológico de los diversos instrumentos de música. Sin embargo, no ha consagrado á cada uno de los individuos, á cada uno de los personajes de la orquesta un capítulo especial ó monográfico, como lo ha hecho Mr. León Pillaut. Este, que no cita en ninguna parte al autor de la *Filosofía de la*

(1) *Philosophie de la musique*, pág. 86.

(2) La misma obra, pág. 172.

(3) Mr. Ch. Beauquier, obra citada, pág. 173.

*música*, y que sin duda no conocía su obra, parece, no obstante, haberse propuesto presentar, por medio de hechos observados y descritos con delicadeza, la demostración de las leyes y la confirmación de los principios dilucidados mucho antes por Mr. Ch. Beauquier. Notables son estas involuntarias coincidencias, y es utilísimo hacerlas constar. Voy á ocuparme de las más importantes. Se ha felicitado á Mr. L. Pillaut por haber escrito la fisiología individual de cada instrumento, y el elogio es muy merecido (1). Creo, sin embargo, que aquel perspicaz musicógrafo debe ser considerado y apreciado principalmente por los bosquejos en que traza con expresivos rasgos la fisonomía propia de cada instrumento, describiendo su historia abreviada (2), explicando su papel en diversas épocas y describiendo sus trasformaciones sucesivas, su actual extructura y perfeccionado mecanismo. Pero no se limita sólo á lo que he dicho. Sea cual fuere el pasado de un instrumento, sea cual fuere el origen que la erudición le atribuya, existe una razón de actualidad que aconseja al compositor emplearlo hoy todavía; hay una expresión, un encanto que experimenta el oyente absolutamente ignorante de la historia, de la erudición, de la física, de la fisiología y de la acústica; y esta razón, esta expresión, este encanto toca á la psicología descubrirlos, y á la estética tomar en ellos la sustancia de las leyes que formula. Es cierto que en ninguna parte ha distinguido con precisión Mr. L. Pillaut lo que cada una de las enumeradas ciencias aporta al trabajo del musicólogo; pero escribe como si esta distinción fuese cosa hecha y se encontrase en el fondo de su espíritu. Define el carácter en cierto modo vocal de cada instrumento. Tales definiciones serán, andando el tiempo, más profundas

---

(1) Mr. Georges Guérault, juez tan competente en materia de música, hizo muy atinadas apreciaciones sobre la obra de Mr. L. Pillaut en la *Revue politique et littéraire* del 2 de julio de 1881.

(2) Para el pasado de cada instrumento, ha de consultarse la Historia general de la música por Fetis. Véase también la muy interesante obra de Mr. J. Rambosson *Les harmonies des sons et les instruments de musique*, 1878. T. Didot.

aún y más completas; pero tienen ya el gran mérito de trazar por alto y de poner perfectamente á veces los jalones para la construcción de una excelente vía.

Poco hace he reproducido el trozo en que el autor dice que el violín es una segunda voz que el hombre se ha dado. Este tan justo pensamiento se presenta con nueva claridad cuando escribe: «Cada vez que se intenta traducir las apremiantes emociones del drama ó los íntimos ensueños de la sinfonía, los arcos se convierten en dueños soberanos de la frase melódica.» En otros términos: los arcos son los maestros cantores. ¿Y por qué razón, sino porque los miembros fraternales del *quatuor*, aunque estén solos en la orquesta, tienen todas las voces, forman un coro perfecto y cuentan al frente con el violín, el más admirable cantor *solo* que después del hombre existe? El violín es de tanta riqueza, que posee todas las voces, habiendo sido revelados todos sus secretos á algunos artistas privilegiados, entre los que figura en primera línea Paganini. «La cualidad del sonido que arrancaba éste de su instrumento, dice Fétis, era bella y pura sin ser extraordinariamente voluminosa. Lo más sorprendente era la variedad de voces que hacía producir á su instrumento» (1).

Compárese con el violín, que es de fecha relativamente cortísima, el oboe, de antigüedad remota, casi fabulosa, y se llegará también al mismo resultado, es decir, á una voz. Es común acuerdo que este timbre se asocia naturalmente á la imagen del campo, aunque nada de él pertenezca particularmente á la naturaleza ni la pinte á la imaginación (2).

Se reconoce que ha conservado el privilegio de recordar siempre las imágenes y sensaciones en que está envuelto su origen pastoril. Pero ¿cómo se explica tal asociación de ideas y tal privilegio? ¿Será sólo causa de ello el origen pastoril del instrumento? No obstante, muchos son los que no conocen esta procedencia, que hubo de basarse también en alguna causa psicológica. Por otra parte, ¿cuántos rústicos aficionados

(1) *Biographie universelle des musiciens*, 2.<sup>a</sup> edición, tomo VI, páginas 415 y 416. París, T. Didot, 1875.—León Pillaut, obra citada, pág. 32.

(2) Ch. Beauquier, obra citada, pág. 160.

á la música, sin conocer la más mínima palabra de historia, se deleitan en tocar la zampoña ó el caramillo? Dícese también que el oboe tiene sencillez y naturalidad, expresiones morales que se relacionan perfectamente con ciertas voces, y sobre todo con las voces campesinas; y se añade luego que «su sonido rudo conviene admirablemente á los bailes de aldeanos y aldeanas debajo del follaje» (1). Estas son razones, y muy buenas; pero yo preferiría profundizar algo más, consultando para ello la experiencia.

Elijamos un aire campestre, muy campestre y conocido, por ejemplo, aquel que en varios departamentos de Francia cantan las pastoras con las palabras siguientes:

*Rosignolet du bois,  
Rosignolet sauvage,  
Apprends-moi le langage,  
Comment-il faut parler;  
Apprends-moi la manière,  
Comment-il faut aimer.*

Ni hay riqueza en la rima ni el giro es nuevo, como dice Alceste en el *Misántropo* de la canción del Rey Enrique; pero así será el experimento más instructivo. Hagamos tocar dichos aires por un violín, y faltará un elemento notable de su carácter. Tratemos de reproducirlo con la flauta, y será demasiado suave y no alcanzará bastante. Tomemos por el contrario el oboe, y si bien es cierto que no llegará á ser lo que la voz de la pastora, será sin duda alguna su mejor equivalente musical y vocal. Nos faltarán ciertamente las palabras, pero tendremos aquel acento gangoso con que los rústicos suelen cantar; tendremos la sencillez del sonido, la rudeza que tan poco se amolda á los matices que no observan los campesinos, y finalmente, la sonoridad, y lo vibrante, algo de lo chillón, de las voces en medio del campo, y como dice Virgilio en su égloga primera:

*Hinc alta sub rupe canet frondator ad auras.*

---

(1) *Instruments et musiciens*, por L. Pillaut, pág. 23.

Esta resonancia al aire libre y en medio del espacio hizo que se emplease el oboe como instrumento militar, sobre todo para la infantería en los siglos XVI y XVII; y en nuestro tiempo Mr. L. Pillaut echa de menos que aquella voz tan brillante no se asocie ya á la de los cobres al frente de nuestros regimientos. ¿Está fundada la opinión ésta? Dicho autor opina que cada música de infantería debiera tener dos oboes (1).

¿Se quiere en lugar del oboe de voz aérea, otro instrumento de voz subterránea? Tenemos entonces el bajón, «que no es más que un gran oboe replegado y formando dos» con un timbre muy grueso á la vez que sordo. Mr. León Pillaut traza de este personaje musical un croquis psicológico de semejanza perfecta. «El bajón, dice, se presta á producir ideas musicales de un carácter muy variado. El medium y la octava siguiente son favorables á los cantos tiernos, afectuosos más bien que apasionados. Las notas bajas son poderosas y muy pesadas. Conocido es el efecto fantástico que Meyerbeer sacó de los bajones en la introducción del baile de las monjas de *Roberto il Diábolo*... La voz del bajón se vuelve fácilmente cómica, y, cuando se exagera un poco su gravedad, toma sin violencia el acento padre noble, como en el teatro se dice» (2). Nada es más perfectamente exacto. Pero el dibujante se detiene aquí en la fisonomía, sin ir más allá, sin investigar la causa que da al personaje esas distintas expresiones. Seamos nosotros atrevidos, quizás temerarios, y profundicemos algo más.

---

(1) León Pillaut, obra citada, pág. 42. He aquí lo que dice también Mr. J. Weber sobre este asunto: «En la organización adoptada en 1845 por una comisión especial, no había oboes; hubo dos en la organización propuesta por Sax y adoptada en 1854; pero, cuando en 1860 las músicas de infantería quedaron reducidas de 56 instrumentos á 40, los oboes fueron conservados. La organización de 1860 es todavía hoy la reglamentaria, y cada música de infantería debe tener dos oboes como tiene también dos flautas.» (*Le Temps*, folletín musical del 13 de setiembre de 1881.)—Tal es el reglamento; pero en la práctica los dos oboes son casi siempre sustituidos por dos saxófonos soprano, por la escasez de músicos cuyos labios se adapten á la embocadura del oboe.

(2) León Pillaut, obra citada, pág. 56.

El bajón, dice Mr. L. Pillaut, es un cantor tierno y afectuoso más bien que apasionado, en las notas del medium y de la octava. ¿Abusaré acaso de la psicología si hago observar que el hombre cuando expresa sentimientos de afecto y de ternura más bien que apasionados, tiene, queriéndolo ó sin quererlo, una voz no estrepitosa, ni muy alta, ni muy baja, sino mediana, dulce y un poco velada? Por el contrario, las notas bajas del instrumento de que hablamos son «poderosas y pesadas;» producen un efecto fantástico, cuando así lo quiere un maestro como Meyerbeer. ¿Por qué? ¿No será por aquella razón misma? Escuchad á los que, durante una velada, cuentan historias que estremezcan, de aparecidos. Mientras dura el sencillo relato de la aparición, la voz conserva casi la tonalidad ordinaria, aunque bajando un poco á medida que se acerca el momento terrible. Pero, así que el fantasma entra en escena y es necesario hacerle hablar, la voz del que cuenta se pone profunda, cavernosa, fuerte sin embargo, aunque pesada, y semejante, en fin, en cuanto es posible, á la voz de esos bajones de timbre infernal que corresponden al acompañamiento que Bertram tiene. Puede añadirse también que cualquier niño que intenta asustar á otro se esconde detrás de una puerta ó se cubre la cabeza con un paño y de repente da, no un grito penetrante, sino una nota baja, fuerte, pesada, un ¡hu! que todos conocemos. Obsérvese bien ese ¡hu! Es de la misma familia que las notas inferiores del fagot. Me queda por investigar por qué el bajón se inclina fácilmente á lo cómico y á la voz de padre noble. La voz de padre noble se explica bastante por la gravedad de las notas bajas del instrumento. Pero, ¿de dónde proviene el elemento cómico? Si no me engaño, reside en el acento del bajón, que no deja de ganguear, aunque no de una manera tan marcada como el oboe. Y notad, que la voz humana, cuando es baja y ganguea, da risa ó parece mofarse. Perfectamente lo saben nuestros grandes actores en la comedia; casi siempre hemos oído al avaro ó al enfermo imaginario expresarse con voz más ó menos gangosa en las escenas en que quiere ser excesivamente ridículos y también en los pasajes en que intenta mofarse de los otros.

Para hacer que nuestros experimentos sean en absoluto terminantes, no temamos multiplicarlos en exceso.

Creemos que el estudio psicológico del violín, del oboe y del bajón demuestra que la explicación del poder expresivo de estos instrumentos no se encuentra en un origen histórico mal conocido ó ignorado, ni en un convenio dado, sino en la relación más ó menos estrecha de esos instrumentos con la voz humana, y por consiguiente, en lo que puede llamarse valor vocal del aparato músico.

Hagamos ahora algunas consideraciones acerca del clarinete. Dícese que es un instrumento romántico, y esta palabra significa que es relativamente moderno y no tiene origen remoto que lo enlace con las primitivas sensaciones del baile, de la guerra, de la caza ó de la vida pastoril. Fué, efectivamente, inventado por Denner, en Nuremberg, en 1690. Además, al decir que el clarinete es el instrumento romántico por excelencia, quiere atribuírsele la facultad de responder á nuevas sensaciones musicales. Estas últimas palabras necesitan explicación. El autor dice: «Su timbre (el del clarinete) elegante y puro en el médium, parece el más apropiado para las frases sentimentales y pálidas de la música moderna; las notas de su octava baja, las llamadas del *caramillo*, vibrantes y misteriosas, contrastan con los vivísimos sonidos de las notas más elevadas. El clarinete puede considerarse como la voz femenina de la orquesta, contralto y soprano á la vez, y dotado de una agilidad grande en toda la extensión suya (1).

No soy yo quien dice que el clarinete es una voz femenina; es Mr. L. Pillaut, y me limito á tomar acta de ello. El mismo Mr. L. Pillaut es también el que reconoce con mucha justicia que esta voz tiene el acento de un sentimentalismo más moderno que antiguo, llevando la observación psicológica al caso de distinguir, en el sentimiento, los matices que engendra la diversidad de épocas y de civilizaciones. No confunde, sin embargo, el clarinete soprano con el clarinete bajo, cuyas notas son, según se nos dice, vibrantes y misteriosas. Que sean vibrantes, pueden atestiguarlo nuestros oídos; pero

---

(1) Pillaut, obra citada, pág. 46.

¿por qué y en qué son misteriosas? Un admirable ejemplo lo hará comprender y sentir. «El clarinete bajo, perfeccionado por Adolfo Sax, sirvió admirablemente á Meyerbeer en el trío del quinto acto de *Los Hugonotes*, donde su voz austera y solemne corresponde al relato de Marcelo» (1). Acepto desde luego semejante juicio; pero permítaseme que añada yo mis personales impresiones. En aquel instante de un patético sublime, Marcelo se reviste de todo el carácter y de la imponente dignidad sacerdotal. Habla como ministro del cielo, y su voz es algo más que humana: *non mortale sonans*, cuando dice:

¿Olvidado habéis ya vuestra pasión,  
La esperanza en la tierra, y sólo fe  
Abriga el corazón?

El clarinete hace eco á esa voz del creyente que «consagra y bendice el festín de despedida—y de las fúnebres bodas,»—creyente que también ha renunciado ya á esta vida. Pues bien; siempre me ha parecido, por una ilusión sin duda alguna, pero ilusión irresistible, que la voz del instrumento era la misma de Marcelo, repitiéndose entre el cielo y la tierra, en el espacio entre los mundos.

Como los anteriores, los demás instrumentos de aire, pero sin estrangul, se caracterizan también psicológicamente como voces. Escuchemos la trompeta, dejando enteramente á un lado su antigüedad y larga historia. Somos del mismo parecer que los que juzgan que los instrumentos modernos, cuya forma es la que tenía la *tuba ductilis*, tienen el timbre tanto más musical, claro, estridente é *imperioso* cuanto su tubo sea más estrecho y cilíndrico. Muy propia nos parece la calificación de *imperioso*; puesto que la trompeta es una voz que llama, excita, y sobre todo, manda. Se habla también con mucha propiedad cuando se dice que el sonido que produce es *dominante*. Hay en él nobleza, siempre que no llega á ser agudo. Hændel ha dado á las trompetas, en el *Mesías*, un acento heroico y triunfal. Meyerbeer sacó también de ellas el más magnífico de los efectos. «Recordemos en el acto quinto

(1) L. Pillaut, obra citada, pág. 52.

de *Los Hugonotes*, el coro: ¡*Abjurad, hugonotes!* El maestro, queriendo pintar esta escena de furor, supo encontrar, para las notas abiertas de la trompeta en *re*, un pasaje en que el timbre estridente de aquel instrumento llega á la *ferocidad*» (1). Subrayo aquí esta última palabra como he subrayado ya otras varias. Un tubo de cobre no puede expresar ferocidad sino cuando el alma furiosa de un sectario hace de él su propia voz, y tal apropiación no es posible sino cuando la naturaleza del instrumento se presta con docilidad á ello.

Parécenos innecesario agotar del todo este examen de los instrumentos de la orquesta bajo el punto de vista psicológico. Hemos estudiado ya numerosos y diversos ejemplos, de los que se desprende una ley importante. Esta ley está en el fondo de los trabajos de nuestros autores; todos la suponen al parecer y la implican; pero en ninguna parte la he visto formulada, y hasta he encontrado algunos que la niegan. Sin embargo, los hechos la establecen en la forma siguiente: Cuanto más sea tenido por musical un instrumento, tanto más es una voz. Esta voz no se concibe ni aprecia sino por su relación con la voz humana; relación, no de copia de un modelo, sino de semejanza expresiva, ya por el timbre, ya por su obediencia á la voluntad del hombre. Confío poder probar más adelante que lo que se llama poder descriptivo de los instrumentos no contradice en nada ni debilita la verdad de la ley que he formulado.

Voy á destruir ahora la experiencia, según el precepto de Bacón, á fin de llegar á una contraprueba. Si es verdadera nuestra ley, es claro que los instrumentos muy poco musicales no serán voces, y tendrán muy poca ó no tendrán ninguna relación con la voz humana, ora por el timbre, ora por la obediencia á las intenciones expresivas del hombre.

Esto es lo que vamos á examinar.

(*Se continuará.*)

Ch. Lèvêque,  
del Instituto.

(*Revue Philosophique de la France et de l'Etranger.*)

---

(1) L. Pillaut, obra citada, pág. 73.



## INUNDACIONES

(BREVES APUNTES.)



CURREN con tanta frecuencia grandes inundaciones en nuestro país (siendo las últimas las de noviembre de 1884), que ofrece interés de actualidad cuanto sobre este importante particular se diga.

Cuando se desbordan los ríos y con ímpetu terrible todo lo invaden y destruyen; cuando sucumben en la catástrofe infelices aldeanos, entonces la caridad abre suscripciones y acude solícita á socorrer el infortunio. Pero transcurre el tiempo, y todo se olvida, sin parar mientes en que se debe atacar el mal en su origen; no basta remediar, es preciso prevenir.

Pues bien; de cuantos medios se han indicado para evitar las inundaciones, ninguno es tan conveniente y eficaz como el de la repoblación de los montes. Veamos por qué: imaginemos dos extensiones de tierra, rasa la una y bien arbolada la otra. La primera, al ocurrir una de esas lluvias copiosísimas, en que parece como que se abren las cataratas del cielo, absorberá pequeñísima parte del agua caída, dejando correr por su lisa superficie la restante, que, si el terreno es escarpado, se precipitará estruendosa, arrasándolo todo y arrastrando enormes peñascos, que tienen, en ocasiones, co-

mo atestigua la experiencia, bastantes metros cúbicos de volumen.

Consideremos ahora la extensión arbolada. El agua que cae se divide en tres porciones: una, la menor, que se evapora; otra que penetra en el suelo, y la última que corre por la superficie. Como las raíces de los árboles desquebrajan el terreno, es más fácil la absorción del agua, y como á su vez aquéllas se entrelazan, oponen mayor resistencia á los desprendimientos, causa principal de los daños que ocasiona la inundación. Añádase á esto que los troncos de los árboles sirven de obstáculo, haciendo que las aguas y piedras, al chocar con ellos, pierdan gran parte de la velocidad adquirida.

Además, la capa de tierra vegetal formada con las hojas y ramillas muertas de los árboles tiene gran poder absorbente, hasta el punto de que el mantillo, por ejemplo, absorbe ciento noventa veces su peso de agua, y las copas de los árboles, si bien retienen poca agua, hacen que toda, al chocar con las hojas, se desmenuce, reduciéndola así á gotitas y disminuyendo su fuerza.

He ahí varios de los importantes efectos del arbolado, que aminora grandemente las inundaciones, porque reteniendo el agua y haciendo que discurra con lentitud, ataca la causa que produce la inundación, esto es, la necesidad de que en plazo muy breve desagüe una considerable masa de líquido.

Así lo demuestra cumplidamente el ingeniero Mr. Surell en sus *Estudios sobre los torrentes de los Altos Alpes*, y así lo han proclamado Frochot, Demontzey, Seckendorff y muchos otros sabios de Francia y Alemania.

Si, pues, los árboles influyen de tan benéfico modo; si además nos proporcionan maderas para nuestras construcciones, leña y carbón en los crudos días del invierno, frutos para nuestra alimentación; si tanto contribuyen á mantener los manantiales, vida de los arroyos y ríos que fecundan las tierras agrarias; si oponen un baluarte á los vientos huracanados que apaciguan, ¿por qué ese tenaz empeño en destruirlos? ¡Ah! ¡Cuán erróneamente piensan los que creen hacedero convertir las zonas forestales en tierras susceptibles de culti-

vo agrario permanente! ¡Cómo desconocen las leyes de la vegetación y sus indudables relaciones con el clima!

No es buen consejero el egoísmo. Precisa que el hombre atienda á algo más que al presente y no sienta desfallecer su ánimo por que entre quien siembra la bellota y el que hace la quilla con la madera del árbol nacido de aquélla, medien, por lo corto, tres generaciones humanas.

\* \* \*

Como España, ha sufrido Francia repetidas veces los daños de las inundaciones; pero, más afortunados en esto los franceses, han logrado realizar tales trabajos, que las inundaciones no ofrecen allí los caracteres de gravedad que en nuestra patria.

Grandes arboledas cubren terrenos antes desnudos; numerosos y temibles torrentes se han convertido en mansos arroyos, devolviéndose con ello la tranquilidad á extensas comarcas. Exito tan notable se ha alcanzado en solo veinticuatro años de esfuerzos.

Atestiguan los hechos que únicamente la vegetación arbórea es capaz de proteger el terreno en las vertientes de las altas montañas contra el efecto mecánico de las lluvias; que sólo ella puede retardar ó impedir la fusión repentina de las nieves, dividir en la superficie del suelo las aguas, absorbiendo la mayor parte y oponiéndose á que se aglomeren en los thalwegs, obrando, en fin, «como una inmensa esponja que retiene las aguas pluviales ó las nieves y destila gota á gota el líquido absorbido,»—según decía. Viollet-Leduc.

Para crear arbolado en dichos terrenos hay que hacer dos clases de trabajos: 1.<sup>a</sup> Los de *corrección*, que tienen por objeto dar previamente estabilidad al suelo; 2.<sup>a</sup> los de *repoblación*, con el fin de establecer bosque en las porciones que ya han adquirido fijeza.

Los trabajos de corrección son transitorios y consisten en diques, unas veces de fábrica con mortero, otras de mampostería en seco y aún de materiales leñosos convenientemente entrelazados.

Colócanse los diques en sentido transversal y unos á continuación de otros, cuidando de que se conserven en buen estado, hasta que, habiendo crecido los árboles, se hacen punto menos que inútiles, pues que implantada la vegetación en las vertientes y hasta en los menores repliegues del terreno, prestará al suelo una protección permanente y progresiva, ya que con el trascurso del tiempo adquieren los árboles mayor tamaño y poderío. Exceptúanse de lo dicho los grandes diques de fábrica, que deben conservarse siempre.

La vegetación leñosa que se establezca en las vertientes con el expresado objeto protector, ha de satisfacer las condiciones que siguen:

1.<sup>a</sup> Que las raíces tengan la fuerza necesaria para comprimir el suelo en la red que forman entrelazándose, haciéndole al propio tiempo más permeable y protegiéndole contra los arrastres.

2.<sup>a</sup> Que sea normal la espesura, esto es, que se toquen las copas de los árboles, para que la superficie del suelo esté al abrigo de las influencias meteorológicas.

3.<sup>a</sup> Que produzca un mantillo abundante para que se desarrollen bien las plantas y se regularice el curso de las aguas pluviales.

Debe empezarse por investigar á qué especies arbóreas conviene recurrir; el que se elija una ú otra depende del clima general de los sitios que hayan de repoblarse y de su situación y exposición, por una parte, y por otra, de la naturaleza mineralógica del suelo y de su estado físico.

Luego hay que decidir si la especie ó especies adoptadas se establecen por siembra ó plantación, para lo cual se atiende á las particularidades de aquellas y á las condiciones de suelo y clima.

Aparte de otros puntos—que omitimos en gracia á la brevedad,—tiénese que proceder al levantamiento del plano topográfico y á una serie de nivelaciones indispensables para el buen orden de los trabajos; hay que trazar los caminos necesarios en lo porvenir para la saca de los productos del nuevo monte y útiles desde un principio para la ejecución rápida y económica de los trabajos; constrúyense además

casitas ó chozas, según los casos, necesarias para dar albergue al personal en las inhospitalarias y peligrosas alturas. Por último, se procede á trabajos hidrográficos y á observaciones pluviométricas con objeto de conocer la marcha de las crecidas, reuniéndose datos de gran precio para lo futuro, relativamente á los fenómenos meteorológicos que es probable se manifiesten en cada cuenca. Como consecuencia de estos últimos trabajos, se ha visto que la cantidad anual de lluvia que cae en un punto dado aumenta con la altitud de éste. De las observaciones hechas en los Alpes, resulta que á 2.500 metros de altura sobre el nivel del mar tienen siempre las lluvias una intensidad casi doble que á 1.500 metros, y que los pluviómetros más elevados indican á veces lluvias importantes, al paso que no contienen una sola gota de agua los situados en el fondo del valle.

Ocasión ha habido en que una simple lluvia que duró veinte minutos, vertió sobre un pluviómetro instalado en los Bajos Alpes, á la altitud de 1.200 metros, una capa de agua de 75 milímetros de espesor.

¡Qué daño no puede causar tal cantidad de agua en terrenos faltos de consistencia y de abrigo, con vertientes inclinadas hasta 80 y 90 por ciento!



No es posible negarlo: hay indudable mancomunidad de intereses entre los montes y la agricultura; por eso dicen los alemanes *ni montes sin cultivo ni cultivo sin montes*. En muchas de nuestras provincias no habrá sosiego para los labradores mientras la región montuosa continúe desnuda de todo arbolado y no se acometan con ahinco los trabajos de repoblación. Para conseguirlo, y el día que en ello se piense seriamente, se deberá comenzar por hacer un deslinde de la zona forestal, acotándola con verdadero rigor, pues mientras se permita entrar al ganado, no habrá posibilidad de conservar los montes, y menos, mucho menos de crearlos. Nada perdería aquél, puesto que una hectárea de buen prado le alimenta mejor que 50 de monte.

Para la prosperidad de nuestra agricultura, lo repetimos, se hace indispensable el fomento del arbolado. Esta es la medida preliminar sin la que serán estériles cuantas mejoras agrícolas y reformas económicas se realicen.

Véanse los principales resultados que se obtendrían:

Tranquilidad para los habitantes de los muchos pueblos que en Alicante, Valencia, Murcia y otras provincias están expuestos á sufrir los estragos de una inundación.

Seguridad para las tierras agrícolas, también amenazadas de continuo.

Fijación del lecho de los ríos y torrentes, desapareciendo el temor de que suban y se desborden las aguas.

Amplia y fácil conquista para la agricultura de inmensas extensiones sumamente fértiles, ya en las riberas de los ríos, ya sobre los conos de deyección.

Aumento del caudal de los manantiales y ríos, con lo que podrían extenderse los riegos, que tan útiles y necesarios son en las comarcas meridionales y tan difíciles de realizar en ocasiones por la escasez de agua.

Mayor seguridad para los ferrocarriles y carreteras, disminuyendo los accidentes desgraciados y siendo menos costosa la conservación.

Aumento de existencias arbóreas, lo cual nos proporcionaría maderas y leñas, de que tan necesitados estamos, mieras para la obtención del aguarrás, resinas, etc., etc.

Y, por último, aumentarían en grado importante la riqueza nacional y la población, toda vez que aparecerían nuevos pueblos y acrecentaríanse gran número de los ya existentes, por ser muchas las familias que hallan un modo de vivir en las múltiples faenas que exigen los montes arbolados.

Por tal manera, restableciendo los bosques en los puntos donde existían y desaparecieron merced á la ignorancia codiciosa ó egoísmo del hombre, se lograrán excelentes resultados, cuya importancia no es preciso encarecer. Todo queda reducido á una simple cuestión de dinero, que sobre ahorrar muchas lágrimas sería fuente de ventura para nuestro país.

Para concluir, observaremos que, habiéndose tratado de conocer el límite superior de la vegetación forestal, se creyó

por muchos que la naturaleza había impuesto la división de las montañas en tres zonas: en las cúspides y alrededores, los pastos; en las vertientes, los bosques, y, por último, en el fondo de los valles, el cultivo agrario. De ser esto así, apenas podrían pasar las masas arbóreas de los 2.000 metros de altitud.

Pero numerosas y más atentas observaciones hechas en diversidad de circunstancias, han demostrado que el césped que cubre el suelo en zona superior á la que ocupan los bosques actuales, es claro testimonio de que allí también hubo arbolado y desapareció por la acción combinada del hacha y el ganado. De donde se sigue, que cuando se hayan de crear nuevos montes, no debe tomarse como límite superior el terreno donde aún exista vegetación forestal y que es dable llevar aquellos trabajos hasta una altura bastante mayor. Por ejemplo: en los Alpes hay ahora hermosos pinares á altitudes de 2.700 á 2.800 metros, siendo así que hace veinte años los árboles espontáneos se encontraban á lo sumo hasta los 2.000 metros.

R. ALVAREZ SEREIX.





## CUESTIONES HISTÓRICAS

### SOBRE EL RÉGIMEN MUNICIPAL

#### CONCLUSIÓN (I)

#### II



ABIDO es que la batalla del Guadalete en el año 711 rompió el cetro de los Reyes godos, apoderándose muy en breve los sarracenos de la casi totalidad de la Península ibérica, y sin que ni aun en los escasos territorios á que no pudieron aquellos conquistadores llevar sus armas victoriosas, se levantara de pronto otro Rey en sustitución de Rodrigo, abstracción hecha del reducido y efímero reino de Teodemiro.

Increíble debe parecer á la generalidad de los españoles de estos tiempos que en semejante interregno y falta de centralización no surgieran en todas partes corporaciones municipales, y al propio tiempo, ó poco más tarde, otras compuestas de delegados de aquéllas que uniesen en federación territorios más ó menos extensos. Y, sin embargo, nada de esto aconteció, continuando por el contrario los pueblos y los territorios, no ocupados por los árabes, bajo el mando de Du-

(I) Véase la pág. 467 del tomo LIV.

ques, Condes y Señores, como lo estaban durante la monarquía visigoda.

Impórtanos averiguar hasta cuándo continuó semejante estado de cosas, y cuándo y cómo le sucedió el régimen de los Concejos y Ayuntamientos, que tan importante papel representaron y siguen representando en nuestra patria.

Consta por consentimiento unánime que los Concejos municipales no debieron en sus orígenes su creación á ninguna ley general ni á disposiciones expresas de los Reyes, sino que nacieron de las costumbres populares, simplemente toleradas por los Reyes, aunque hay divergencia respecto de la época de su primer establecimiento. Opinan muchos que los Concejos estaban ya fuertemente constituídos á principios del siglo XI, y añádese por algunos que debieron nacer en los primeros siglos de la reconquista, cuando reducido el reino á estrechos confines, menguada la soberanía de los Reyes y prepotentes los nobles, los infelices pueblos tenían que sufrir á la vez los rigores de los enemigos, la opresión y tiranía de los grandes, y los efectos de la impotencia del Monarca: el instinto popular habría creado en aquellos aciagos tiempos los Concejos para proveer á su seguridad y poder resistir el despotismo de los Señores, y los Reyes, lejos de resistirlo, lo habrían autorizado y protegido, viendo en aquellos cuerpos un auxiliar poderoso, así para la obra general de la defensa y de la reconquista, como para contener las demasías de los magnates.

Si se tratase de una simple teoría, el razonamiento que precede mereciera el concepto incuestionable de natural, verosímil é ingenioso; y aun considerado como histórico, nada tiene de extraño que le acepten y aplaudan los que sin haberse detenido mucho en el estudio de este punto concreto, conozcan la historia general de aquellos tiempos. Pero quien tenga la paciencia de comprobar los hechos en detall y de examinar el país y la fecha en que cada uno tuvo lugar sin dejarse llevar de ideas preconcebidas, se persuadirá sin duda de que están en discordancia aquel ingenioso discurso y la verdad histórica.

Desde luego se presenta á la vista la consideración de que

si la creación de los Concejos fuese debida á las causas que se suponen, y hubiese tenido lugar, no ya en los primeros tiempos de la reconquista, sino en los dos primeros siglos de ella, y aun antes de acercarse el fin del tercero, no pudiera reclamar su paternidad la monarquía castellana, que todavía no existía ni siquiera como condado independiente.

Pero hay otras razones más importantes. En Francia y en otros países se fueron operando desde el VII al X siglo una serie de sucesos y trasformaciones que dieron por resultado el régimen feudal y con él la debilidad de la monarquía, el predominio tiránico y casi absoluto de la nobleza, su poder jurisdiccional y la opresión del pueblo, llevado á tal extremo de degradación y de miseria, que los propietarios de alodios se apresuraban á constituirlos en feudo para conservar algún provecho de sus fincas, y muchos hombres libres se vieron precisados á renunciar voluntariamente á su libertad y constituirse siervos de sus tiranos para que éstos tuviesen interés en protegerlos: allí los Reyes tuvieron que promover la formación de las municipalidades y aliarse con ellas oportunamente para ir destruyendo la preponderancia y el despotismo de los magnates. Pero en España las cosas pasaron muy de otro modo; ni los visigodos tenían las mismas costumbres é instituciones de los francos y de otros bárbaros, ni la situación y sucesos ocurridos bajo la monarquía por ellos establecida, tuvieron punto alguno de semejanza con lo ocurrido en otras partes, ni el Fuero Juzgo y los Concilios de Toledo podían favorecer ese desarrollo inmenso del poder de los magnates, ni éstos estuvieron revestidos nunca de la jurisdicción independiente durante aquella monarquía, ni después de ella, ni era posible en fin que la opresión sistemática de los grandes constituyera á los pueblos del Noroeste y del centro de la Península durante los primeros siglos de la reconquista en el misérrimo estado de que con referencia á otros países he hablado, por más que fuesen ya bastante fuertes algunos de ellos para desobedecer al Monarca y en ocasiones para rebelarse.

No es mi intento desarrollar estas indicaciones: bástame haber prevenido el ánimo de mis lectores para que no se de-

jen dominar por aquella preocupación los que acaso la tuvieren, al acompañarme en la excursión histórica que voy á emprender.

Ni la historia, ni los más antiguos Códigos y leyes castellanas, hacen mención de los Concejos, Ayuntamientos, ni otros cuerpos representantes de los municipios por lo que toca á los tres primeros siglos de la reconquista, ni hasta muy adelantada la segunda mitad del cuarto; pues si bien de antes de esta época se conocen algunos *fueros* y *cartas-pueblas*, no hay que confundirlos con el régimen de libertad municipal.

Las cartas-pueblas eran el título de concesión de territorios, gratuitamente ó con cargas poco onerosas, y el de otras franquicias y privilegios, otorgado á favor de los habitantes de determinado pueblo ó paraje y de los que fueran á establecerse en el mismo, la cual tenía por objeto estimular la formación ó el aumento de población en el punto de que se trataba. Los fueros municipales eran el cuaderno legal, cuerpo de leyes ó código especial dictado para determinada ciudad, villa ó comarca, que además de los beneficios especiales que pudiese proporcionarles atendiendo á circunstancias locales, debía ser apreciada entonces, aun en lo que estuviese conforme con la legislación general, porque siendo á la sazón muy limitado el conocimiento de ésta, siempre quitaba ocasiones ó pretextos á la arbitrariedad. Ni las cartas-pueblas, ni los fueros municipales importaban, pues, necesariamente á los pueblos el derecho de administrarse en lo relativo á sus asuntos comunes: este derecho podía ser reconocido ó modificado por aquellos documentos si existía ya de antes, y podía en otro caso ser creado por los mismos documentos ó dejar de serlo, como cosas ambas sin necesario enlace. La carta-puebla debía siempre por su naturaleza conceder á los antiguos habitantes y á los nuevos pobladores algunos privilegios ó ventajas especiales que favoreciesen la permanencia de los primeros y el nuevo avecindamiento de los últimos: los fueros municipales, aunque generalmente beneficiosos también, no eran en realidad más que un Código como cualquiera otro, y podían muy bien no contener privilegio alguno en el sentido vulgar de la palabra, aunque lo fuesen siem-

pre en su acepción legal de ley particular (*privata lex*).

Pero si no encontramos en los primeros siglos de la reconquista rastro de corporaciones municipales, en cambio es indudable que todos los pueblos estaban sujetos á Duques, Condes y señores, los mismos *seniores* de los últimos tiempos de la monarquía goda, convertidos por el cambio de lenguaje en *sennores*, que habían continuado indudablemente sin interrupción, en lo posible, y nombrados como los primitivos por el Rey ó por sus Condes: y tan general era este sistema ó hecho de tener cada pueblo un señor, que no faltaba ni aun en aquellos que por excepción tenían el derecho de nombrarle con absoluta libertad, como eran las *behetrías de mar á mar* (I).

Mas á fines del siglo XI esta situación se modifica con la aparición de los Concejos, que pronto se extienden por todo

---

(I) Unos hacen derivar la palabra *behetría* del griego, otros del vascuence, y otros, en fin, á mi ver con más razón, de la palabra latino-bárbara *benefactoría*, sucesivamente convertida en *benefactría*, *benfetría* y *behetría*, que indicaba que los pueblos de que se trata se entregaban á quien les había de hacer bien. Había *behetrías* que se llamaban *de linaje* ó *de entre parientes* porque la elección de señor debía recaer precisamente en personas de determinado linaje ó parentela, y otras denominadas *de mar á mar*, con lo cual se significaba ser del todo libre el derecho de elección. Decíase que las *behetrías podían mudar de señor siete veces al día*, para denotar que podían hacerlo en cualquier tiempo; pero esto debe entenderse limitado al caso que el señor los abandonase, ó no los defendiese ni ficiese razón. Tan esencial era en las *behetrías* la facultad de mudar de señor, que estaba terminantemente prohibido el pacto en contrario por la ley 16, tít. 8.º, libro 1.º del Fuero Viejo de Castilla, repetida en la 23, tít. 32 del Ordenamiento de Alcalá, y en la 9.ª, tít. 1.º, libro 6.º de la Novísima Recopilación. Tuvieron su origen las *behetrías* en Castilla la Vieja y en los primeros siglos de la reconquista: eran pueblos conquistados ó defendidos de los moros por caballeros particulares, que por esta razón y por la debilidad de los Monarcas leoneses, nunca muy respetados en Castilla, se reservaban su señoría, no para todos, sino para uno solo, pudiendo los vecinos escoger entre los mismos ó sus sucesores en cada vacante; y ausentándose todos ó extinguidas las líneas, la libertad del vecindario era absoluta para nombrar nuevo señor. Tal entiendo que fué el origen y la regla general, aunque con el tiempo adquirieron el mismo derecho algunos pueblos por concesión real: este otorgamiento del Rey se hizo necesario para crear nuevas *behetrías* á tenor de la ley 3.ª, tít. 25, partida 4.ª Las *behetrías* dieron bastante que hacer, y se ve que estaban habitualmente dominadas por facciones.

el ámbito de la monarquía castellana, y aun se propagan á otros reinos españoles, y que en los siglos inmediatos han de hacerse tan prepotentes é influir poderosa y hasta estrepitosamente en los negocios políticos del país.

¿Cómo se verificó esta importantísima transformación? ¿Cómo una novedad tan grande se extendió tanto y con tal rapidez en una época en que por causas bien conocidas debían tan lentamente cambiarse los hábitos y costumbres de los pueblos? ¿Y cómo los prepotentes y revoltosos señores, siempre tan celosos de sus privilegios y preeminencias, no se opusieron á una alteración que directa é indirectamente tanto los perjudicaba?

Cuando reformas de tal gravedad y trascendencia no son importadas del extranjero ni dimanán de la iniciativa eficaz del poder, sino que brotan espontáneamente del seno de la sociedad, y crecen y se propagan sin oposición ó barriendo cualquier obstáculo que se presente, hasta enseñorearse sobre lo antiguo, preciso es que de mucho antes estuviese echada la semilla y hubiera ido arraigándose lentamente en la oscuridad. Esto sucedió con los Concejos. No nacieron en la época en que salieron ostentosamente á la luz pública: debieron existir ya generalizados y con gran fuerza moral de muy ántes, aunque viviendo una vida oscura; no con el carácter municipal de que al fin fueron revestidos; pero por esta misma razón y su consiguiente debilidad material obligados á proceder con una prudencia y una justificación que debían realzar precisamente su prestigio.

Permitían los conquistadores mahometanos á los muzárabes (1) ejercer el culto católico en el interior de los templos, pagando por cada uno de éstos una contribución anual, autorizándolos además para elegirse jueces que les administraran justicia conforme á sus leyes. En consecuencia, les era preciso á los muzárabes reunirse y entenderse, así para la elección de sus jueces ó *cadíes* como para proveer á los gastos del culto, incluso el impuesto que sobre éste pesaba, y para

---

(1) *Mozárabes* ó *muzárabes* eran, como es sabido, los cristianos que vivían en países dominados por los árabes.

cualquiera otro asunto de su común interés, y el local naturalmente indicado para tales reuniones era el mismo templo, al cual habían de concurrir todos ellos y nadie más que ellos, y que era además lugar interesado, capaz y el único público que tendrían á su disposición.

No era, empero, posible que todo se decidiese y se realizase por medio de repetidas reuniones de todos. Para allegar constantemente fondos de una manera equitativa, para administrarlos convenientemente, para acordar y llevar á efecto lo demás que fuese preciso, la experiencia debió revelar bien pronto la necesidad de elegir una junta ó comisión permanente, como diríamos ahora, un *Concilium*, según el lenguaje propio de aquellos tiempos, y más interviniendo la Iglesia, renovable, como el *cadí*, todos los años, que representase á la totalidad de los interesados. Era necesario, además, el *Concilium* para que ante él ó ante un oficial del mismo otorgasen los muzárabes los contratos é instrumentos públicos, como testamentos, donaciones, enajenación de inmuebles y otros de importancia.

Ahora bien; del *Concilium* de que se acaba de hablar al Conceio y al Concejo no hay más diferencia que el cambio que gradualmente se fué operando en el lenguaje vulgar para pasar del idioma latino al castellano, y por consiguiente, tenemos que antes del siglo XI debía estar generalizado en muchos pueblos de España sujetos á la dominación sarracena, y muy principalmente en lo que hoy conocemos por Castilla la Nueva, lo que se llamaba *Concilium* en latín y *Conceio* ya ó *concello* en el lenguaje vulgar. Tan cierta es la sinonimia de estas palabras, que también se designaban con esta última denominación en el siglo XIII los antiguos Concilios de Toledo: testigo de ello el Fuero Juzgo castellano, donde al pie de muchas leyes del título primero ó preliminar se lee «*Esta lee fo fecha anno octavo (quarto, quinto, etc.), Concello de Toledo.*»

El *Concilium* ó *Conceio* debía ejercer sobre sus parroquianos un gran influjo, no ya sólo como corporación correligionaria, representativa y titular de éstos, sino también y más principalmente por el tino, prudencia y justificación á que le

obligaba imperiosamente su situación: el despotismo no acostumbra encruelecerse con quien puede fácilmente sacudir su yugo, y á los muzárabes les bastaba, cuando no tuviesen á su alcance otros medios más dignos, trocar su religión por la musulmana para pasar repentinamente de dominados á individuos de la clase dominadora. Esta misma consideración demuestra además que estaba á la vez en el interés de los Concilios, en el de sus representados y en el de la misma religión que fervorosamente profesaban, no dar lugar á las apostasías que pudieran provocar sus injusticias ó sus irritantes parcialidades.

Cuando Alfonso VI reconquistó á Toledo y otra multitud de pueblos y territorios sujetos desde trescientos setenta y cuatro años antes á la morisma, encontró á sus nuevos súbditos—en su generalidad amigos, paisanos y correligionarios—en un estado de civilización muy superior al de su antiguo reino, y acostumbrados, á la vez que á la dominación musulmana, á ese régimen interior propio, liberal y acreditado; y estos hechos debieron producir y produjeron, en efecto, una notable variación en el régimen del Estado. Los *cadíes* muzárabes, sucesivamente transformados por la variación del lenguaje en *alcadís*, *alcaidís*, *alcalles* y *alcaldes*, jueces anuales y de elección más ó menos popular, así como los Concejos, junta representativa del pueblo cristiano, no podían menos de ser preferibles al régimen puramente autoritario hasta entonces vigente en las monarquías leonesa y castellana. No era justo, político ni conveniente que los antiguos muzárabes debiesen considerar como día de luto aquel en que fueron libertados del yugo musulmán que sobre ellos había pesado por espacio de siglos. Y por otra parte, los alcaldes de los cristianos y los Concejos no necesitaban siquiera que el Rey expresamente los confirmara: existían ya, y no había razón para que desampararan sus puestos y cometidos, ni para que se los obligara á cesar en ellos, bastando, por el contrario, el simple silencio de la autoridad para que la misma fuerza de las cosas acrecentara la competencia de aquellas antiguas instituciones. Aun sin recibir orden expresa las autoridades musulmanas debieron cesar en

sus funciones públicas luego de la reconquista de sus pueblos por los cristianos, y á lo más habrían podido continuar por algún tiempo y en determinados puntos los cadíes mahometanos, tolerados en el ejercicio de la jurisdicción sobre sus correligionarios al igual de lo que hasta entonces se había permitido á los alcaldes muzárabes.

He aquí, pues, como aún sin declaración especial y sólo por el curso natural de las cosas, debieron los Concejos convertirse muy luego de parroquiales en municipales, y los alcaldes extender su jurisdicción sobre todos sus convecinos en lugar de tenerla limitada sobre sus correligionarios.

Ningún interés tenía tampoco el nuevo Soberano en oponerse á semejante organización, en la cual no era fácil distinguir otra cosa que una administración ya establecida y acreditada, y más ventajosa para el trono y para el pueblo que la de los señores. El Rey quedaba así relevado de la necesidad de nombrar autoridades y jueces para todos los pueblos, atribución que no dejaba de tener sus dificultades cuando acababa de extenderse tanto su territorio, sin perder por esto la prerrogativa de nombrarlos siempre que bien le pareciere, y á la vez los pueblos todos adquirirían ó dejaban de perder la ventaja de tener en su propio domicilio quien les administrase justicia en primera instancia. Además, los nuevos funcionarios no podían inspirar recelos siendo su cometido sólo por un año, después del cual volvían á confundirse con el común de los ciudadanos, y al Rey le quedaba siempre la facultad de sustituir á los alcaldes por otra autoridad de su libre elección, como frecuentemente lo hizo en todas épocas (1). Tampoco pudieron oponerse á ello los señores,

---

(1) Y sin abuso, aunque otra cosa se crea por confundir la índole de los *alcaldes* y la de los *Concejos*, que son muy distintas. Los Concejos ó Ayuntamientos son los representantes de los municipios, mientras que en los alcaldes predomina—y debiera ser exclusiva—la representación del poder central. De esta confusión, nunca reconocida por nuestras antiguas leyes, aunque ni por éstas ni por las modernas bastante atendidas, han dimanado muchísimas cuestiones y disgustos, porque siempre se ha querido aplicar los remedios en parte distinta de donde el mal estaba y se encuentra todavía.

como diré muy en breve, al ocuparme de algunas cuestiones referentes á los mismos.

Todo esto que la razón nos dice que debía suceder tuvo, en efecto, lugar. Lejos de oponerse Alonso VI y sus sucesores á la subsistencia de los Concejos y á la extensión de sus facultades, los confirmaron y reorganizaron en diferentes pueblos, y los generalizaron, mandando crearlos en puntos donde no los había, y autorizándolos, siquiera indirectamente, en los demás; de modo que no tardó en propagarse esta institución por todo el territorio de la monarquía, extendiéndose sucesivamente sus facultades, aun fuera de la órbita propia de la administración municipal. Respecto de los alcaldes, no sólo se hizo general su institución para presidir los Concejos de los pueblos y ejercer en ellos la administración de justicia, sino que se dió el mismo nombre á muchas otras autoridades y jueces superiores, habiendo subsistido en el último concepto hasta fines de 1835, en que no quedaron más alcaldes que los municipales, y éstos con reducidas facultades judiciales, que al fin han cesado afortunadamente por completo.

En confirmación de mi modo de pensar, pueden todavía aducirse dos hechos; el de haber sido la parroquia desde la reconquista de Toledo hasta los modernos tiempos, no sólo en local ordinario de muchas elecciones populares, sino también la división á menudo admitida (1) de las poblaciones de crecido vecindario, y el de haberse introducido desde la misma época la nomenclatura árabe para una infinidad de funcionarios municipales, como lo demuestran las palabras *alcaide*, *alcalde*, *alférez*, *alguacil*, *almotacén*, *atalaya* y otras.

Esta sencilla reseña basta, á mi entender, para contestar á las preguntas arriba formuladas. Queda explicado por ella el origen de los Concejos parroquiales y de los alcaldes

---

(1) La elección de comisarios electores de los diputados del Común y de los síndicos personeros se hacía por *parroquias*, según la instrucción del Consejo de Castilla de 26 de junio de 1776; y la Constitución de 1812 en su artículo 34 y siguientes estableció Juntas electorales de *parroquia* como punto de partida para las elecciones de diputados á Cortes.

muzárabes, la natural transformación de los mismos después de la reconquista de Toledo en Concejos municipales y alcaldes ordinarios de los pueblos, el prestigio de unos y otros y la ventaja que llevaban sobre las antiguas autoridades. No es extraño, por consiguiente, que muy luego se propagaran sin obstáculo, y es seguro que fuertes con el favor popular, hubieran arrollado fácilmente cualquiera que se les hubiese opuesto. Entiéndase, sin embargo, que no trato de negar dos cosas: primera, que es posible que los *Concilia* puramente *parroquiales* fuesen más antiguos aún de lo indicado, y segunda, que pudo haber antes de la reconquista de Toledo algún Concejo verdaderamente municipal, puesto que el fuero de León de 1020 no deja duda de que le había ya entonces en dicha última ciudad; pero esto era excepcional, y hasta es probable que aquel Concejo fuera, no una junta representativa, sino la reunión general de todos los vecinos, y además no existían todavía otros alcaldes que los muzárabes, ni se introdujeron los municipales hasta después de la indicada reconquista, ó cuando más, muy poco antes de que ésta se realizara.

He aplazado hace poco explicar la razón de no haberse opuesto los antiguos señores al establecimiento de los Concejos y de los alcaldes, y me ha movido á ello la conveniencia de no interrumpir con un nuevo episodio la hilación del discurso y de poder así conglobar ahora cuanto me parece del caso decir con referencia á la institución de los señores.

¿Cuáles eran las atribuciones de los señores? ¿Cuándo comenzaron? ¿Qué transformaciones sufrieron? ¿Cómo y cuándo terminaron? ¿En qué épocas pasaron de temporales á vitalicios y sucesivamente á hereditarios? ¿Qué diferencias había entre lo realengo, lo abadengo, lo solariego y la behetría? ¿Cuándo empezaron los señoríos jurisdiccionales y hasta dónde se extendían sus facultades?

He aquí una serie de cuestiones que no trato ciertamente de desenvolver: materia bastante prestan de por sí para un trabajo especial, y algunas de ellas no tienen relación con este artículo, teniéndola las demás sólo incidental. Pero no

he querido dejar de formularlas, ya que la ocasión se presentaba, para llamar la atención de personas más competentes, á fin de que puedan dilucidar ó promover su estudio, convencido como estoy de que pocas habrá más importantes y á la vez menos esclarecidas entre las que ofrece la historia del derecho patrio. Voy, pues, á indicar mi opinión sólo en la parte que me concierne, y no por cierto con gran confianza en el acierto.

El carácter descollante de los *seniores* de la monarquía goda y de los *sennores* de los primeros siglos de la reconquista era indudablemente el de autoridad militar local, el de *comandante de armas*, como diríamos ahora, aunque ejerciesen á la par la autoridad local civil, menos importante en aquellos tiempos; era natural en la época de su creación, bajo una monarquía que empezó siendo exclusivamente militar, y lo aconsejó después la necesidad de la defensa, incumbencia suprema durante la guerra con los sarracenos; pero lo demuestran además varias leyes del Fuero Juzgo, y entre ellas la 2.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup>, 4.<sup>a</sup>, 5.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup> del tít. 2.<sup>o</sup>, libro 9.<sup>o</sup>. La potestad de administrar justicia no la tuvieron nunca aquellos funcionarios... «E si el iuez no lo puede luego prender por sí solo, demande al sennor de la tierra quel ayude, hy el sennor de la tierra le deve mantinente ayudar, que los malfechores no puedan durar mucho,» dice la ley 2.<sup>a</sup>, tít. 4.<sup>o</sup>, libro 7.<sup>o</sup> del Fuero Juzgo, estableciendo una diferencia bien marcada entre el juez y el señor. D. Pedro López de Ayala dice también hablando de las behetrías que «ni los Reyes curaban de al, salvo de las justicias de los dichos lugares,» según es de ver del párrafo transcrito por los señores Asso y de Manuel en su nota 1.<sup>a</sup> al tít. 8.<sup>o</sup>, libro 1.<sup>o</sup> del Fuero Viejo de Castilla. Y acaba de comprobar lo mismo el canon 18 del Concilio de León de 1020, que mandó que en todas las ciudades y distritos hubiese jueces elegidos por el Rey para juzgar las causas de todo el pueblo, lo cual demuestra que por lo menos en muchos puntos no los había, mientras que del *sennor* no carecía entonces acaso ningún pueblo; importando poco que no estuviese legalmente comprendida Castilla en esta disposición, puesto que habían

trascurrido pocos años todavía desde que se había erigido en condado independiente.

En ninguna parte he visto indicada la época fija de la introducción del señorío jurisdiccional; sólo en términos vagos, y dándolo como supuesto más que afirmándolo, se le presenta por varios como existiendo desde los primeros tiempos de la reconquista, tal vez de hecho únicamente en sus comienzos y defendido después como antigua posesión; y no falta quien añada que teniendo jurisdicción la aristocracia, fué muy natural concedérsela igualmente á las municipalidades cuando se quiso utilizarlas al igual de los magnates y como contrapeso de éstos. Mi opinión es enteramente distinta; las citas que poco há hice del Sr. López de Ayala y del canon 18 del Fuero de León, y el no conocer documento ninguno concreto que revele tanta antigüedad en aquella clase de señoríos son para mí pruebas bastantes, mientras no se demuestre lo contrario, de que la jurisdicción de los señores fué precedida de la de los alcaldes, y aun creo que la de éstos daría origen á la de aquéllos. Estableciéronse los alcaldes lo mismo en los pueblos de señorío que en los de realengo, lo cual no hubiera podido suceder si en aquéllos tuvieran ya derecho á la jurisdicción los señores, quienes hubieran reclamado con razón contra el ataque á sus prerrogativas, pero nada pudieron objetar por establecerse un alcalde en lugar del antiguo juez que el Rey tenía ó hubiera podido en cualquier tiempo nombrar. He aquí, pues, el motivo de que no hubiesen hecho oposición los señores al establecimiento de los Concejos y alcaldes, según indiqué más arriba, difiriendo para este momento el expresar la razón del allanamiento. La falta de derecho en los señores para oponerse no era, sin embargo, motivo para que dejaran de buscar el medio de evitarse las complicaciones y disgustos para ellos consiguientes del establecimiento de los alcaldes, y ya que no pudieran suprimirlos, obtuvieron el título jurisdiccional que constituía á éstos bajo una mayor ó menor dependencia suya por medio de su nombramiento ó confirmación y á veces consiguiendo la jurisdicción plena en segunda instancia.

Tal debió ser, en mi concepto, el curso de los sucesos. Pero repito que mi opinión en este particular es poco firme y la expreso con desconfianza, falta de datos y de conocimientos para un juicio más fundado.

Resumiendo lo dicho sobre la segunda de las cuestiones históricas que me había propuesto tratar, creo que pueden sentarse las siguientes proposiciones:

Primera. Los cadíes de los cristianos ó alcaldes muzárabes tuvieron necesariamente origen en todos los pueblos desde que fueron ocupados por los mahometanos, y al mismo tiempo debieron crearse en la generalidad de ellos Concejos parroquiales, ó ampliarse sus atribuciones si existían ya de tiempos anteriores.

Segunda. Los pueblos que no llegaron á caer en poder de los sarracenos y los que fueron libertándose de su dominación, continuaron bajo la autoridad de Condes y Señores como en tiempo de los godos, y por regla general, sin otra administración municipal en los primeros siglos de la reconquista.

Y tercera. Desde la época de la reconquista de Toledo y de gran parte del territorio de Castilla la Nueva, las instituciones muzárabes sirvieron de base para el nuevo sistema de jurisdicción y de administración local á cargo de alcaldes y de Concejos que en su esencia y forma ha subsistido hasta nuestros días (1).

NARCISO PAGÉS.

(1) En la primera parte de este artículo (núm. 218) pasaron algunos errores, principalmente de puntuación, siendo notables por variar el sentido los de las cuatro líneas últimas de la pág. 473, donde debe leerse: «suceden á los Presidentes de las provincias en punto á la resolución de los pleitos de menor cuantía; son sus auxiliares respecto de la persecución de los delitos; sus informantes, y en caso necesario sus fiscales, en los casos de abusos administrativos; y, sin embargo, su»

También en la pág. 478, línea 11, falta un *ni* después de *todavía*.



## REVISTA DE TEATROS



AMOS á cuentas, una vez que los estrenos que se han verificado desde el 30 del próximo pasado diciembre hasta la fecha, nos dan espacio más que suficiente para cumplir el compromiso que contraímos con nuestros lectores, al dar en octubre comienzo á nuestras tareas.

Que el teatro, según han dado en decir muchos y respetables críticos de añejos y modernos tiempos es una diversión indispensable, pero sólo una diversión, no lo negaremos, puesto que así la califica el público, que al parecer sólo por divertirse y esplayar su ánimo, verse y adularse, asiste á las representaciones teatrales; pero tampoco se nos podrá negar que el tal teatro sea una diversión culta y decorosa, en atención á los espectadores, autores y actores, y á las condiciones indispensables y requisitos adherentes á toda reunión y á todo concurso, en los que la política, la educación y el decoro, han ocupado y deben ocupar un lugar preferente.

Que no es la escuela de las costumbres, añaden algunos, y aun muchos que conculcan y confunden á su sabor las ideas de progreso, libertad y adelanto. Aunque no estamos muy conformes con esta tesis, sea así; pero bueno sería que ya que le quitamos su condición de escuela de las cos-

tumbres, como asentaba Moratín, no lo sea de las malas, excluyendo las buenas, atendiendo á que, siendo muy difícil averiguar si la mayoría del público opta por uno de los dos extremos, sería á todas luces injusto contentar á una parte disgustando á la otra, y el medio más razonable y equitativo de dirimir la contienda, es, en nuestro juicio, no dar gusto á ninguno, convirtiendo el teatro en un espectáculo indiferente, sin perseguir otro fin ni encaminarse á otro objeto que distraer el ánimo y entretener el ocio de los que á él concurren.

No falta quien opine, y así lo confiesa paladinamente, que en las producciones dramáticas el genio no debe tener trabas, ni cortapisas, ni obstáculos, dejándole libre volar por los espacios infinitos de su fantasía, sin que las reglas de la dramática proscriptas por el progreso y la civilización, y las de la lógica y el buen sentido que á nuestro entender deben presidir todos los actos humanos (arrojados hoy en el oscuro rincón de viejas y rancias preocupaciones), las encierren tínicamente en estrecho y ridículo círculo. Perfectamente, y siendo así, lo que nos parece, dada la posibilidad de otorgar la patente de genio á cualquier escritor dramático, sea la regla igual para unos como para otros, sin incurrir en marcadas diferencias y parcialidades que puso de manifiesto la obra del Sr. Pleguezuelo, *Mártires y delincuentes*, estrenada con gran éxito en el Teatro de la Zarzuela en la pasada temporada teatral, y que podía figurar dignamente al lado de las producidas por los genios pública y universalmente reconocidos, y en este caso, siendo la ley igual para todos, y admitida esta reforma, declaremos de una vez para siempre, inútil y ocioso el lenguaje castizo, el estilo correcto, la exposición ingeniosa, el plan bien concebido, la acción bien desarrollada, el interés creciente, el final pensado, los caracteres magistralmente dibujados, los episodios oportunos en sazón, las situaciones culminantes y adecuadas al asunto, los chistes de buena ley, la sal ática, la sátira fina, la crítica punzante y cortés, y otras muchas *zarandajas*, que dieron perpetuo nombre y eterna fama á los Bretones, Moratines, Larras, Suyás, Ayalas, Tamayos y Gorostizas, á los que,

con otros émulos de su gloria, proscribiremos de las repúblicas de las letras, y hacinándolos con los restos mortales de los Calderones, Tirsos, Moretos, Cienfuegos, Montalbanes y Alarcones, cubriremos sus fosas con la estatua de Comella, y empezando la nueva época dramática con la representación universal del *Cerco de Viena*, á la que alude Moratín en su hoy insulsa comedia *El café*.

Númerosos adeptos ha reunido en su escuela el realismo y naturalismo, síntesis y carácter genuino que se quiere imprimir en la época presente; los que en sus aulas se congregan no se detienen ante la idea de que la naturaleza, si bien existe por sí sola y se la contempla y admira como obra prodigiosa de un ser incomprendible y eterno, adquiere, en nuestro concepto, nuevo ser y nueva vida cuando el arte la modifica; lo natural, lo real en el teatro excluye por completo, según los que así opinan, todos los recursos del arte, todos los fulgores de la imaginación y de la fantasía, todos los resortes del ingenio, y borran de una vez para siempre en la lista de los vivos los que conquistaron el glorioso título de autores dramáticos; su fin es eliminar de la imaginación la idea ingenio; y como éste, según el inolvidable Fígaro, no consiste en decir cosas nuevas y maravillosas, sino en eternizar y formular las verdades más sabidas, adaptándolas á los momentos y situaciones del drama, y como quiera que la idea nace de cuantos creemos y oímos, y de todo lo que nos rodea en el caso presente, no es necesario que ésta se forme en la imaginación; basta con copiar cuanto vemos, cuanto percibimos tal y como se presenta á nuestra vista, sin que el criterio lo sazone, sin que el juicio lo analice, sin que la razón lo juzgue y sin que el arte lo modele y modifique, en cuyo caso de más están los autores y actores dramáticos, los que sin poner nada de su parte, los primeros copiando escenas de la vida real, aderezadas con chistes y frases de todo género, siempre que la idea que expresen sea *real* al uso moderno, es decir, procaz, subversiva, ofensiva ó denigrante, ó bien algunos conceptos altisonantes é ininteligibles, con sus puntas de inmoralidad, ateísmo y sus tintes de relumbrón, han cumplido su encargo; y respecto á los segundos, ó sean

los actores, vuelvan otra vez á la triste y despreciable condición de faranduleros, execren la memoria de *Lope de Rueda*, que aspiró á poner á contribución su ingenio, talento é inteligencia, y limitándose á explotar sus facultades físicas, conviértanse en autómatas, puesto que el escritor no les da campo ni espacio para desarrollar su entendimiento.

Se nos dirá que estos juicios y estas apreciaciones son, á más de infundadas, falsas y exageradas; que en la vida real se encuentran caracteres, situaciones y tipos, es verdad, muchísima verdad; pero como estas cosas, en especial las dos primeras, exigen el concurso del arte para presentarlas en escena, y como este requisito le vamos aboliendo, y como ni caracteres ni situaciones son cual eran antes y deben ser indispensables en toda obra dramática, y sólo son tipos que con la ayuda de la habilidad de imitar de las ropas y de la pintura, de alusiones políticas y de tauromaquia, y de costumbres flamencas, si entretienen y se deleita al público, resulta que la memoria de Romea, Latorre, Arjona, Mata, Guzmán, Luna, La Rita, la Antera Baus, la Matilde, la Bárbara y la Teodora Lamadrid, que no necesitaban embadurnarse ridículamente el rostro ni hacer contorsiones ni excentricidades, y cantar en caló y en francés, no sirvieron para el paso, y los que hoy siguen su escuela (que hay algunos y algunas con favorables disposiciones) deben separarse de tan loable senda y seguir las huellas de los charlatanes que encaramados sobre una mesa desvencijada ó un asendereado simón, relatan con envidiables pulmones y proverbial facundia las virtudes desconocidas de los específicos que venden.

Además, los corifeos de tan decantada como mal llamada escuela no debieran ser tan exclusivos en sus apreciaciones, y dar más latitud al género que ofrecen; porque es preciso convenir en que la vida real se realiza en actos de todas clases, buenos y malos, y no es justo que si se califica de lánguido y hasta de absurdo que en la comedia *El amigo Fritz* coman con paz y sosiego cuatro solterones compinches y amigos (acto real y verdadero), nos permitan calificar de poco decorosos los que se refieran á adulterios, violaciones, divor-

cios, mujeres de condición dudosa, tahures y otros personajes y hechos que llevan la condición de reales y naturalísimos, pero no el privilegio de ser los únicos y los dignos de figurar como exclusivos y genéricos en la dramática española.

No son pocos, por último, los que proclaman en alta voz que el genio y la inspiración son las únicas condiciones que se requieren para figurar en el mundo dramático, ya como autor, ya como actor. Corriente; demos al genio la preeminencia, y sigan llenando nuestra escena esas producciones, con mezcla de bufo y de trágico, de naturalismo y romanticismo, en las que personajes del siglo XVII se ocupan de accidentes y sucesos que ocurren y acontecen en la época actual, y con esto, si no otra cosa, habremos conseguido convertir la escena española contemporánea en una sucursal de San Baudilio, Montpellier, Zaragoza ó Leganés.

\*  
\*\*

Este es, pacientísimo lector, el estado de nuestro teatro, expuesto sin reticencias, ambajes y rodeos y en cumplimiento de un alto deber. Nosotros comprendemos que á veces hay que transigir y ocultar nuestra opinión en gracia de las empresas, de los buenos actores y de ilustres escritores, vejados por las veleidades é ignorancia del público, y como ésta es una de las causas de su decadencia, unida á otras que de ellas nacen, y como hoy nos falta espacio para enumerarlas, por tener que dar cuenta de los estrenos verificados, prometemos aprovechar la primera ocasión para ocuparnos con detenimiento de ellas.

\*  
\*\*

*El guerrillero* se titula la zarzuela original de D. Federico Muñoz, con música de los maestros Arrieta, Brun, Caballero, Chapí y Llanos, estrenada el viernes último en el teatro de Apolo.

Siempre hemos desconfiado nosotros de las obras que llevan por título un nombre propio ó apelativo que encierran su argumento en un sustantivo, en un adjetivo ó en un calificativo, porque no parecía sino que en estos casos trataba el autor de girar en ancho campo y amplia esfera sin que la resolución del problema que indica el título, ó el propósito ó fin que él mismo anuncia—marcándole un itinerario fijo ó un derrotero determinado, por el que ha de marchar encauzada su imaginación y el desenvolvimiento del plan,—le sirvan de obstáculos y no pueda dirigir libremente el vuelo de su fantasía, á medida de su voluntad lo que ha sido resultado lógico de que las obras así concebidas hayan defraudado por lo regular las esperanzas del público, á no ser que escritores de talento privilegiado, conocedores de la escena, maestros en los resortes dramáticos, profundos pensadores y notables hablistas hayan presentado la excepción de la regla dando á luz obras esencialmente filosóficas, históricas ó sociológicas de alta monta y grande trascendencia.

No pertenece ni remotamente á este reducido número de escritores contemporáneos el autor de la obra que va á ocupar nuestra pluma, y por más que el tal D. Federico Muñoz—que aseguran que existe y pasa la vida tranquilamente en Barcelona descansando de los triunfos dramáticos que en otras ocasiones ha obtenido,—revela ser esperto en las lides dramáticas, conocedor del público y hábil y diestro en pensar planes, desarrollar la acción y dibujar los personajes, en esta ocasión ha deseado únicamente entretener sus ocios y volver á la escena por pasatiempo, sin importarle un ardite en mantener viva su antigua y bien adquirida fama, como lo vamos á probar brevemente.

\*  
\* \*

La acción se desenvuelve en 1803 en las inmediaciones de Vitoria, y á la sazón de ser continuas é incesantes las luchas entre españoles y franceses, cercados unos y otros por los ingleses, recursos que admirablemente describen Pérez

Galdós en sus novelas, Alcalá Galiano en sus *Recuerdos de un anciano* y Mesonero Romanos en sus *Memorias de un setentón*.

Un Conde político cosmopolita que vaga alrededor de todos los partidos, haciendo escala en el que su miedo y egoísmo le prescribe, y tan bonachón y de tan pocos alcances, que cuenta en la primera escena á sus criados, hartos de saberlo, quién es y que su hija se casa con el Barón del Cerro, acontecimiento que no debían ignorar por presentar á la escena los suntuosos regalos del novio, y ver á la novia que sale elegantemente vestida para la ceremonia á esperar por tercera vez al novio, que en dos ocasiones parecidas, después de haber enviado ricos presentes y los documentos necesarios para la celebración de los esponsales, había defraudado las esperanzas del papá suegro, no acudiendo á cumplir su compromiso; este Conde sin igual y de especial corte, se ve sorprendido por una compañía de soldados franceses que le entregan una orden superior, en la que se manda registrar escrupulosamente todos los caseríos de la comarca, y en aquellos donde se encontrara un guerrillero, se le pase por las armas en unión con el dueño de la finca ó de la casa.

El Conde manifiesta un miedo pueril, puesto que nada tiene que temer, pero que anuncia al público que el guerrillero vendrá, y bajo esta impresión que para él debía ser extraña, y después de participar al oficial francés que su hija va á contraer matrimonio con el susodicho Barón, el que se aguarda de un momento á otro, parte á presenciar el registro.

En este intermedio, todavía no viene el guerrillero, pero vendrá. Se presenta de improviso Pilar, hermana de la desposada, que, en compañía de un lego, huye del convento donde se estaba educando, y el que han reducido casi á cenizas los pícaros franceses; á la tal niña, más práctica en las lides del mundo que en los salmos, penitencias y oraciones de la santa casa de donde procede, la disgusta el matrimonio de Elena con un sér á quien no ama, y que si accede á la ridícula pretensión de su padre, es porque no ama á otro, y así se lo dice también á los criados en la primera escena.

Lleva á su hermana á los brazos de su padre, y el lego, que sabe están en la casa los franceses, porque Elena se lo

dice, y ésta en compañía con los guerrilleros, intenta darle aviso para que los cope; pero como no tiene en cuenta que los centinelas que rodean el caserío tienen la consigna de dejar la entrada franca, pero impedir la salida á todo el mundo, se queda entre bastidores mientras Carlos el guerrillero se presenta, saltando por un balcón, y huyendo del lobo, viene incauto á caer entre sus garras.

Y ya pareció aquello; ya tenemos al protagonista en escena; éste cuenta su vida y milagros, y aparece Elena, tiembla por la muerte que le espera al desconocido, y guiada por sus instintos caritativos, le proporciona un carrík que la Providencia, y sólo la Providencia, ha puesto sobre una silla; cuando está disfrazándose, viene el célebre Conde, y enterado de cuanto ocurre, quiere llamar á los soldados para que le prendan; pero recordando que seguiría la suerte del guerrillero por encubridor, guarda forzoso silencio.

El oficial se presenta, extraña la presencia del desconocido; ¿qué hacer en tan difícil situación? La hermana (á quien le gustan los guerrilleros) lo salva diciendo que es el novio; pero el capitán francés, que no es lerdo, duda, y sin hacer caso del respetable padre, que pretexta el cansancio del supuesto futuro para demorar la unión, exige se celebre ésta, brindándose como testigo, y como todo, según se dice en las primeras escenas, está dispuesto, la capilla encendida y el capellán en el ara, se casan, confesando el guerrillero á la caritativa Elena—que, sin amor, se presta á tan dura prueba por salvarle la vida,—puede pedir el divorcio fundada en el error de persona.

La ceremonia se está celebrando, las campanas de la capilla tocan á boda, ¿y qué dirán VV. que sucede? Que viene el verdadero novio; justamente lo hábil, ingenioso y nuevo sería que no viniese; ¿pero á qué entretenerse y gastar el tiempo en buscar recursos nuevos cuando existen á granel manoseados y conocidos?

El deseado futuro se presenta alto, narigudo, enfático, soplado y armado de todas las armas conocidas, á excepción del cañón.

Se hace cruces de que no salgan á recibirle con *palio*, y

como su oronda y ostentosa dignidad se merece; pero las campanas que anuncian la consumación del matrimonio, se le figura son las que anuncian su llegada, y con tan plausible motivo, canta unos *couplets* á duo con el lego, que viendo que no puede salir, se resigna á permanecer en el caserío.

La ceremonia termina, los novios vuelven, se encuentran al *Baron*, el capitán le echa la vista encima, el Conde padre, temiendo por su porvenir de un viaje eterno, le niega como Pedro negó á Cristo, y los soldados del Rey José, que actualmente imperaba en el castellano suelo, le prenden y termina el primer acto (que es el mejor), por lo que hacemos gracia de los demás.

Como se comprende sin esfuerzo y á primera vista, en esta primera parte de la obra se vislumbra interés y urdimbre dramático, ilación en los antecedentes, que constituyen verosimilitud, moral admitida y sancionada por los preceptos de la dramática y conocimiento de la escena y del público; pero estas falaces, aunque algún tanto veladas conclusiones, desaparecen en el trascurso de la obra, en el que un convencionalismo á toda prueba la persigue hasta su terminación. En ésta vuela un convento, y una decoración de mucho efecto contribuye al éxito de la obra, que preciso es confesar fué satisfactorio, y que, apesar de los defectos indicados como zarzuela, llena, con ventaja sobre otras, su cometido, y procura al público un rato agradable, solaz, único fin que ha perseguido su autor.

La música lleva grabado el nombre de los reputados maestros que la han escrito; tiene números preciosos, como un *couplet* del primer acto, un bellissimo terceto del segundo y la diana y un dúo dignos del mayor elogio en el tercero.

Lástima es que la afición á la música alemana obligue á nuestros compositores á separarse de las huellas que marca el libro, el que esencialmente español y conjunto de episodios nacionales, nada dramáticos ni heroicos—única cosa que disculparía este alarde de escuela,—exige cantos populares, nacidos de la localidad, y si bien en algunos momentos este carácter se revela, como en el coro de introducción del segundo acto, escrito con el tema del popular zorcico, en el resto de

la obra se nota el abuso del metal y de todo cuanto constituye la citada escuela.

La interpretación, encomendada á las Srtas. Soler Di-Franco y Roca y á los Sres. Soler, Berges, Subirá, Guerra y Sigler, que hace un tipo admirable, contribuyó al éxito; sólo por este concepto se puede acudir al Teatro de Apolo, donde los actores rivalizan en el buen desempeño de las obras.

El cuadro de costumbres aragonesas, original de D. Francisco Gómez Errazci, que con el título de *Una capitulación* se estrenó en Novedades, está bien hecho, no tiene pretensiones, resulta muy agradable y obtiene un muy aceptable desempeño por parte de la Sra. Domínguez y los Sres. García y Corcuera.

En la primera representación de *La Traviata*, verificada en el Real á beneficio de las víctimas de Granada y Málaga, la Sembrich y Massini obtuvieron un tan ruidoso como justo y merecido triunfo; sus acentos nacían de ese deseo que engendran las almas, deseosas de llevar el consuelo á los que viven muriendo, entre los torcedores de la amargura y las angustias del sufrimiento.

A S. M. la Reina y las damas que han dispuesto tan benéfica función les cabe la gloria de haber logrado realzar su belleza y sus encantos con las lágrimas, preciosas joyas fundidas en el santo crisol de la caridad.

De *Las grandes figuras*, *Novillos en Polvoranca* y *Babolín*, hablaremos después que las hayamos visto.

RAMIRO.





## VARIEDADES



**B**ESTOS DE LA JEANNETTE.—En el verano último se efectuó un interesante descubrimiento en la punta meridional de Groenlandia. Sobre un témpano flotante á la entrada del golfo de Julianehaab, encontró un esquimal la parte inferior de una tienda y los restos de un arca de madera marcados con el nombre *Jeannette* y una piel de oso que cubría un cuerpo de la forma y tamaño de un cadáver humano; á causa de preocupaciones supersticiosas no se atrevió el esquimal á levantar la piel y ver si efectivamente había un cadáver. El esquimal recogió algunos de dichos objetos y los presentó al Gobernador de Julianehaab, quien envió en seguida á buscar todos los demás, pero no fué posible dar con ellos.

La *Jeannette* fué un buque que fletó el opulento propietario del *New-York Herald* y puso á las órdenes del capitán Delong, partiendo en 1879 en busca de la expedición de Nordenskiöld que había doblado la costa septentrional de Siberia é invernaba en una ensenada del país de los Tschuktschen. Partió de San Francisco y el 31 de agosto había alcanzado los cuarteles de invierno del *Vega*, asegurándose de que Nordenskiöld había marchado con toda felicidad; luego, siguiendo las instrucciones que le recomendaban practicara

un viaje de descubrimiento por el Norte, dirigióse la *Jeanette* en dirección de la tierra de Wrangel.

El 5 de setiembre de 1879 fué aprisionado el buque por los hielos, y durante veintiún meses permaneció fijo en un campo de hielo, siendo juguete de los vientos y las corrientes. Arrastrados en la dirección Nordeste durante estas largas derivaciones, los expedicionarios hicieron muchos descubrimientos de importancia, entre otros las islas del *Herald* y de la *Jeannette*, hasta ser aplastado el buque por los hielos el 13 de junio de 1881, quedando destruído á los  $77^{\circ} 30'$  de latitud Norte y  $155^{\circ}$  de longitud Este. Recuérdese también que la tripulación se dividió en tres destacamentos, alcanzando en parte el continente de la Siberia, muriendo casi todos á causa del frío y el hambre; uno solo de dichos destacamentos, dirigido por el ingeniero Melville, el teniente Danenhower y el naturalista Newcomb, volvió á Europa después de una triste odisea de sufrimientos y miserias.

Los restos encontrados pertenecen indudablemente á la expedición de la *Jeannette*, pero ocurre preguntar: ¿á qué distancia estaban del punto del desastre y después de qué viaje? El golfo de Julianehaab está á los  $46^{\circ}$  de longitud Oeste de Greenwich; han recorrido, por lo tanto, un camino de  $159^{\circ}$  de longitud, que equivale á 2.500 millas marinas ó sea á 4.700 kilómetros próximamente, en línea recta. El trayecto se ha verificado en 1.150 días, lo que representa una derivación media de 4 kilómetros al día.

¿Cuál ha sido la trayectoria de los restos antes citados? ¿Qué tierras desconocidas han visitado, y por qué sitios han arribado al Sur de Groenlandia? A estas preguntas no se ha podido contestar todavía.

\*\*\*

TEORÍA SOBRE LA FORMACIÓN DE LAS TEMPESTADES.—  
Según Luvini, profesor de física de Turín, el gran generador de la electricidad atmosférica está en las agujas de hielo que forman las nubes llamadas cirrus, cuyas agujas, agitadas por el viento, se cargan de fluído. Muchas veces se ha

notado que los granizos estaban electrizados positivamente, y así se explica los saltos que dan al tocar en tierra (las electricidades de igual nombre se rechazan). Los cirrus no permanecen inmóviles, puesto que tienden á bajar; resulta de aquí un rozamiento que los electriza positivamente, mientras que el aire prosigue su marcha cargado de electricidad contraria.

Si examinamos ahora las consecuencias que se desprenden de esta teoría, se ve que la electricidad, tal como se hace sensible con el auxilio de nuestros aparatos, depende de la altura de dichas nubes y de su potencial eléctrico. El aire no permanece cargado indefinidamente de electricidad negativa; una parte va en los estratos más altos de la atmósfera y produce las auroras boreales, otras partes se combinan, ya con la electricidad positiva de los cirrus que bajan y se liquidan en regiones más cálidas, ya con la electricidad negativa de los vapores que salen del suelo y de las aguas, ya, por último, permanecen libres en la atmósfera.

Para que se produzca una tempestad, son precisos dos elementos esenciales: una masa de aire cargada de vapor de agua y uno ó varios torbellinos ó trombas de eje vertical ó poco inclinado de muy baja temperatura. El primer elemento producirá solamente cúmulus: puede ocasionar la lluvia, pero nunca tempestad. El segundo elemento, si escasean las agujas de hielo, producirá algunas nubes de aspecto tempestuoso, y á lo sumo uno ó dos truenos nada más. Cuando dichos dos elementos se unen, entonces aparece la verdadera tempestad, cuya intensidad depende de la de aquellos dos factores. A veces es tal la fuerza del torbellino que llega hasta el suelo, constituyendo una tromba.

Se ha observado que las tempestades se suceden durante varios días seguidos, y casi á la misma hora; débese esto á que los torbellinos que las dan origen están agrupados en una línea más ó menos larga en el sentido de su movimiento. Pueden emplear algunos días en recorrer un país. Además, como no se produce la tempestad sino cuando hay en el aire una cierta cantidad de vapores, y la evaporación es mayor en las horas más calurosas del día, en este momento

es cuando hay también mayores probabilidades de que se forme la tempestad.

Llegada que sea la nube á su máximum de tensión eléctrica, veamos cómo se verifica la descarga. La nube no forma un todo compacto, y es muy mala conductora; de aquí tres maneras distintas para la recomposición de los flúidos.

Si la nube no es muy extensa y tiene toda ella una tensión próximamente igual, la recomposición se verifica de vesícula á vesícula, por decirlo así. Tiénese un ejemplo de esto frotando en la oscuridad la piel de un gato con la mano bien seca. Si es desigual la tensión de las diferentes partes de la nube, entonces se realiza la recomposición según la línea de menor resistencia, produciéndose una descarga en forma de relámpago. Este fenómeno, que puede presentarse entre nubes ó entre una nube y el suelo, va acompañado de un trueno, cuya sonoridad varía. Muchas veces se pregunta: ¿Dónde ha caído el rayo? Y se incurre en error al señalar la trayectoria que siguió por las habitaciones, por qué punto penetró, y por cuál se fué. Los distintos accidentes que se notan, provienen todos de una sola y única descarga, que ramificándose, tocó los objetos que se hallaban más á su alcance.

Esta teoría sirve para explicar también la formación de las tempestades en las erupciones volcánicas. La ceniza se electriza por su frotamiento con el aire húmedo. Constantes observaciones han comprobado este hecho, advirtiendo Palmieri que cuando el viento arrojaba hacia su observatorio el humo del Vesubio, estaba dicho humo electrizado positivamente si sólo se componía de vapor de agua, y negativamente cuando contenía cenizas. Todos saben que las erupciones volcánicas van acompañadas de truenos y relámpagos, cosa que se explica fácilmente. Con arreglo á la anterior teoría, en los torbellinos que lanza el volcán se electrizan las cenizas, verificándose la recomposición de los dos flúidos como en las tempestades atmosféricas.

\*  
\* \*

PLANTAS QUE CONSTITUYEN LA HULLA.—A. Carnot ha escrito una nota muy interesante sobre la composición y cualidades de la hulla, respecto á la naturaleza de las plantas de que está formada.

Hace mucho tiempo que se había observado que ciertos carbones grasos que se emplean en la forja son ricos en sigilarias, mientras que los carbones á propósito para la fabricación del gas contienen muchos helechos. De aquí dedujeron algunos geólogos que existe una relación inmediata entre las especies forestales y las hullas derivadas; otros han creído que proviene la diferencia de las condiciones en que se ha verificado la trasformación.

Generalmente se supone que hay una notable diferencia de composición química entre diversas especies vegetales; sin embargo, en dos clases de madera muy distintas, el roble y el pino, ha encontrado Gottlieb, de Copenhague, la siguiente composición elemental:

	C.	H.	O.	N.	Cenizas.
Roble.....	50,16	6,02	43,36	0,09	0,37
Pino.....	50,31	6,20	43,08	0,04	0,37

Igual semejanza existe entre las plantas trasformadas en hulla, como lo demuestra el estado siguiente, que contiene los análisis de diversas plantas fósiles halladas en la gran capa de Commentry; (A) y (B) son dos análisis de esta capa, hecho el primero por V. Regnault y publicado en su memorable trabajo sobre los combustibles minerales, y el segundo por el citado A. Carnot. (El número que se pone á la derecha de cada especie indica los ejemplares que se examinaron.)

	C.	H.	O.	N.
Calamodendron (5).....	82,95	4,78	11,89	0,48
Cordaites (4).....	82,84	4,88	11,84	0,44
Lepidodendron (3).....	83,28	4,88	11,45	0,39
Psaronius (4).....	81,64	4,80	13,12	0,44
			O. + N.	
Ptychopteris (1).....	80,62	4,85	14,53	
Megaphyton (1).....	83,37	4,40	12,23	
(A).....	82,92	5,30	11,78	
(B).....	83,21	5,57	11,22	

La cantidad de hidrógeno de la gran capa de Commentry, es un poco más considerable que la que existe en vegetales lo bastante bien conservados para que Regnault pudiera hacer su determinación botánica con el auxilio de la lente ó del microscopio; las hojas y restos vegetales de toda clase entran en la composición de la hulla, mientras que los ejemplares de las diferentes especies antes citadas se componen sobre todo de troncos, cortezas y raíces.

Hasta aquí hemos encontrado cierto parecido entre las diversas especies: véase la divergencia: cuando se destilan los precitados vegetales se obtienen los números del estado siguiente, que va seguido del análisis (B) de la hulla de la capa de Commentry.

	Materias volátiles.	Residuo fijo.	Aspecto del cok.
Calamodendron.....	35,3	64,7	Bien aglomerado.
Cordaites.....	42,2	57,8	Bastante hinchado.
Lepidodendron.....	34,7	65,3	Bien aglomerado.
Psaronius.....	39,5	60,5	Un poco hinchado.
Ptychopteris.....	39,4	60,6	"
Megaphyton.....	35,5	64,5	Bien aglomerado.
(B).....	40,6	59,4	Un poco hinchado.

Resumiendo: las experiencias de Carnot demuestran que la edad de la hulla y las diversas circunstancias que han presidido á su formación, no son las que únicamente influyen en sus propiedades; cuando todas estas circunstancias han sido absolutamente idénticas, las diferentes especies forestales han producido hullas de calidad también diferentes.

R. A. SEREIX.





# SATANELLA

POR

G.-I. W. WHYTE MELVILLE

CONTINUACIÓN (I)



ODO el mundo afecta despreciar los anónimos. Es sin duda máxima prudente que semejantes comunicaciones deberían inmediatamente arrojarse al fuego y olvidarse como si no hubiesen jamás existido. Y, sin embargo, no pueden menos de causar cierta ansiedad y á veces pesares serios. La picadura es venenosa, por más que proceda de un insecto minúsculo y despreciable, y el golpe no es menos venenoso por haber sido asestado en la sombra.

La carta que hemos reproducido era la más á propósito para excitar en alto grado la irritación y la contrariedad en un carácter como el del General. No hay que decir que le molestaba de una manera horrible. Leal en todas sus acciones, se sentía completamente violentado ante un misterio ó

(1) Véase la pág. 344 del tomo LIV.

un fraude. Nada probaba de una manera más evidente el sincero cariño que el General sentía por la Srta. Douglas como la fuerza de voluntad con que sujetaba á ciertos tormentos y enojos que atormentan siempre á viejos y á jóvenes en sus amores.

¡Ah! ¡qué peligros rodean al hombre que maneja el hierro frío! dice Hudibras. Pero ¡cuánto más expuesto está aquél que prefiere calentar su espada, desde la punta al puño, en las llamas de sus propias afecciones, y no puede sacarla ni siquiera para su defensa personal sin quemarse los dedos! Después de una edad ya madura, después de muchos años pasados en medio de fatigas y agitaciones, durante los cuales había alcanzado cierta fama militar, el General se encontraba en el período de la vida en el que se aprecia y se desea cada día más el bienestar y el reposo; nada podía serle más desagradable que el papel que desempeñaba, papel sólo sostenido por los encantos de la que se lo había impuesto y por la esperanza de ganar la partida á fuerza de ser fiel y perseverante.

Aunque á veces le molestaba el pensamiento de la pesadez del fardo con que había cargado sus hombros, ya encorvados bajo el peso de los años, no quería nunca retirarse de la lucha ni cejar un instante en sus esfuerzos para alcanzar el fin que se proponía.

Veinte veces estuvo á punto el General de destruir una carta que le causaba tantos tormentos, y veinte veces le detuvo la reflexión de que aquella arma pérfida podía serle provechosa empleada contra el enemigo con sinceridad y franqueza. Después de haber tragado mucha saliva, mandó disponer su caballo, vistióse con esmero y se fué á casa de la Srta. Douglas.

Así que entró en aquella casa tuvo que tropezar con el criado que retiraba del comedor el lunch intacto, y mientras subía la escalera llegaban á sus oídos los brillantes ecos del piano. Cuando la puerta del salón se abrió, la Srta. Douglas, dejando de tocar, se levantó y manifestó, al volverse para saludar, un rostro extraordinariamente pálido que conservaba huellas de lágrimas recientes.

Todo el imperio que el General tenía sobre sí mismo se desvaneció ante aquellas señales de aflicción.

—Habéis llorado, querida—dijo cogiendo una mano de la joven y oprimiéndola amorosamente con sus labios.

No era mal principio. Había estado hasta entonces tan ceremonioso y lleno de respeto, que en nada se había parecido á un amante. Pero ahora que la veía desgraciada, se mostraba como en realidad era, y Blanca no lo sentía por cierto.

Retiró su mano, pero de una manera más amable y dulce que de costumbre, rogándole que no hiciese caso de la agitación en que la veía.

—Estoy nerviosa—dijo.—Lo estoy muchas veces. No comprendéis esto vosotros los hombres; pero más vale que esté así que de mal humor.

—¡De mal humor!—repitió el General.—Podéis estar de tan mal humor y tan nerviosa como os plazca... Solamente exijo que cuando necesitéis un apoyo me toméis por tutor, y sea yo sobre quien descarguéis la necesidad de reñir.

—Sois demasiado bueno—dijo ella.

Y sus negros ojos se humedecieron de nuevo. Entonces él se sentó al lado suyo y volvió á tomarle la mano.

—¡Sois excesivamente bueno para mí!—prosiguió Satanela.—Cien veces os lo he dicho. ¿Debo confesaros, General, por qué estaba yo... por qué estaba yo como loca hace un momento y pensaba en vos cuando entrasteis?

—Si es algo que dé pesadumbre—respondió,—prefiero no oirlo. Quiero ser el huésped de los días radiantes y no de los días sombríos de vuestra existencia.

La joven sacudió la cabeza.

—Cualquiera que esté mezclado con mi existencia—dijo—ha de condenarse muchas veces á vivir en las tinieblas. A este punto he llegado. Ya es tiempo, General, que nos comprendamos mutuamente, porque conozco que puedo deciros cosas de las que no quisiera que nadie más trasluciera una palabra. Sois tan discreto, tan lleno de honor, y de un honor tan escrupuloso y ridículamente exagerado... que por esto mismo os quiero.

—Mi mayor deseo es que me améis cada día más—dijo el

General manifestándose agradecido.—Me esforzaré en merecerlo.

—Se dice que el tiempo hace milagros—respondió ella pensativa,—y comprendo que debe ser así. Sí, así sucederá, ya lo sé. Pero hay cosas que tengo que deciros ahora, mientras tengo valor para ello. Os prevengo que estoy pronta á sufrir todas las consecuencias de la confesión que voy á hacer. Os he engañado de una manera que no podíais imaginar ni perdonaréis nunca.

—Es lo que algunos creen—observó el General con frialdad, sacando de su bolsillo el anónimo.—No os habría yo molestado con semejante galimatías; pero puesto que me habéis elegido esta mañana para que sea el padre confesor vuestro... mejor es que paséis la vista á esa notable producción antes de que la arrojemos al fuego.

Puso el papel en manos de Satanella, y luego fué á colocarse junto á la ventana, de manera que no pudiese ver el rostro de la joven durante la lectura, y este acto de indulgencia no pasó desapercibido para una mujer de la delicadeza de Blanca Douglas.

Sin embargo, antes de llegar al final de la carta, su temperamento, en absoluto excitable, la había arrastrado á tomar de nuevo una actitud hostil; sus ojos centelleaban, sus cejas se arrugaban, y cuando dijo al General que se volviese y la mirase de frente, su palabra breve y conmovida tenía todo el acento de la amargura y de la ira.

—Esto es una acusación en forma—dijo pálida y nerviosa.—Aquí comparezco como delincuente, y en tal concepto me siento en el banco de los acusados; pero declaro desde luego que no tengo que ofrecer excusas ni que presentar defensas. Bonita posición es la mía, en verdad; he sido bastante necia para aceptarla, y he de tener ánimo para arrostrarla. Interrogadme como os plazca, que dispuesta estoy á responder á todo.

—¿Me contestaréis lealmente—repuso el General,—sin argucias ni ocultaciones y de una vez para siempre?

—No tengo la costumbre de esquivar la verdad en mis contestaciones—respondió la joven con altanería.—Jamás

he temido hasta ahora las consecuencias de ninguna de mis palabras ni de mis acciones, y lo que digo podéis estar seguro que lo pienso.

Una expresión desacostumbrada de confianza y de energía se pintó en el rostro del General. Al encontrarse Blanca con aquella mirada llena de firmeza, se imaginó que el mismo talante debía él tener en los momentos en que, montado á caballo, desbarataba los columnas de los cipayos y se echaba sobre los cañones rusos. Era indudablemente un hombre de valor, un corazón atrevido y bueno.

¡Ah! ¡si hubiese contado veinte años menos, ó diez siquiera!

Su voz tenía quizás menos entonación que de costumbre, pero cada sílaba caía de sus labios limpia y clara, cuando dijo, clavando francamente y sin temor sus penetrantes ojos en los de su interlocutora:

—Responded entonces á mi pregunta, Blanca, y de una vez para siempre. Habladme sin vacilaciones ni tardanzas. ¿Queréis ser mi mujer?

—Dejadme que os explique primero...

—No pido ninguna explicación ni escucharé ninguna. Suponed que yo dé fe ciega á las vagas acusaciones de una calumnia anónima...; suponed que os crea yo falsa y voluble, os tenga por una coqueta vulgar y me considere yo mismo como un viejo loco...; suponedlo todo, todo lo que queráis, pero responded desde luego á la pregunta que os dirijo del fondo del alma. En cuanto á esa carta que está en mis manos, diga verdad ó mentira, no me importa un ápice y altamente la desprecio.

Tenía el papel como dispuesto á desgarrarlo para arrojar al fuego sus pedazos. Pero ella le tocó ligeramente el brazo, murmurando en voz bajo:

—No la destruyáis antes de que haya yo respondido á vuestra pregunta. ¡Os digo que sí!.. No hay nadie como vos en el mundo.

No es nuestro propósito entretenernos ahora en repetir banalidades sobre la desconsoladora persistencia de la locura en viajar de pareja con la vejez. Es imposible adivinar á qué

extravagancias se hubiera dejado ir el General, en su alegría, si Satanella no le hubiese parado desde el principio.

—Sentaos aquí—dijo la joven indicándole un extremo del sofá, mientras que ella se colocaba también en una butaca en el ángulo más distante de la chimenea.—Ahora que ya habéis hablado, á mí me toca. ¡Silencio! ¡Está bien! Ya sé lo que vais á decirme. No dejéis vuestro asiento, callaos y oidme.

—La obediencia es el primer deber de un soldado—repliqué con tono alegre;—me estaré tan silencioso cuanto pueda.

—Tengo ahora el derecho de explicarme—continuó ella gravemente.—Creedme. Aprecio como se merece, no olvidaré nunca ni jamás hubiera podido pretender la confianza que hoy me habéis manifestado... Estad seguro que, cuando alguien demuestra tanta confianza, sin reserva, como lo habéis hecho, es imposible que nadie trate de engañarle. Siempre os he honrado y hoy os admiro. Pero comprendo ahora que merecéis mucho más que estimación y respeto. Cualquiera mujer puede estar orgullosa y ser feliz... sí, feliz con perteneceros... Pero si yo he de ser mujer vuestra... No me interrumpáis. Pues bien, ahora que he de ser mujer vuestra, es preciso que me permitáis decíroslo todo, todo, ó de lo contrario retiro mi palabra.

—¿Por qué?—dijo él chanceándose.—Me parecéis muy bien como sois, y no deseo saber nada.

Pero la Srta. Douglas, sin hacerle caso, prosiguió su confesión, vacilando y con rubor en la frente.

—Me habéis prestado dinero, ya lo sabéis, y hasta debería yo decir que me lo habéis dado, porque estoy absolutamente segura de que nunca confiásteis en que pudiese yo devolvéroslo. Era una cantidad muy grande... No me contradigáis. Era una cantidad muy grande, y me admira haber tenido atrevimiento para pedíroslo. Pero no era para mí; yo no lo necesitaba. Era para salvar de una completa ruina á un antiquísimo y muy querido amigo.

—Ya lo sé todo—interrumpió alegremente el General.—Al menos, puedo adivinarlo. Estoy muy satisfecho con que aquél dinero se haya empleado de una manera tan buena.... Pero eso, son negocios vuestros y no míos.

—Y jamás me habéis preguntado á quién dí aquella suma —repuso ella en tanto que sus grandes ojos negros se cubrían nuevamente de lágrimas.

—Mi querida Blanca—respondió el General,—yo me creí muy dichoso con poderos prestar un servicio. Aquel dinero era vuestro, y teníais el derecho de disponer de él como mejor os pareciese; no quiero saber nada más de esto, ni ahora ni nunca.

—Es preciso, sin embargo, que lo sepáis todo—insistió Satanella.—Muchas veces he estado á punto de declararos la verdad, pero siempre nos lo ha estorbado algún incidente, y una vez que principié mi confesión, las palabras espiraron en mis labios. Escuchadme: Ya sabéis que no soy ya muy joven....

El militar se inclinó en silencio, pensando involuntariamente que si ella no era ya muy joven, él era en cambio bastante viejo.

La Srta. Douglas continuó fijando sus ojos en su interlocutor como si hubiese querido leer en lo más íntimo de su alma.

—Naturalmente, he conocido á muchísima gente en mi vida y he tenido algunos grandes amigos; es decir, verdaderos amigos.... por quienes hubiese hecho sacrificios en caso dado. Entre ellos, se encontraba el Sr. Walters, á quien yo tenía la costumbre de llamar Bellorita. General, yo... yo le quería más que á los otros, más que á nadie en el mundo...

—¿Y ahora?—preguntó el General con ansiedad, pero sin embargo, con la frente levantada.

—Ahora sé que estaba yo equivocada. Pero no se trata de esto. Pues bien; después de aquella fatal carrera en que mi hermosa yegua hubiera debido ganar el premio y no lo ganó, yo sabía que Bellorita..., quiero decir el Sr. Walters, había perdido mucho más de la que podía pagar; en una palabra, que estaba arruinado, y lo que es todavía peor, que no podría ya presentarse en público á no ser que alguno le ayudase. Yo no tenía aquel dinero, ni siquiera la centésima parte... Os lo pedí entonces, y.... y se lo envié todo. Ya sabéis ahora la verdad completa.

—Ya la sabía hace tiempo—dijo el General en voz más baja.—Pero, Blanca, ¿la sabe él también?...

—¡Bondad divina!—exclamó la interpelada.—No, no sabe nada, así lo espero, pues tomé todas las precauciones imaginables. ¿Veis la posibilidad de que lo sepa? ¿Qué deberé yo hacer en tal caso? ¿Qué me aconsejáis, General?

Este se sonrió, observando que su prometida empezaba ya á contar con su consejo y augurando bien de este cambio de proceder. Es probable que hubiera respondido en términos extremadamente afectuosos, si en aquel momento no se lo hubiese estorbado la presencia de un sirviente que acababa de presentarse para anunciar una nueva visita con voz sonora.

—¡El Sr. Walters!

Satanella se puso pálida como la cera, y murmuró rápidamente:

—¡Quedaos, oh, quedaos, os lo suplico!

Pero el General, que se había levantado y tenía ya en la mano el sombrero, se despidió de la dueña de la casa con un aire de buen humor y confianza que á ambos honraba, saliendo después de saludar cordialmente al recién venido.

—Creo que he ganado la partida—murmuraba el viejo soldado, volviendo á montar con agilidad el caballo que pafaba delante de la puerta de aquella casa;—creo haber ganado, aunque dejo al enemigo en la plaza.

## CAPÍTULO XXV

### UNA RESPUESTA

Bellorita, cuyo pelo cortado al rape indicaba que estaba en vísperas de algún suceso importante de su vida, entró en el salón con la lastimosa cara de un visitante que no está del todo seguro de la acogida que le espera.

Aunque, al juzgar por sus modales, ordinariamente alegres y resueltos, no le faltaba cierto aplomo, cierto nervio, como dice la generación de ahora, toda su audacia parecía abando-

narle, y se plantó en medio de la alfombra con su sombrero en la mano, como aquel pobre novio tan aturullado en Netherly, que permanecía allí con los brazos colgados y balanceando su gorra con plumas, mientras que su prometida y la que la acompañaba ponían los ojos muy tiernos al joven Lochinvar.

La Srta. Douglas necesitaba también respirar un momento para recobrar el imperio que sobre sí misma tenía. Después de haberse dado ambos la mano, pasó por lo menos un minuto antes que pudiesen decirse una palabra.

Comprendieron lo ridículo de tal situación; pero la joven fué la primera en recobrar su presencia de espíritu, y con una sonsisa muy natural deseó la bienvenida á su huésped con motivo de su regreso á Inglaterra, informándose de las últimas noticias de Irlanda.

—Habréis estado en Cormac, por supuesto—dijo.—Habladme de Lady Mary y de vuestra linda amiguita Norah. Espero que os habrán encargado para mí algún recuerdo.

El se puso encarnado hasta los ojos y dió vueltas á su sombrero como si hubiera querido meterse en él y ocultarse en su fondo para librarse del examen de su interlocutora.

Blanca vió que se encontraba en el terreno más ventajoso, y por momentos recobró valor para sobreponerse y ahogar los agudos dolores que le destrozaban el alma.

—Me admiro de que Norah os haya dejado venir á Londres—prosiguió con una nueva sonrisa tan forzada como la primera.—Supongo que no tenéis más que un permiso de corta duración, y que entrará en vuestro plan volveros pronto. ¿Queréis la yegua negra para montarla mientras que aquí permanezcáis? La he cuidado mucho y está soberbia.

El esfuerzo que tuvo que hacer para pronunciar estas últimas palabras la hizo conocer la necesidad que tendría de todo su imperio sobre sí misma para llevar á término aquel lance en que se encontraba comprometida.

Dió él las gracias por el ofrecimiento en términos bastante afectuosos, pero su acento era tan serio y triste, que Blanca no pudo perseverar en su afectada ligereza.

—¿Qué tenéis?—preguntó con voz conmovida.—¡Bellori-

tal... ¡Sr. Walters! ¿Qué hay? ¿Os he ofendido? No era más que una chanza lo que he dicho de Norah.

—¡Ofendido!—repitió Bellorita.—¿Cómo puedo yo ofenderme de nada que de vos venga? Pero dejemos á la Srta. Macormac y á *Sátanella*; no he venido aquí para hablaros de la una ni de la otra, sino para daros las gracias por vuestra amabilidad generosa.

—¿Qué queréis decirme?—preguntó muy asustada.—Vos fuísteis el generoso, puesto que me regalasteis el mejor caballo de caza de vuestra cuadra sin que os lo pidiese.

—Y ¿quién ha pagado mis deudas?...—exclamó Bellorita que recobraba su voz y su valor al abordar aquel asunto importante.—Srta. Douglas, es inútil que neguéis vuestra buena acción ni pretendáis ignorar su alcance. Ayer supe el nombre del *bienhechor desconocido*. ¡Aquel dinero me ha salvado de una ruina completa y quizás de la deshonor! Sí, sin vos, hubiera quedado deshonrado como si hubiese cometido un crimen y tal vez me hubiesen arrojado en una cárcel...

—Es cierto que tenéis todo el aspecto de salir de una cárcel, con esa cabeza afeitada—observó ella queriendo manifestarse risueña.—¿Por qué os habéis hecho cortar tanto el pelo? ¡Estáis así horroroso!

—¿Qué importa mi cabeza afeitada?—repuso él algún tanto desconcertado por aquella interrupción.—Me he apresurado á acudir para daros las gracias de todo corazón, como á la mejor amiga que he tenido nunca en la tierra.

—Pues bien; ya lo habéis hecho ahora—dijo ella,—y basta de este asunto. Hablemos de otra cosa.

—Pero es que no he acabado—protestó Bellorita;—no os he dicho ni la mitad de lo que tengo que deciros, ni la cuarta parte de lo que siento. Me habéis manifestado que me considerabais como un amigo íntimo y querido; me habéis probado de la manera más elocuente vuestra estimación y confianza. Todo ello me lleva, ó más bien me invita, ó si es menester me anima á... esperar ó á persuadirme que es posible que... En una palabra, Srta. Douglas, ¿no podéis ayudar á un muchacho cuya lengua se traba y no sabe salir del atolladero?

Blanca hubiera deseado verle divagar confuso durante una hora en busca de las expresiones convenientes. Nada más que el pensamiento de estar en el umbral de aquel paraíso de que debía apartarse para siempre, era para ella cosa deliciosa. Por esto, se guardó de interrumpirle hasta tanto que él hubo de pararse por falta de palabras.

—¡Vuestra gratitud es absurda!—dijo ella.—Cualquier amigo, pudiendo, hubiera hecho otro tanto. Es cosa demasiado pequeña para motivar tantas historias. Me alegro de haberos sacado del compromiso; pero no hablemos más de esto.

—Siempre fuisteis generosa —exclamó el capitán.—Mereceríais ser un hombre, lo he dicho cien veces... Sin embargo, es una fortuna de que no lo seáis, porque entonces no podría yo dirigiros una petición, que no sé por cierto cómo formular de una manera conveniente.

Blanca se puso pálida como una muerta. Había llegado, pues, aquel instante que esperaba en otro tiempo como la luz de una felicidad demasiado exquisita para los sentidos de una mísera mortal. Sus labios tocaban el borde de la copa encantada, pero no había de beber en ella; era preciso apartar los ojos del brebaje engañoso... Y sin embargo, en aquel mismo momento experimentaba cierta impresión desagradable en medio de su propio triunfo; vagos temores de que el licor ofrecido era menos sabroso de lo que hubiera deseado, como si el frasco de que procedía hubiese sido ya destapado para apagar la sed de otra mujer.

—Vale más no pedir nada—dijo—cuando las palabras no se presentan por sí mismas... y la respuesta no puede menos de ser negativa.

El capitán no supo conocer toda la intensidad del regocijo interior que le causaban estas palabras, el tono doloroso de la voz de Satanella, ni el estremecimiento de angustia que recorría sus facciones, semejante al vacilante reflejo de una llama en un busto de mármol. Ella deseaba no molestarle, y no se fijaba en los propios y crueles sufrimientos que la desgarraban. Temía para él la posibilidad de una mortificación semejante á la que ella sentía, y de buena gana hubiera aplazado el golpe que se veía obligada á darle.

Pero Bellorita estaba resuelto, por muy buenas razones sin duda, á provocar obstinadamente su suerte, tanto más, cuanto veía que su interlocutora trataba de tener excesivas deferencias.

—Soy franco—dijo—y... y bastante recto por lo que suele suceder en los tiempos que corremos. No tengo la costumbre de dar estos pasos... en atención en que jamás me he visto como hoy en el caso de hacer una petición de este género... Es menester que no os extrañéis, Srta. Douglas, si no lo hago en debida forma. Así pues... es decir, me ha parecido muy extraño que hayáis intervenido en mis asuntos y pagado mis deudas... ¿No creéis que yo debo... ó mejor dicho, no creéis que vos deberíais?... En una palabra, he venido expresamente para pedir vuestra mano. Ya sé que no soy para vos tan bueno como debería y que no faltan muchachos, lo sospecho, que os convendrían quizás mucho mejor para marido. Pero ya está dicho; veamos, y fuera broma... ¿Queréis probar fortuna conmigo?

La Srta. Douglas temblaba de una manera terrible mientras que escuchaba con rostro pálido y enojado, descoloridos los labios y entreabiertos por una sonrisa forzada. Y no era falta de costumbre en oír solicitudes semejantes, puesto que, sin ir más lejos, había tenido que sostener otro asalto parecido momentos antes. Ciertamente, debe ser más irritante para el sistema nervioso aceptar que negar una proposición de matrimonio, pero apenas hubiera podido ella sufrir entonces una emoción más profunda, si la balanza hubiese vacilado entre la vida y la muerte.

Con todo, era un corazón valiente el suyo, sin lo que no hubiera logrado contenerse con tal firmeza ni reunir bastantes fuerzas para responder con voz reposada y tranquila:

—Hay cosas en las que vale más no pensar, porque no pueden ser, y entre ellas está la que me pedís.

¡Si hubiese sabido Blanca lo que en el alma de Bellorita pasaba! ¡Si hubiese sospechado que aquellas palabras, que eran para ella una sentencia, serían para él un favor inmenso!

Sin embargo, Bellorita se sentía un poco molestado en su

amor propio. Es cierto que se había escapado de una buena, y se alegraba seguramente por ello; pero sentía también cierto despecho al ver que era tan insignificante el peligro que había corrido.

—¿Es vuestra última palabra?—dijo.—Pues entonces perdonadme por haber sido tan presumido, y... y no olvidéis que he venido á pedir vuestra mano.

—¡Olvidar!..

Satanella no dijo más que esta palabra; pero era preciso que un hombre fuese sordo y ciego para no observar el tono con que había sido pronunciada y la mirada que la acompañó.

Temiendo entonces Bellowita que hubiese conmutación de pena y revocación de sentencia, se dispuso inmediatamente á salir, yendo á coger su sombrero.

Ella puso la mano en su garganta como si se ahogase, pero llegó á dominarse pronto é hizo un esfuerzo para hablar clara, distintamente y por última vez de aquel asunto.

—No creáis que desdeñe vuestro ofrecimiento—dijo haciendo esfuerzos grandes para dominarse,—no me creáis caprichosa, voluble ó insensible. Si no debéis hacerme feliz, es muy cierto cuando menos que me habéis hecho muy orgullosa. Creo que me habría mostrado digna de vuestra elección, si los sucesos me hubiesen permitido llegar á ser mujer vuestra. ¿No es verdad que no estaréis enfadado conmigo ni me aborreceréis porque tal cosa sea imposible?

—¡No, ciertamente!—exclamó Bellowita con viveza.—No creáis semejante cosa, os lo ruego, ni os atormentéis por causa mía.

—Soy digna de ser amiga vuestra—repuso entristecida y tal vez contrariada por aquella notable abnegación,—y como tal os debo algunas explicaciones. Os he dicho que no quería ser esposa vuestra, y debiera haber dicho que no podía. Si me niego á ello, es que... voy á deciros la causa con toda franqueza... es que he dado á otro mi palabra.

—¡Os felicito con toda mi alma!—exclamó alegremente Bellowita, sin manifestarse en lo más mínimo pretendiente chasqueado.—¡Espero que seréis tan dichosa como merecéis

serlo! ¿Cuándo se verificará la boda? Confío en una invitación. Decidme ¿queréis mandármela?

El corazón de Blanca se oprimió dolorosamente. Ni siquiera le preguntaba el nombre de su rival, y era seguro que si hubiese sido él mismo el preferido, no habría manifestado tanta satisfacción como la que en su rostro se leía en aquel momento.

—No lo sé—respondió ella, moviendo tristemente la cabeza.—En todo caso, lo cierto es, que no volveré á veros en mucho tiempo. Adiós, amigo.

Y le tendió una mano helada, temblando de una manera violenta.

—Adiós—dijo él, oprimiéndola cordialmente.—Adiós, nunca me olvidaré de vuestras bondades.

Después salió, y la puerta volvió á cerrarse.

Entonces Blanca se dejó caer en un sofá, donde permaneció sentada sin movimiento, con los ojos fijos en la pared, hasta que á la claridad del día sucedió la oscuridad de la noche, y el criado trajo luces. En aquellas largas horas, durante las que había permanecido inmóvil como una estatua, no había llorado, gemido, ni murmurado frases entrecortadas. No había hecho más que repetir una pregunta:—¿Amo yo á este hombre?... Y si le amo, ¿cómo podré nunca llegar á ser la mujer de otro?

## CAPÍTULO XXVI

### UN TÉ ANTES DE LA COMIDA

—Quisiera que vinieras también conmigo, Bellowita. No puedes figurarte lo que me fastidia verme solo con tan altos personajes.

—No me atrevo—respondió Bellowita.—Se burlarían demasiado de mí, si supiesen lo que acaba de sucederme. Es-

toy á tu disposición para todo lo que tú quieras, menos para esto.

—Entonces será preciso que me conduzca yo allí como pueda, sin consejos de nadie—dijo tristemente su amigo.—¿Por qué no ha dejarme en paz esa señora con sus exigencias? No veo la utilidad de tales manejos.

—La utilidad la ve ella—replicó Bellorita.—Ninguna mujer en Londres sabe mejor lo que se hace que la Sra. Lushington.

—¿Qué quieres decir?—preguntó su camarada muy ignorante de las cosas del mundo.

—Pues bien, has de saber—explicó Bellorita—que una de las mayores ventajas que hay en vivir en esta sucia ciudad, es que no se tiene ninguna clase de obligación con los demás vecinos. La gente no se mete ni poco ni mucho en lo que hagas mientras sigas tu camino sin estorbar el suyo. Te dan lo que mejor tienen y no te pipen nada en cambio, si estás dispuesto á manifestarte contento con verles cuando te encuentras con ellos y á no olvidarles demasiado pronto. Este es el secreto de las visitas de la mañana, de las tarjetas, de los regalos de boda y de todas las farsas de este género. Ahora bien; la Sra. Lushington va á casa de todos, y no da nunca bailes, conciertos, ni siquiera comidas; pero dice á sus amigos: Os quiero tiernamente, no puedo vivir sin vosotros; venid á mi casa todos miércoles, durante la estación, menos el día del Dervy, por la tarde, de cinco á siete. ¡Prometo estar en casa y daros una taza de té! Así con seis cuartos de leche y un poco de agua caliente, paga á montón la hospitalidad de una multitud de personas. Así, ella está contenta, el mundo está satisfecho, y sólo tú te quejas. ¡Qué farsa! ¡Te doy mi palabra que me alegro mucho de que todo esto concluya pronto para mí!

—Pero, ¿no dejarás el regimiento?—preguntó afectuosamente su camarada.

—No es esa mi intención—respondió Bellorita en el mismo tono.—A Norah le gusta la carrera militar, y al viejo Macormac le importará poco lo que hagamos, con tal que vayamos á visitarle durante la estación de la caza. Por otra

parte, mi tío, al dejarme parte de su fortuna, lo que ha hecho muy á tiempo, convengo en ello, me impuso entre otras condiciones la de seguir en el servicio.

—No has empleado mucho tiempo en redondearte—observó Bill admirado.—Todavía no hace un mes que quedaste arruinado en Punchestown, y ya eres hoy novio de una joven, después de haber pedido, en ese intervalo, la mano de otra. Dote, ajuar, madrina, todo está dispuesto; y además, un Obispo probablemente para celebrar el matrimonio.

A fe mía, Bellorita, te aseguro, que tengo empeño en que sea mi tío el Obispo el que os eche las bendiciones, y quiero indicárselo desde luego.

—Lo que has de hacer ahora es irte del parque al momento—replicó Bellorita,—si es que no quieres que te noten como ausente en el ejercicio. Ya sabes, Bill, que lo primero es la obligación, y que ya es tarde.

Los dos jóvenes se habían parado en aquel momento delante de Albert Gate, después de haber pasado agradablemente media hora en dos sillas, mientras que desfilaba delante de ellos la variada muchedumbre que llena Hyde Park todas las tardes de verano. Bellorita era mucho más afortunado de lo que esperaba y merecía serlo. Después de la negativa de Santanella, viéndose en libertad para seguir las inclinaciones de su corazón, pidió, sin pérdida de tiempo, la mano de Norah Macormac. La inesperada magnificencia de un tío suyo había prevenido las objeciones que hubiera podido oponer la carencia de fortuna, y la boda estaba acordada así que concluyesen las diligencias necesarias. Sin embargo, con motivo de los recientes pasos que había dado por gratitud para pedir la mano de la Srta. Douglas, le convenía que su actual compromiso permaneciese por el momento en un profundo misterio.

Apesar de lo mucho que conocía al mundo, Bellorita no podía sospechar que aquel secreto que conocían sólo cinco ó seis personas, llegase á ser del dominio de más de cincuenta.

Como un hombre en su situación no suele desear más sociedad que la de sus pensamientos, preferimos ahora acompañar á Bill, que se encaminaba de tiros largos hacia Belgra-

ve, atravesando con precaución las calles llenas de barro, maldiciendo las cubas de riego y esforzándose por librar de toda mancha el barniz de sus botas hasta la puerta de la casa de la Sra. Lushington.

Casi le faltó valor para entrar al ver la larga fila de los coches que estacionaban delante de la casa de su rubia Egeria y la multitud de lacayos agrupados en la acera y en las gradas del portal. Ningún hombre tenía más valor que Bill para montar á caballo, batirse, nadar ó arrostrar cualquier peligro físico; pero cuando se trataba de señoras, perdía los estribos; ya fuese una, ya fuesen muchas, sus manos se ponían frías y su rostro abrasado. El roce de la muselina era para él lo que el ondear de un estandarte para un caballo de batalla experimentado, es decir, el anuncio de un desconocido peligro, una causa de turbación y de susto.

Consiguió, sin embargo, vencerse á sí mismo y subió la escalera con sudor en la frente, sin duda alguna; pero sostenido por la energía del que se desespera. Felizmente se hallaba la dueña de la casa en la puerta del salón, y su amabilísima acogida hubiera sido capaz de serenar al más tímido de los hombres.

—Sois un buen muchacho—murmuró dándole un apretón de mano.—Casi he llegado á temer que no vendríais. Permaneced cerca de la puerta mientras voy á saludar á la Archiduquesa. Vuelvo al instante. Tengo que preguntaros algo.

(Se continuará.)





## CRÓNICA POLÍTICA

### INTERIOR

**M**OVIDO y batallador se presenta el mes primero del año. Después de la pasada sorpresa producida por el discurso del Marqués de Novaliches, vino otro discurso del Sr. Moyano, que no correspondió á los pronósticos ni satisfizo las aspiraciones de la oposición fusionista. Y á la par de la fatigosa cuestión estudiantil, que con tanto empeño se ha querido llamar conflicto universitario, han surgido los violentos debates acerca del famoso telegrama que transmitió á un periódico de los Estados Unidos, al *New-Herald*, el tratado de comercio que afecta á las Antillas.

A no tardar, vendrán una interpelación y otra más, y se debatirán en todos los tonos las negociaciones habidas entre España é Italia y el Vaticano con motivo del discurso pronunciado por el Sr. Pidal, y se hablará en estudiadas frases de las medidas sanitarias, se ponderarán las persecuciones contra la prensa, se lamentará la política exterior del Gabinete, y se crearán sin tregua y de una manera interminable, obstáculos de todas clases á los gobernantes.

Entretanto, dormirán proyectos de ley importantísimos y tal vez urgentes, la pasión política absorberá á las Cámaras,

no se remediarán los males en la medida de lo justo, y el país se preguntará de nuevo si las más enconadas luchas por el poder han de ser siempre las preferentes tareas de los padres de la Patria y de los partidos que forman los dos Cuerpos Colegisladores.

La cuestión estudiantil está con exceso agotada. Las demás no debieran tampoco robar un tiempo tan largo y precioso. Sin embargo, hay que repetir eternamente cargos y descargos, sofismas y argumentos, por más que los pueblos sepan ya á qué atenerse respecto á la significación de tan infructuosas reyertas y de los fines interesados que no pocas veces se persiguen.

La conducta de oposición vigorosa é intransigente que para los debates parlamentarios se trazaron los senadores y diputados reunidos el 26 de diciembre, se seguirá sin consideración alguna, según vemos. El Gobierno y las oposiciones se encuentran frente á frente; parece que hay deliberado propósito de acudir á todas las armas, y la palabra cuartel es desconocida en estos casos, y no existe en el vocabulario de la política española.

Lo más sensible es que esto suceda cuando el comercio y la industria necesitan auxilios, muchos jornaleros no tienen trabajo, Andalucía sufre horribles terremotos é inmensas miserias, y España entera se conmueve ante el espectáculo de tantas y tan imprevistas desgracias.

Pero, vamos por partes.

\*  
\*\*

Mal hicieron en no ponerse previamente de acuerdo los catedráticos quejosos del Gobierno en la cuestión de los motines estudiantiles. Mientras que unos declararon en el Senado que no era cuestión política, afirmaban otros que lo era, y ni siquiera faltó quien asegurase que el conflicto universitario mataría al Gobierno. Desde un principio descubrimos nosotros las tendencias del motín, y no tenemos para qué repetir la opinión sincera, que ya todas las personas imparciales abrigan.

La nota aguda de estos debates en el Senado ha sido la intervención del Sr. D. Manuel Silvela, honrado por el actual Gobierno con el elevadísimo cargo de Embajador de España en París. Su discurso fué mesurado en la forma y precedido de protestas de adhesión al partido que dirige el Sr. Cánovas, pero... lamenta los sucesos universitarios, lamenta que no se hicieran intimaciones á los escolares amotinados, que el Gobernador no haya mandado un recado de atención al señor Pisa Pajares, y que no se hubiese luego accedido á la petición de algunos catedráticos que, después del hecho de fuerza, pedían para discutir acerca de lo ocurrido la reunión del claustro universitario.

Nosotros seguimos creyendo, no obstante, que ante un verdadero motín, acompañado de gritos sediciosos, la autoridad desacatada y escarnecida no puede cruzarse de brazos. Consta, también, que el día 18 y el 19, y por tres veces, durante tres días, recibió el señor rector á un delegado del Gobierno civil, á quien manifestó que los servicios de la autoridad no eran necesarios. Es claro que la reunión del claustro hubo de tener en tal caso efecto el primer día de los alborotos para formar expediente á los promovedores del conflicto, imponer penas académicas y tomar las medidas conducentes al restablecimiento de la normalidad en las clases. Y sin embargo, nada de esto se hizo.

El Sr. D. Manuel Silvela cree que puede haber divergencias de apreciación en las cuestiones universitarias y aun en lo que se refiere exclusivamente al Sr. Ministro de Fomento, sin necesidad de producir una lamentable excisión en su partido. Nosotros lo mismo.

Desea también el último Embajador español en París que el Sr. Cánovas acentúe su tradicional política de concordia en el sentido que la marcó en el año de 1876.

Para ello es necesario, si ha de haber imparcialidad lógica y equilibrio, que el movimiento de atracción se manifieste igualmente hacia la derecha como hacia la izquierda. Este es al menos nuestro parecer.

Así lo entiende sin duda el Ministro de Gracia y Justicia, Sr. D. Francisco Silvela, que puso digno remate á los dis-

cursos con un brillante resumen de las declaraciones hechas por el Gobierno, advirtiendo de paso y muy ingeniosamente que más parecía éste un punto destinado á ser dilucidado ante un juez municipal que un tema propio de los Cuerpos Colegisladores.

Falta la segunda parte. Preparémonos á oír todavía en el Congreso de los señores diputados nuevas peroraciones preparadas por los más acérrimos cultivadores de la difusa oratoria española.

\*  
\*  
\*

Las oposiciones fulminan en estos momentos anatemas terribles contra un periodista que, valiéndose de medios legales, ha podido proporcionar la copia de un tratado á un periódico de Nueva York, cobrando por su diligencia y su servicio una cantidad determinada.

El periodista es senador de la mayoría. No es extraño que se formulen votos de censura, se haga atmósfera, se promuevan escándalos, se quiera llevar á todo el mundo á la barra y se levante el grito al cielo.

¿Qué es esto? Si hay delito, persígase en debida forma; si hay falta de delicadeza, sométase el hecho al fallo de un tribunal de honor; pero las escenas de la tarde del día 13 en el Senado son bochornosas y no tienen justificación alguna plausible.

Empeñadas las oposiciones en convertir un asunto meramente privado en cuestión pública, y viéndose derrotados en su fiera batalla, han concluído por abandonar el salón.

¡Desdichadísimas discusiones las que sólo luchas tan agrias engendran! ¡Pobre España!

\*  
\*  
\*

Vamos á concluir por donde debiéramos haber empezado.

Los efectos de los terremotos han sido terribles. Se han derrumbado casas y santuarios, el dulce albergue y la cómoda vivienda del rico, sepultando entre escombros y ruinas á víctimas innumerables.

Después de las inundaciones de Valencia, un azote aún más espantoso ha sorprendido á los habitantes de las provincias de Málaga y Granada. Los ayes de los heridos, huérfanos y mutilados se mezclan allí con los lamentos por las fortunas perdidas.

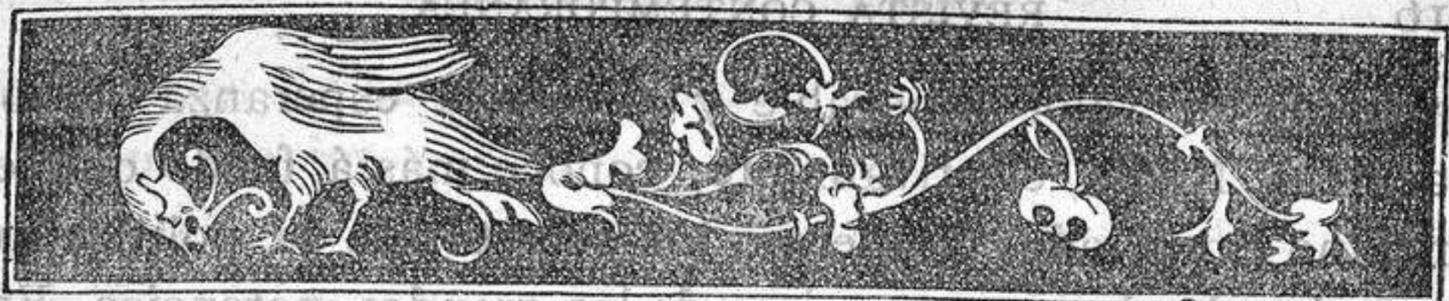
El joven y animoso Rey, el primero, sin reparar en los rigores de la intemperie, en la crudeza del invierno, en cumbres heladas ni en suelos volcánicos, ha querido correr solícito á llevar por su mano á las comarcas afligidas los auxilios que tantas calamidades demandan. ¿Qué importan molestias y peligros ante la satisfacción inmensa de las más altas obras de caridad, de la conciencia magnánima que sabe arrancar frases de profunda admiración, voces de indecible cariño y aquellos vítores de la gratitud que tiene su asiento en el fondo del alma?

Tan noble ejemplo no podía menos de despertar el entusiasmo, y España entera se dispone á imitarlo, no perdonando sacrificios para socorrer los infortunios de las provincias en que la desgracia se ceba.

Es grato y consolador el espectáculo que hoy dan entre nosotros todas las clases sociales. Pero ¿qué maravilla puede esto causarnos, cuando sabemos que el tipo español es el de la más arraigada hidalguía, y vemos que en tan dolorosas circunstancias hasta responden las voces amigas de pueblos extraños?

Cuando discurríamos acerca de ciertos y discordantes asuntos políticos, nos quejábamos de España. Ahora que contemplamos el magnífico espectáculo de la caridad de todos, nos sentimos inclinados á repetir una frase que no por manoseada deja de encerrar una verdad que una vez más resplandece; aún tenemos aquí España; aún tenemos muy arraigados los salvadores sentimientos de fraternidad y de patria.

A.



## REVISTA EXTRANJERA



OSTUMBRE viene siendo dar una mirada retrospectiva al principio de cada año nuevo, con el afán de revisar los problemas pendientes, calculando, por su número é importancia, el porvenir que á la agitada humanidad espera. Las vocaciones de profeta no fueron nunca raras en el mundo, donde no sabemos por qué singulares fenómenos de óptica, son tan pocas las personas consagradas al examen de los sucesos públicos, que los vean y conceptúen capaces de inspirar esperanzas halagüeñas.

No pocos de los grandes periódicos de la prensa europea parecen placerse estos días en pronosticarnos complicaciones sin cuento y hasta graves conflictos que se conceptúan probables, al hacer el balance del año que ha desaparecido y al pasar las partidas de cargo y data al nuevo libro correspondiente al año que empieza. Tiempo hace que salimos de la edad en que todo se ve de color de rosa; pero, sin embargo, no sabemos tampoco verlo todo de color oscuro.

Con motivo de las recepciones de Año Nuevo, el Emperador de Alemania afirmó de una manera terminante que ningún motivo existe para temer que se vea turbada la paz del continente, y esta declaración categórica del que hoy es el más autorizado representante de la fuerza política de Euro-

pa, tiene un valor innegable y alienta la esperanza de los pacíficos. Nadie, efectivamente, conoce más á fondo que el anciano Emperador Guillermo los secretos de la política internacional y los compromisos de las grandes potencias. Esperemos, pues, que la humanidad se decida por las vías pacíficas, resolviéndose las pretensiones y los intereses que agitan á los pueblos de nuestro continente, no en los campos de batalla, sino al contrario, por medio de los pacíficos procedimientos de la diplomacia.

No faltan ciertamente cuestiones arduas y delicadas; pero creemos difícil que en los campos de Europa trate nadie por ahora de ventilarlas á cañonazos. Dos hechos caracterizan hoy las corrientes de la política: el sorprendente desarrollo del espíritu colonizador, que, como una fiebre repentina, apasiona á los Gobiernos y á las gentes, y al aislamiento en que resulta Inglaterra á causa de esa misma política colonial con tanto empeño y tan vigorosamente emprendida por las demás naciones. Es evidente que estos dos hechos son correlativos.

Al acariciar y fomentar Alemania ese espíritu colonizador que de tal manera se ha extendido ya por los demás Estados y los preocupa, no podía menos de tropezar y provocar un choque con las antiquísimas pretensiones y el orgullo de la Gran Bretaña, tradicionalmente acostumbrada á considerarse reina absoluta y sin rival de los mares. Al plantar Alemania su bandera en varios territorios lejanos, acariciando sin duda la idea de unir á su poder militar inmenso las cualidades de potencia colonial y marítima, había de encontrarse con antagonismos en los países que codicia, limítrofes de otros en que antes habían fijado ya sus miradas, y, lo que es más, sus tiendas los explotadores ingleses. De ahí el deseo de que la conferencia por Alemania reunida en Berlín consagre con sus votos un Código del nuevo derecho de gentes relativamente al ensanche de las colonias.

\*  
\*  
\*

Con la arrogancia que la fuerza indiscutible comunica y con paso seguro y tranquilo, camina á su objeto el Canciller

Bismarck. No caben vacilaciones en el que, además de los recursos propios, cuenta con las poderosas alianzas que ha conseguido agrupar en torno suyo y que de una manera indefectible le aseguran el concurso de Austria y Rusia. Cuenta además con Francia para todos los proyectos que tiendan á hacer fracasar las egoistas tendencias de Inglaterra.

Los incidentes de las discusiones y negociaciones á que han dado lugar la cuestión de Egipto y las empresas coloniales demuestran la actitud de las principales naciones de Europa. Mientras Rusia y Austria miran hacia Oriente, Francia busca los halagos de sus enemigos del Spree, y hasta Italia en medio de sus vacilaciones para acogerse bajo la égida de Alemania, sólo trata al parecer de conseguir mayor y mejor parte en la herencia de las codiciadas colonias. Sólo Inglaterra, distraída con el recuento de sus naves, se presenta hoy aislada, pero no decidida á ceder un palmo de las posiciones en fuerza de años y sacrificios conquistadas.

Principia, pues, Europa el año de 1885 en medio de problemas que ha de resolver pacíficamente, y muy solubles de esta manera, si la sabiduría y la prudencia no se ausentan de los consejos de la diplomacia. Tiene á pecho Alemania satisfacer la ambición de las grandes naciones, abriendo al reparto y á nombre de una civilización que todo lo autoriza, los inmensos territorios de África, Asia y Oceanía. ¿Es posible que tan dilatado campo de actividad parezca aun mezquino y que no haya espacio en el mundo para que en él quepan todas las explotaciones disfrazadas con el afán de extinguir la barbarie?

Podemos estar convencidos de que las determinaciones del Gabinete de Londres habrán de inclinarse al fin á las soluciones pacíficas y á los arreglos amistosos, consagrados tal vez en una nueva conferencia europea.

\*  
\*  
\*

El Canciller del Imperio alemán, luchando contra las oposiciones en el Reichstag, acaba de demostrarse una vez más habilísimo hombre de Estado y diestro conocedor de los re-

sortes parlamentarios, consiguiendo un señalado triunfo que viene á quitar importancia á la serie de descalabros que venía infligiéndole el Parlamento, desde que inauguró sus sesiones.

La petición de un crédito de 150.000 marcos, destinados á las exploraciones en el Africa central, crédito rechazado la víspera, obligó al Sr. Bismarck á hacer terminantes explicaciones acerca de su política extranjera y sus proyectos coloniales. Hablando de la situación actual de los Camarones, se explicó el Canciller en los siguientes términos:

«Cierta individuo llamado Podrosinski ha recorrido toda la costa africana en una cañonera inglesa y ha excitado la población de los Camarones contra los alemanes, tratando de convencerla de la bondad de un protectorado inglés. Las declaraciones de Inglaterra son, por otra parte, que de ninguna manera desea encargarse de ese protectorado de los Camarones. Si vosotros los diputados rechazáis mis proposiciones, llevaréis la responsabilidad de las consecuencias.»

Respondiendo luego á un discurso del Sr. Windthorst, jefe del partido católico, discurso en el cual este orador manifestó temores sobre la posibilidad de un conflicto con Inglaterra, y preguntaba si la marina imperial estaba en disposición de hacer frente á todas las eventualidades y complicaciones exteriores que pudieran resultar de la política colonial, el gran Canciller contestó con la afirmación siguiente:

«Tenemos una seguridad completa. Nuestras relaciones con Francia no fueron nunca mejores que ahora, y estamos también en buena amistad con Inglaterra. Si esta última potencia se manifiesta algo sorprendida de ver que el mapa-mundi se modifica en favor nuestro, no puede todavía ser esta una causa de conflicto. Por otra parte, nos será posible poner en pie de igualdad perfecta nuestra marina con las de todas las otras potencias, excepción hecha de las marinas de Inglaterra y Francia.»

Los Sres. Richter y Windthorst opinaban también por la discusión inmediata, y al recomendar este último la mayor prudencia, teniendo la eventualidad de una lucha armada contra la Gran Bretaña, el Príncipe de Bismarck le invitó á

que no hablase abiertamente de guerra cuando se trataba de una potencia amiga y nada absolutamente existía en la actualidad que pudiese hacer sospechar un conflicto entre ambas potencias.

«De ninguna manera veo por qué hemos de estar amenazados por una guerra con Inglaterra. Las pequeñas diferencias de apreciación que existen entre nosotros y los ingleses, podrán siempre, con un poco de buena voluntad *por ambas partes*, arreglarse pacíficamente.»

A consecuencia de este discurso, el crédito pedido fué aprobado por unanimidad.

Por una coincidencia, que los maliciosos comentaron, el Gobierno imperial había hecho saber pocas horas antes que la flota alemana había recibido el bautismo de fuego, habiendo la escuadra que opera en los Camarones batido á las bandas negras, cuyos jefes se resistían á aceptar el protectorado de Alemania.

\*  
\*\*

Con el alarmante é inverosímil título de «Alemania contra España,» ha comentado recientemente un periódico madrileño un caprichoso relato de la *Gaceta de Colonia*, por el que se trataría de despojar á España de una costa que mide doscientos kilómetros de desarrollo, y en la cual desembocan cuatro caudalosos ríos.

Las palabras del periódico alemán son las siguientes:

«Imitando el ejemplo de Alemania, que ha enarbolado su pabellón en algunos lugares de la costa de Africa, las demás naciones se han apresurado á tomar parte en ese movimiento que los ingleses llaman «la lucha por el mundo.» La misma España hace esfuerzos por apropiarse su porción. Ya en julio del año pasado la Sociedad de Africanistas de Madrid envió comisionados á la costa occidental en busca de algún hueco donde poder plantar una bandera. Según noticias inglesas y francesas que hemos recibido, los viajeros de dicha sociedad se encontraron al llegar con que Alemania había tomado posesión de los territorios que se extienden á una y

otra orilla del río Muni, frente á la isleta de Corisco, los cuales creía España haber adquirido en 1843 y 1857 á título de cesión hecha por los indígenas. Los españoles abrigan actualmente el propósito de tomar bajo su protectorado la región interior, incluyendo la Sierra de Cristal y las fuentes del Muni, detrás de las nuevas posesiones alemanas, en una extensión de 15.000 kilómetros cuadrados; y á este efecto han obtenido la sumisión de 10 tribus, representadas por 80 jefes, lo cual va á dar motivo para empeñadas negociaciones y dificultades diplomáticas. Las casas más importantes de los puertos españoles, apoyadas por el Gobierno, van á imprimir un gran impulso al comercio africano, tratando de establecer varias factorías en la costa de aquel continente. Felicitamos á España por esta resolución; pero nos importa al propio tiempo declarar que Alemania no ha pensado jamás en tomar posesión de ningún territorio que se halle bajo el protectorado de España, y que siempre ha respetado del modo más escrupuloso los derechos adquiridos con anterioridad. En prueba de ello, vamos á transcribir un pasaje del informe oficial suscrito por el Dr. Nachtigal en Elobey pequeño, con fecha 16 de agosto último:

«Desde el río Benito nos trasladamos á Elobey pequeño, que es, por decirlo así, el depósito de las casas comerciales Woermann, Zanzen y Thormahlen, Godelt y otras: desde allí nos embarcamos en el vapor *Fan*, de Zanzen y C.<sup>a</sup>, para dirigirnos al territorio de los *Bapucus*, próximo al Cabo San Juan, con cuyos jefes había celebrado ya tratados el agente de la casa Woermann. Al Norte del Cabo San Juan existen algunas comarcas habitadas por los *Vengas*, emigrados desde Corisco. Sus jefes me enseñaron documentos en español, de los cuales resultaba con toda claridad que España considera á los *Vengas* como súbditos suyos. Al Norte de estas comarcas se halla situado, entre Gumbe-Gumbe y Punta de Belva, un territorio reducido perteneciente á los jefes N'Yambo y N'Yumbo, donde la casa de Woermann posee una factoría (en Itala-Manga), y aquí, en virtud de un contrato celebrado por la mencionada razón social, tomé posesión en nombre del Emperador...»

Tales son los informes de la *Gaceta de Colonia*, que no hay que entretenerse en comentar ni rebatir, porque no tienen autoridad, ni responden al pensamiento político del Canciller Bismarck, nunca hostil al engrandecimiento del territorio español en la costa africana. Los territorios de que se trata están legítimamente adquiridos por España, y por ninguna potencia disputados. Ningún Gobierno español pudiera tolerar despojos, porque ninguno sería capaz de arrostrar responsabilidades que redundasen en desprestigio de nuestra patria altiva.

Huelgan siempre en estos asuntos intemperancias de lenguaje poco meditadas.

\* \* \*

Se da como segura una nueva conferencia internacional para el arreglo definitivo de los negocios de Egipto. Se asegura igualmente que ha de reunirse en París después de la que actualmente está reunida en Berlín y reglamenta la colonización en el Congo. Será la tercera conferencia provocada por la cuestión del Nilo, desde la rebelión de Arabi. Sabido es que la primera y la segunda se celebraron en Constantinopla y en Londres, habiendo ambas tenido resultados negativos.

Si la nueva conferencia fracasase también, ¿se entregaría el Egipto al poder discrecional de la Gran Bretaña, quedando esta cuestión despojada del carácter internacional que hoy tiene? ¿Habría oposición enérgica á las empresas británicas que tienden á emancipar el Egipto de las decisiones de Europa? En el primer caso, sería una verdadera humillación para las potencias continentales, y particularmente para Alemania y Francia. En el segundo caso, sería el preludio de serias complicaciones internacionales.

No cabe duda que Alemania se manifiesta interesada en cierta coalición continental contra la Gran Bretaña, mientras que Inglaterra trata de imposibilitar esta coalición, favoreciendo las expansiones coloniales de Italia y ofreciendo sus amistosos oficios para llegar á una inteligencia entre Francia y China.

Las luchas diplomáticas y las consecuencias que pueden engendrar, no se ocultan á nadie.

Entretanto, se habla sin misterio de una enfermedad política, la de lord Gladstone, y el *Times*, declarándose francamente hostil al Gabinete británico y condenando por impotente su política, parece haberse visto precisado á hacer una de las evoluciones que en momentos solemnes le convierten en espejo de la opinión pública en Inglaterra. Lo evidente es que si la enfermedad de lord Gladstone es físicamente dolorosa, puede políticamente pronosticarse incurable.

Cuando Mr. Gladstone formó la coalición de los radicales exigentes y de los liberales benévulos, con cuyo auxilio se propuso gobernar á Inglaterra y aniquilar al partido conservador, era ya presumible que avanzase más de lo prudente en el camino de las reformas revolucionarias, para llegar en más ó en menos tiempo á un verdadero fracaso, sin conseguir la fusión política de los partidos asociados en el poder. A las luchas entre conservadores, progresistas templados y radicales exclusivistas, se agregan hoy las serias preocupaciones acerca de los asuntos de Egipto y del Congo, explicando suficientemente, si no las dolencias físicas, la enfermedad política del primer Ministro.

La crisis inglesa parece entrar en estos momentos en su fase aguda, alcanzando el período final que Bismarck ha llamado muchas veces el momento psicológico.

\*  
\* \* \*

La prensa francesa comenta apasionadamente la crisis parcial que ha obligado al General Campenón á entregar la cartera de la Guerra al General Lewal.

Dijo el Presidente del Consejo, Mr. Ferry, que el motivo que aconsejaba la retirada del Ministro Campenón era su negativa á conceder refuerzos suficientes para vengar en el Tong-King el hecho de Bac Lée y asegurar la posición de las tropas francesas en el Delta. Pero un periódico francés, el *National*, ha tenido una conferencia política con el antiguo

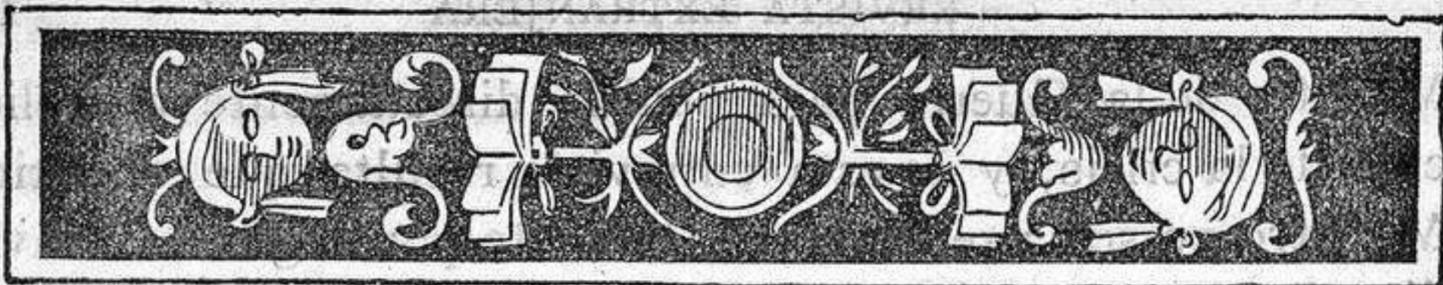
Ministro de la Guerra para pedirle directamente la explicación de la crisis, y de esta entrevista resulta que el último Ministro no se ha retirado del Gabinete por negarse á enviar diez ó veinte mil hombres más, que terminasen la guerra en el extremo del Oriente, sino porque, modificando el Presidente del Gabinete su programa primitivo, que consistía en limitarse á la ocupación del Delta, ha querido arrastrar á sus colegas á una verdadera guerra de conquista.

Esta guerra, según opina el General Campenón, ha de obligar á Francia á movilizar cuando menos 30.000 hombres. Esto significa, en su concepto, la ocupación permanente del Tong-King, complicada con expediciones contra el poder político del Celeste Imperio. Ante esta concepción peligrosa y ante sus eventuales consecuencias, no sólo retrocede el antiguo Ministro de la Guerra, sino que se insubordina juzgando al Sr. Ferry y su política con una franqueza que algo atenúa sus pasadas complicidades.

Todos los síntomas revelan que el Gabinete francés emprende una guerra terrible, cuyas consecuencias escapan á la previsión humana, si la diplomacia no consigue al fin poner de acuerdo las pretensiones francesas con las resistencias de China.

Este es el punto realmente más negro que aparece en los horizontes de la República francesa.





## BOLETÍN BIBLIOGRAFICO <sup>(1)</sup>

**Saavedra Fajardo.**—*Sus pensamientos, sus poesías, sus opúsculos, precedido de un discurso preliminar, crítico, biográfico y bibliográfico sobre la vida y obras del autor, é ilustrados con notas, introducciones y una genealogía de la casa de Saavedra, por el Conde de Roche y D. José Pío Tejera. Madrid, imprenta de Fortanet, 1884.—Un volumen en 8.º mr. CLXXX.—259 páginas.*

Contiene este notable libro muchos documentos interesantes y hasta ahora desconocidos, sobre la vida y obras de D. Diego Saavedra Fajardo, entre los cuales son dignos de especial mención los opúsculos inéditos del insigne escritor murciano y los apéndices que sirven de ilustración y complemento al bien escrito y erudito discurso preliminar de los colectores.

Es obra, eu fin, tan discretamente concebida como acertadamente ejecutada. Abundan en ella noticias bio-

gráficas interesantes y rasgos curiosísimos, que los dichos colectores han tenido la fortuna de sacar por primera vez á la luz pública, por lo que las buenas letras en general, y Murcia, patria del eximio autor de las *Empresas políticas*, en particular, les deben agradecimiento.

V. V.

\* \* \*

**Proceso de Miera, á consecuencia de la muerte de D. Juan de la Maza Samperio.**—*Un tomo en 4.º de 623 páginas, 12 reales.*

Contiene tan interesante libro un extracto de lo más importante del sumario; una reproducción exacta de la sustanciación del juicio oral, tomada por dos taquígrafos; la sentencia que ha dictado la Sala, y copia exacta del plano, levantado por dos ingenieros, de los sitios del suceso.

(1) Los autores y editores que deseen se hagan de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

Digna de estudio es esta célebre causa, cuya sustanciación en juicio oral ha invertido diez y siete sesiones.

\*  
\*  
\*

**El socialismo alemán.**—*Estudio de política contemporánea, por EDUARDO DE HUERTAS.*—Un libro en 8.º de 84 páginas.

En pequeño volumen encierra la obra que anunciamos lo más importante que puede saberse acerca de la cuestión vital para los pueblos modernos, quizá reservada á producir graves complicaciones de interés general en cercano porvenir.

Alemania es la única nación donde resueltamente se ha mostrado el socialismo revolucionario con todas sus condiciones, y allí también es donde con mano fuerte la intervención del Estado influye en las ideas socialistas, las dirige y procura con buen éxito encaminarlas á las soluciones que juzga posibles y menos peligrosas.

No diremos que esto sea lo mejor, pues la pesada máquina gubernamental nunca podrá suplir á la iniciativa privada, excepto en ciertos detalles, para bien de los individuos; sólo decimos que sucede, y que el libro del Sr. Huertas informa de cómo sostiene situación tan difícil el poderoso genio del Príncipe de Bismarck.

\*  
\*  
\*

**Mimicismo ó neurosis imitante,** estudio crítico, por JOSÉ ARMANGUÉ Y FUSET, ayudante de cátedras prácticas de la Facultad de Medicina de Barcelona.—Un cuaderno en 4.º de 48 páginas.—Véndese á 4 reales en casa del autor, calle de Álvarez, 8,º segundo, y en las principales librerías de España.

Se citan multitud de datos á cual más sorprendentes. Por la brevedad, sólo mencionamos dos de los menos terroríficos: «Recuerdo haber leído—dice el autor—una novelita, en que se finge que bajo la influencia del contagio moral, se ahorcaron en una misma cuerda, en cuatro noches consecutivas, cuatro centinelas completamente sanos y felices, y por lo tanto, sin motivo alguno para desear la muerte.»

Otra señora cita, que mientras se desnudaba, porque otro se desnudaba delante de ella, le insultaba, irritada por verse obligada á efectuar un acto sumamente desagradable para ella.

¡Poderosa fuerza de imitación!

Seguramente en *Las mil y un fantasmas*, de A. Dumas, no hay casos parecidos.

Debe advertirse que termina el cuaderno con un apéndice, reducido á demostrar el autor *que no acepta el libre albedrío.*

D. CH.

\*  
\*  
\*

**Las Amigas del Doctor y Lo Relativo,** por A. SÁNCHEZ PÉREZ.—Un tomo en 8.º de 212 páginas.—Madrid, imprenta de Manuel G. Hernández, 1885.—Véndese á 2 pesetas en las principales librerías.

Más de una vez nos hemos preguntado cómo se las compone el señor Sánchez Pérez, de qué oculta manera aprovechase del tiempo, que puede acudir á los círculos políticos, vive la vida agitada de Madrid, y sobre ser redactor de un periódico, colaborador de muchos y corresponsal de varios, escribe novelas, que son narraciones verdaderamente notables. Ciertamente que tiene mucho adelantado

para ello quien, aparte de facilidad extraordinaria é imaginación fecunda, maneja el habla castellana con tanta maestría.

Pocos días hace ha publicado dos novelitas en un solo volumen: *Las Amigas del Doctor* y *Lo Relativo*; preciosas ambas, deleitan y encantan por la fluidez y frase castiza que en ellas se advierte, por ese estilo propiamente castellano que va desapareciendo de nuestra lengua; y por su fondo, que encierra un pensamiento de innegable importancia. Al terminar la lectura, queda el ánimo suspenso meditando en las injusticias sociales, puestas de manifiesto en *Las Amigas del Doctor*, y únicamente se deplora que sean tan breves las dos hermosas narraciones.

Aunque estamos seguros de que nuestros bondadosos suscritores tendrán el buen gusto de leer la última producción del elegante escritor don Antonio Sánchez Pérez, copiaremos algunos renglones de la primera de las novelas citadas, en los que se resume el argumento de la misma.

«¡Cómo! De aquellas cuatro niñas que, sentadas alrededor de mí cuando yo era casi niño también, cuando yo amaba y esperaba, hay una verdaderamente criminal, de corazón seco, frío, despreciable; que entrega su cuerpo, vende sus encantos á la lascivia de un anciano repugnante; lleva el infierno y el escándalo al hogar doméstico de una familia respetable; causa la muerte á su bienhechora; alquila sus caricias y da su mano al que mejor las paga; adúltera é infame, deshonra al hombre que le dió título, nombre y fortuna, é intrduce en la familia hijos del amante; roba una herencia como ha robado un nombre, y ve con la impasibilidad

más completa, primero, el suicidio del amante vendido, después, la muerte del esposo ultrajado; y esa mujer, verdadero monstruo del infierno, vive tranquila, es respetada, el mundo la admite y considera, la sociedad la halaga, la adulan los hombres, las mujeres la envidian, y se la agasaja, se la atiende y se la recibe con gusto en todas partes.

«¡Cómo! Las otras dos Marías, de corazón sano, de buenos sentimientos, de carácter alegre y ligero, si no alcanzan la estimación y el respeto que logra la que vale mucho menos que ellas, conseguirán al menos los goces materiales de la vida; el ruido y el lujo y la celebridad las rodean, el placer las acompaña, y si por acaso el porvenir les reserva triste desengaño de su novela, no es seguramente por lo que en su vida hicieron de malo, sino por falta de previsión, por no haber considerado en los tiempos felices que era necesario prevenir los tiempos desgraciados.

«¡Cómo! Una sola, entre todas, es tipo de amor verdadero, de cariño entrañable y desinteresado; á su amor todo lo sacrifica: como amante, entrega al esposo su honra, su posición, su familia; como madre, consagra á su hijo una existencia de amarguras y padecimientos; y solamente para ésa tiene el mundo sus censuras más amargas, sus más terribles excomuniones, su desdén y su olvido?

«Esto me parece absurdo; esto es realmente inicuo.»

Felicitemos al Sr. Sánchez Pérez por su obra, bien pensada y sentida, como todas las suyas, é instámosle á que pronto publique alguna de más desarrollo, ya que tiene condiciones para ser un novelista de los buenos, muy escasos desgraciadamente.

*Ayer, hoy, mañana, ó sean escrituras públicas de 1847 y 1880, con el proyecto de nueva redacción para otra del año futuro de 1890.*

Así se titula un curiosísimo cuadro que dedica al insigne Dr. Thebussem el notario de Medina-Sidonia, señor D. Eduardo del Castillo é Infante. El mayor elogio de este cuadro se hace diciendo que es digno de la eruditísima persona á quien está dedicado, escritor notable y de singulares dotes.

Permítasenos expresar un deseo, ya que del sabio doctor alemán hablamos; le agradeceremos mucho que honre las columnas de la REVISTA CONTEMPORÁNEA con mayor frecuencia de lo que acostumbra. Acuérdesse alguna vez, rendidamente se lo rogamus, de este periódico quien cosas tan buenas envía á otros.

\*  
\* \*

**Ordenación y valoración de montes,** por D. Lucas de Olazábal, ingeniero de montes.—Un tomo en 4.º, de 520 págs. con cinco grabados y un plano.—Madrid, imprenta de Moreno y Rojas, 1884.—Se vende á 16 pesetas en las librerías de Bailly-Bailliere, Guttenberg, etc.

Si es siempre empresa meritoria la de escribir un libro serio en nuestro país, donde se despachan á centenares las novelas mal traducidas del francés y duermen olvidados los libros que de ciencias tratan, acreciéntase el mérito desde el momento que versa la obra escrita sobre una importante cuestión de montes. Para la inmensa mayoría de nuestros compatriotas, no son los montes otra cosa que terrenos cubiertos de arbolado ó desnudos, en que entreven la posibilidad de dedicarse á las agradables distrac-

ciones de la caza. Decidles que el monte exige atención particularísima y conocimientos vastos para su conservación y fomento; decidles que entre las diversas partes de un monte hay relaciones que importa desentrañar para que la vida de aquél sea próspera y ordenada; asegúradles que es problema difícil el determinar la renta de cada monte, y seguramente manifestarán su sorpresa al oír conceptos que tal novedad les ofrecen.

Pues bien; un ingeniero distinguidísimo, el Sr. D. Lucas de Olazábal, tras largos años de fructuosos estudios y profunda meditación, ha tenido el buen acuerdo de publicar una obra en que expone la ciencia, cifra y compendio de la carrera del ingeniero de montes.

No es la *Ordenación* del Sr. Olazábal libro de los que se escriben con sólo repasar unas cuantas obras tomando de aquí y de allá lo que mejor parece; es, como queda dicho, fruto valioso de los muchos años que viene dedicando su atención á las cuestiones principales de la ciencia de montes, y perfeccionando su saber con la enseñanza, en su afán de inculcar á sus jóvenes alumnos los principios de la *dasocracia*, durante los cursos que fué peritísimo profesor de la Escuela especial de Montes.

El complejo problema de la ordenación de un monte, que al pronto asusta por lo complicado, se facilita extraordinariamente tomando por guía las acertadas indicaciones y sabios consejos que da el Sr. Olazábal. Con envidiable tino aparta los detalles enojosos, que en muchas ocasiones absorben estérilmente la actividad del ingeniero ordenador, y fija los puntos de interés primordial para conseguir con acierto el fin que persigue la

ordenación, á saber: *la renta mayor anual y constante, dentro de la especie, método de beneficio y turno que se hubiese adoptado.*

Si la índole de esta REVISTA lo permitiera, nos detendríamos gustosos á dar idea del buen método que resalta en toda la obra del Sr. Olazábal; señalaríamos, hasta donde se no alcanzase, la profundidad de conocimientos que su redacción exige, el talento de su autor, las dotes de escritor castizo que posee, pues, sin que se noten nunca desmayos ni decaimientos sensibles, maravilla aquel decir correcto, la claridad y concisión que campea en su trabajo, la

*difícil facilidad*, en fin, de que constantemente hace gala el Sr. Olazábal; aplaudiríamos la finura de ingenio que demuestra al hacer la crítica de los diferentes métodos de ordenación empleados en Alemania, Austria y Francia, dando gallardamente indiscutible testimonio de que domina cuantas materias exige la Ordenación y Valoración de Montes.

Siguiéranse las indicaciones que hace D. Lucas de Olazábal, planteáranse las reformas que aconseja, y pronto se regenerarían nuestros empobrecidos montes, aumentando con ello el bienestar general y la riqueza pública.

R. A.

